



DEL AMOR, LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

Recuerdos de la guerra de España

Del 19 de julio de 1936 al 9 de febrero de 1939

Antoine Giménez

Presentación

Bruno Salvadori, más conocido como Antoine Giménez, narra aquí los recuerdos de su estancia en España durante el período 36-39, aportando una lúcida y personal visión de aquellos acontecimientos que por un momento acapararon la atención del mundo, y que, ciertamente, podrían haber dado un golpe de timón al rumbo de la humanidad.

En estas memorias no nos encontramos con el protagonismo imprescindible del héroe, sino con la participación consciente del individuo.

El texto no es una interpretación politizada de aquellos días, sino una muestra de la vida cotidiana de aquél ejército de filósofos que apostó por poner el mundo del revés, y en aquella partida perdió todo lo que tenía.

Créditos

Pepitas de calabaza ed.
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

Traducción: Francisco Madrid
Grafismo: Julián Lacalle

En cubierta: Georgette (Mimosa) . Fotografía cortesía de Kees Rodenburg (IIHS, Amsterdam)

© Herederos de Antoine Giménez.
© De la edición en español, Pepitas de calabaza

Nuestro reconocimiento y simpatía para los/as amigos/as «gimenólogos».

Este texto se puede reproducir tranquilamente, sin fines comerciales.

I S B N: 84-96044-53-x

Edición Digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Unas memorias insólitas

Pocas veces tenemos la oportunidad de tener entre las manos unas memorias como las que aquí presentamos.

Por lo general, quien intenta construir su propia historia buceando en sus recuerdos trata de limar las asperezas que encuentra, para presentar un relato sin fisuras, un remedo de epopeya. A lo sumo deja que aflore, por una grieta que parece imposible de disimular, un pequeño accidente que casi siempre se resuelve satisfactoriamente, como si el azar quisiera compensarlo en ese instante sublime interviniendo en su favor, después de haberlo olvidado precisamente en el momento que más falta le hacía al héroe.

No es este el caso de Antoine Giménez; su relato está totalmente impregnado de sinceridad, una sinceridad que se desprende de cada una de sus frases, sin que sintamos la necesidad de preguntarnos si lo que nos está contando es o no cierto. No parece haber sentido el impulso de suavizar determinados comportamientos que, ante sus propios ojos, lo hacían aparecer en ocasiones como un ser anodino, ni tampoco ha pretendido protagonizar historias en las que no participó. Tan solo nos ofrece las experiencias de un miliciano -uno más entre muchos otros- que vivió uno de los períodos más creativos de nuestra historia participando activamente en él. Desde esta perspectiva, únicamente el testimonio de Georges Orwell sobre este mismo período nos ofrece un relato muy parecido al de Antoine, aunque el de Orwell esté mucho más elaborado y sea más riguroso en lo que se refiere a los hechos históricos.¹ Porque Giménez no se atiene al rigor histórico, para ese menester ya están los libros de historia -en el caso de la revolución española y el enfrentamiento del Ejército, la Iglesia y el Capital contra los trabajadores, estos textos rebosan en los estantes de las bibliotecas, aunque la mayoría de ellos no digan absolutamente nada, de hecho hay en el texto de Giménez algunas alteraciones en la cronología de los acontecimientos², pero ello no altera en absoluto la coherencia del relato que es, en definitiva, lo que nos interesa.

Lo que Antoine Giménez nos ofrece son las experiencias directas de alguien que estaba luchando -junto a otros muchos- por llevar a la práctica esas difusas ideas que hasta entonces habían poblado su cotidianidad y que de pronto se hacían realidad palpable. Era el sueño hecho realidad, la utopía convertida en actividad creadora y sustentada por miles de trabajadores y campesinos que no dudaron en participar también en esta nueva experiencia revolucionaria. Y naturalmente en esta exposición no podían estar ausentes las relaciones afectivas en su aspecto más amplio. Como una faceta más de la transformación revolucionaria que se estaba operando en esos momentos cruciales, Antoine no duda un sólo momento en incluir en su relato esos momentos que forman parte indisoluble de nuestra vida cotidiana, y del mismo modo que nos relata con todo detalle una comida, nos explica detalladamente también sus relaciones amorosas, lo cual inevitablemente iba a ser motivo de escándalo en una sociedad basada en la hipocresía y la represión sexual. Pero me da la impresión que nuestro personaje era perfectamente consciente de la reacción que iba a provocar la inclusión de sus escarceos amorosos y ello seguramente fue un estímulo más para incluirlos.

Cuando allá por los inicios de la década de los ochenta del siglo pasado me interesé en traducir estas memorias del original francés, si algún editor se interesaba en su publicación, la respuesta que obtuve -cuando la hubo- fue indefectiblemente, poco más o menos, la siguiente: este libro resulta escabroso, es más un libro erótico que unas memorias sobre la revolución.³

1. Orwell, George, *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, Virus, 2000, 269 páginas.

2. En el texto he señalado mediante notas a pie de página estos errores de cronología.

3. Según tengo entendido, los editores franceses, más o menos por la misma época, dieron respuestas muy parecidas.

En efecto, así es, si nos atenemos a la definición que sobre erotismo nos proporciona Mario, uno de los personajes principales de la novela *Emmanuelle*. Éste afirma (traduzco del francés): [el erotismo] «no es un culto, sino una victoria de la razón sobre el mito. No es un movimiento de los sentidos, es un ejercicio del espíritu. No es el exceso de placer; sino el placer del exceso».⁴ Y es en este sentido que el relato de Antoine Giménez es erótico en su totalidad, porque nos está contando con toda sencillez ese exceso necesario para enfrentarse a la rebelión de los generales, acabar con la sociedad de explotación y poner en pie una sociedad más justa y solidaria. Ese exceso necesario para liberarse de los prejuicios milenarios que mantenían a la mayor parte de la población sometida a los dictados reaccionarios de la iglesia católica.

Por su relato, conocemos con precisión cuál era la situación en el frente de Aragón; con qué medios tenían que luchar los milicianos y cómo se volvía inútil el heroísmo desplegado por éstos para enfrentarse a un enemigo infinitamente mejor pertrechado. Pero, aunque se conoce con bastante exactitud esa situación, aún hay historiadores que con gran desfachatez y cinismo hacen afirmaciones de este tenor: «En Aragón la línea de batalla quedó "estabilizada" enseguida. Es decir, se convirtió en un frente en calma, con unos milicianos sin espíritu de lucha».⁵ Es de suponer que desde su cómoda poltrona universitaria, el señor Seidman conoce perfectamente qué significa tener «espíritu de lucha».

Ante los ojos del lector se despliegan en abanico aquellos trágicos momentos que convulsionaron el espíritu de nuestro personaje, sumiéndolo en dolorosas contradicciones muy difíciles de soslayar.

En primer lugar la militarización, que supuso uno de los primeros pasos para combatir las conquistas revolucionarias y que así fue percibida por los milicianos, intuyendo por otro lado que las brigadas internacionales, a pesar de su heroísmo o gracias a él, estaban siendo utilizadas como punta de lanza de la contrarrevolución por los estalinistas, que se apoyaban en ellas para justificar la necesidad de crear un ejército popular.

Después le seguirían, como un corolario necesario, las trágicas jornadas de mayo de 1937 que supusieron el definitivo descalabro de las expectativas revolucionarias y un nuevo golpe para nuestro personaje -que por azar las vivió de cerca- por dos motivos principalmente: las patéticas alocuciones de los ministros anarquistas llamando al abandono de las armas -lo que suponía la muerte definitiva de la revolución- y el trágico asesinato de Camilo Berneri y Francesco Barbieri a manos de los estalinistas.

Es fácil imaginar el estado de ánimo de Antoine Giménez después de esta terrible experiencia y es comprensible que se planteara el abandono definitivo del combate, pero aún encontró en lo más profundo de su ánimo la fuerza necesaria para continuar la lucha: si la revolución estaba definitivamente liquidada, al menos todavía era posible aplastar la reacción clerical-fascista.

También en esto se equivocó y asistió perplejo a las hazañas de los batallones de Líster y el Campesino destruyendo las conquistas revolucionarias en Aragón. Todo ello pocas semanas antes de la ofensiva franquista del Ebro.

Antoine Giménez fue un superviviente que aún tendría que atravesar dolorosas experiencias a lo largo de su vida, pero de todas ellas la que más impresión causó a su ánimo fue, sin duda alguna, la experiencia revolucionaria vivida en nuestro país.

Antoine Giménez se llamaba en realidad Bruno Salvadori, nacido en Chianni (Pisa) el 14 de diciembre de 1910.⁶ A una edad muy temprana -más o menos 12 años- tuvo oportunidad de conocer a algunos anarquistas tras un enfrentamiento con los camisas negras y esto estimuló su interés por conocer más a fondo esta ideología leyendo los escritos de los teóricos más conocidos del momento: Malatesta, Fabbri, Gori, Kropotkin, etc.

A los 21 años desertó del ejército del Duce y se refugió en Francia donde se empleó como leñador junto a otros compañeros en Correze. También se dedicó a recorrer los caminos franceses, empleándose en las granjas durante el día, práctica que continuó en España hasta el estallido de la revolución. En ocasiones se dedicó al contrabando de escritos subversivos y no debemos olvidar un período de trabajador de la noche en Marsella, asociado a dos compañeros, cuya identidad quizá corresponda a Jo y Fred, los cuales se reunieron con él en España y aquí encontraron la muerte, tal como Antoine lo describe en su relato.

Aunque rechazaba el matrimonio y la paternidad, presentó a Antonia Mateo Clavel (nacida en Peñalba, Aragón, el 28 de enero de 1907) como su mujer a las autoridades francesas cuando pasaron juntos la frontera en febrero de 1939.

4. Arsan, *Emmanuelle, Emmanuelle*, París, 1967. p. 145 (las cursivas son mías).

5. Seidman, Michael, «Frentes en calma de la guerra civil». *Historia Social*, 1997, p. 39.

6. Este breve esbozo biográfico de Giménez está extraído de las investigaciones llevadas a cabo por la compañera Myrtille de Marsella y su grupo de colaboradores.

Se conocieron en 1936; ella era viuda y tenía una hija, Pilar, nacida el 21 de diciembre de 1931, a la cual Antoine presentó como su hija (se llamaría Giménez Mateo). Se volvieron a encontrar en 1938 cuando él dejó el frente y vivieron juntos hasta que se marcharon de Barcelona.

Fueron internados en los campos de concentración de Roussillon. Más tarde Antoine fue enviado a trabajar en la construcción del Muro del Atlántico donde realizó también labores de intérprete. Participó en acciones de sabotaje, operando además como agente de enlace con la resistencia.

La familia vivió en la región de Uzerche en 1944 Y 1945, después en Limoges desde 1948 Y por último en Marsella, donde Antoine se empleó como albañil en los Travaux du Midi desde el 2 de marzo de 1953 hasta unos años antes de su muerte, que tuvo lugar el 26 de diciembre de 1982 provocada por un cáncer de pulmón.

Por lo que respecta al texto, he procurado traducirlo sin alterar el estilo literario de su autor, aunque en ocasiones me he visto precisado a modificarlo un poco para hacerlo más comprensible en castellano.

Paco
Barcelona, noviembre de 2004

Recuerdos de la guerra de España: del 19 de julio de 1936 al 9 de febrero de 1939

Teresa

Desde hacía algunos meses, el cura que venía con regularidad a decir misa al convento de Santa Clara describía a los rojos como monstruos sin piedad, verdaderos demonios llegados del infierno para sembrar la muerte, la violación y otras mil atrocidades por todo el planeta. Exhortaba a las monjas y novicias para que escribieran a sus familias y les indujeran a prepararse para luchar hasta la muerte por la victoria de "Cristo Rey".⁷

Los primeros disparos y la explosión de las primeras granadas sumieron a Teresa en tal estado de terror que, estirada a los pies del crucifijo de su celda, ni siquiera escuchó el tañido de la campana que las llamaba a todas a la capilla. Media docena de falangistas y curas se habían refugiado en el convento y, desde allí, nos tirotearon. A los partidarios del «pronunciamiento» no les quedaba más que el fuerte de Lérida y el seminario. Mujeres y niños se paseaban, movidos por la curiosidad de ver las huellas que la revolución había dejado en los muros de la ciudad.

Fue entonces cuando las balas disparadas al azar desde una pequeña abertura, una especie de ventanuco, hirieron a dos o tres paseantes... En pocos minutos, un centenar de militantes armados se agruparon ante la puerta del convento; un cartucho de dinamita bastó para abrirles el camino. Se precipitaron en el interior; los falangistas y los curas armados se refugiaron en el último piso donde fueron abatidos en el acto.

Yo estaba ausente, lo que lamento, porque me hubiera gustado ver como mueren, con las armas en la mano, esos hombres que se proclaman representantes de un dios de amor y de justicia.

Me detuve en la capilla donde el grupo de monjas y novicias se habían reunido a la espera de quién sabe qué fin horrible en medio de torturas y violaciones... pero sus temores no se confirmaron. Un militante de la CNT se adelantó y les dijo: «Señoras, no tengáis miedo, saldréis de este lugar y seréis libres de ir a donde queráis, a Francia o a vuestras casas...» y escoltadas por hombres armados, salieron del convento.

Al día siguiente, la mayoría de las monjas tomaba el tren para la frontera. Algunas de ellas, las de origen catalán, prefirieron quedarse a la espera de poder reunirse con sus familias.

La gente, tras la partida de las monjas, invadió el convento y lo saqueó. Los objetos más heteróclitos se amontonaron en la placita: cuadros, rosarios, crucifijos de todos los tamaños, libros de arte, obras profanas y sagradas e incluso colecciones de fotografías que uno no esperaría ver entre las manos de la madre superiora de una congregación de jóvenes.

Una mano se apoyó en mi hombro y me arrancó de la contemplación de las llamas que lo devoraban todo; quizá algunos de esos objetos eran obras de arte. Era Miguel, un joven militante de las Juventudes Libertarias, al que conocí la noche anterior a la de la respuesta del pueblo español al golpe de Estado del general Mola y de Franco. Simpatizamos de inmediato y se empeñó en presentarme a su hermana y a su madre. Desde entonces no nos separamos casi nunca.

Me volví hacia él y le pedí noticias de su hermana mayor que estaba con nosotros cuando franqueamos la puerta del convento. Juanita no estaba lejos y tampoco estaba sola: una joven, casi una niña, la acompañaba. Miguel me explicó que su hermana había encontrado a esa joven en una celda del convento, tirada por tierra ante un crucifijo y medio muerta de miedo. Apiadada de ella, decidió sacarla de allí para llevarla a casa de su madre, a la espera de que pudiera encontrar a su familia. Él no estaba de acuerdo con la decisión tomada por su hermana y hubiera preferido que la pequeña se reuniese con sus compañeras. Me pidió que le ayudara a convencer a su hermana de que abandonara la idea. No sé si fue porque la pequeña monja me dio la impresión de merecer que se ocuparan de ella o porque Juanita me gustaba, pero en cualquier caso aconsejé a Miguel que hiciera lo que su hermana deseaba.

7. Muchas de las palabras que aparecen entrecomilladas en el texto aparecen escritas en castellano en el original. (N del T)

La muchacha se llamaba Teresa, tenía 17 años y desde los siete se encontraba enclaustrada. Sus padres así lo habían decidido a fin de que toda su fortuna la heredase su hermano pequeño. Destinada a profesar, únicamente conocía el mundo a través de los sermones del cura o por los relatos de las novicias que entraban en el convento a una edad avanzada.

Una noche, sin necesidad de interrogarla, nos contó su historia. Cuando levantó los ojos, su mirada se dirigió, como si le pesara, hacia Miguel, quien por su parte sólo tenía ojos para ella.

El levantamiento de Lérida abortó en menos de 24 horas: el 18 de julio de 1936 el ejército ocupó los puntos estratégicos de la ciudad. Ese día me encontraba en el pueblo de Alcarraz, a punto de echarle una mano a un amigo en una granja de Valmanga, cuando un compañero del pueblo vino a avisarnos de que se luchaba en la ciudad. Me fui inmediatamente en dirección a Lérida. En el trayecto, otros jóvenes se unieron a nosotros. Éramos al menos una docena cuando llegamos a los alrededores de la ciudad. El combate había cesado, el silencio era total. Una buena mujer, al reconocer a uno de los jóvenes, nos dijo que los accesos a la ciudad estaban vigilados por los falangistas. Decidimos separarnos y reunirnos en la sede de la CNT. Como yo era de nacionalidad italiana y no conocía el terreno, les dije a mis amigos que continuaría por la carretera.

Tenía una idea: necesitaba entrar en la ciudad con el permiso y la bendición de la falange para poder circular libremente. Cuando avisté las primeras casas, me puse a cantar «Giovinezza» con una voz tan desentonada que todos los pájaros de los alrededores huyeron con un rápido batir de alas. Las palabras; si no la música, resonaron en el silencio de la campiña catalana como un desafío. La calle estaba desierta. La enfilé cantando y empezaba a creer que la guardia había sido levantada cuando una voz ronca restalló detrás de mí.

-«Alto. ¿Dónde va usted?»

Sorprendido, me volví: un oficial del ejército me apuntaba con su revólver...

-«¿Dónde va usted?»

-«A Lérida», le respondí, «soy italiano, turista ...» Un civil, armado también, tomó el relevo y me pidió la documentación. Le tendí mi pasaporte...

-«Italiano»

-«Sí»

-«¿Fascista?»

-«Avanguardista...»

-«Viva Mussolini», me dijo devolviéndome el pasaporte.

Saludé a la romana diciendo: «Eia, eia, alala», y continué mi camino tarareando el himno fascista.

La sede de la CNT se encontraba en el desván de un inmueble cuyo primer piso estaba ocupado por los verdugos de la CEDA, una agrupación de derechas dirigida por Gil Robles. Unas quince personas se encontraban en la puerta de entrada. Decidido a continuar la comedia en caso de necesidad, me abrí paso ...Aún hoy me pregunto por qué esa gente me dejó pasar sin decirme nada.

¿Cuántos compañeros había? Algunos grupos iban y venían discutiendo. Otros, sentados en el parquet, alrededor de un montón de una especie de arena amarillento-rojiza, llenaban botes de conserva y los extremos de unos tubos. Los había que preparaban cartuchos con toda la aplicación de cazadores en la víspera de la apertura de la veda. Otros, adaptaban los detonadores a los extremos de una mecha. Todo el mundo se afanaba, mientras que dos o tres muchachas circulaban entre los grupos distribuyendo tazas de café.

Manuel, del que me había separado a tres kilómetros de la ciudad, ya estaba allí, charlando con un joven que, sin dejar de hablar, dibujaba en una libreta las cabezas de algunos de los presentes. Manuel me hizo señas para que me acercara y admirara el talento de su amigo. Miguel. Le aconsejé que quemara de inmediato esas obras maestras, porque si caían en manos de la falange o de la policía, les permitiría identificar a los compañeros que habían servido de modelos. Le dije que si quería matar el tiempo, podría dibujar un paisaje con una bella muchacha, tomando por modelo a una joven que, en ese momento, se aproximaba a nosotros para ofrecernos un café. Era su hermana, Juanita. Me presentó diciendo que estaba enamorado de ella y que le había pedido su retrato...

De allí nació nuestra amistad y prácticamente no nos separamos ya durante toda nuestra permanencia en Lérida.

El 19 de julio, a los gritos de UHP (Unión de Hermanos Proletarios) , los hombres de la CNT, de la FAI, de la UGT, del POUM Y del Partido Socialista se lanzaron a la calle. Los soldados que controlaban la ciudad se rebelaron... Los partidarios del General Mola y de Franco que pudieron escaparse con algunos soldados que permanecieron fieles se refugiaron en el castillo, o en el seminario. Individuos aislados encontraron refugio en el convento de Santa Clara y en las iglesias. Cuando una sociedad se hunde, siempre se producen excesos: al igual que un animal al que se ha tenido mucho tiempo encerrado y que de pronto se le suelta en plena naturaleza, libre de toda traba, el hombre sometido durante tantos siglos trata de saciar su hambre, de satisfacer sus deseos y rencores y entonces saquea, quema y mata. Durante las primeras horas de libertad la gente se dedicó al saqueo: primero las armerías para procurarse armas, más tarde diversos almacenes de alimentación, de ropa y de muebles. Recuerdo que vi a un tipo, vestido con un pantalón remendado y una vieja camisa, llevarse la puerta-espejo de un armario, mientras que al lado se saqueaba la tienda de un sastre. Intrigado, le ofrecí mi ayuda para transportar alguna otra pieza del mueble. Me respondió que sólo necesitaba el espejo, porque su mujer sólo deseaba eso desde que se casaron...

Dicho esto, es necesario reconocer que los sindicatos y las demás organizaciones revolucionarias se hicieron pronto cargo de la situación y todo volvió al orden. Los talleres y fábricas reiniciaron sus actividades y los comercios se convirtieron en centros de distribución...

Como en toda revuelta popular se abrieron las puertas de la cárcel, pero no todos los detenidos lo estaban por política y se organizó un servicio de vigilancia: sólo faltaba que lo que era de todos redundara en provecho únicamente de unos cuantos. Las consignas de vigilancia no fueron impartidas a grupos especializados, sino a todos los obreros y militantes de la ciudad. Rotativamente, los voluntarios montaban guardia o patrullaban por las calles.

El cura; en España como en todas partes, ha sido siempre el fiel e indefectible aliado del capitalismo: Cura, Cacique, Guardia Civil, he ahí los tres pilares de la sociedad española. Los obreros y los campesinos eran esclavos de los cuales esta trilogía podía disponer a placer. Bastaba con entrar en conflicto con uno de estos tres representantes de la clase dominante, incluso por algo fútil, para que el culpable se viera obligado a someterse o a irse. En caso de resistencia, el resultado era el paro forzoso, la miseria, la prisión...

Los disparos, efectuados desde lo alto del campanario y desde el convento, despertaron el odio y la sed de venganza: se inició la caza al cura. ¿A cuántos mataron? Lo ignoro. Pero me acuerdo todavía de uno de ellos, con cuerpo de atleta, que caminaba delante de dos campesinos, repitiendo: «No me matéis, por piedad, soy padre de familia...» Una doble descarga lo derribó por tierra. Uno de sus homicidas le dio el golpe de gracia diciendo: «Toma Cabrón».

Observaba lo que sucedía a mi alrededor. Estaba desarmado. En el saqueo de una armería, me apoderé de un fusil de caza. Si mi memoria no me traiciona era del calibre 16. Me llevé también un puñado de cartuchos que consumí frente al seminario. Una vez me quedé sin municiones, y no habiendo tenido jamás pasión por la caza, el fusil se convirtió en un estorbo, así que se lo pasé a un compañero, el cual me dio a cambio un magnífico puñal. De este modo, con las manos libres y ligero como el viento, me paseé observado este pueblo, ebrio de una libertad completamente inédita, tratando de construir una sociedad sobre nuevos cimientos.

Cuando alguien me pedía que tomara parte en una expedición a un pueblo vecino en el que se había señalado la presencia de falangistas, Miguel y Juanita, que trabajaban en el sindicato, me prestaban su pistola. En estas expediciones, tuve suerte de no caer nunca en una emboscada o tropezarme con francotiradores que tomaban por blanco los automóviles llenos hasta los topes, transportando hombres en los estribos e incluso en los guardabarros.

Por lo general, a nuestra llegada todo había sido ya resuelto por los habitantes del lugar y sólo nos quedaba festejar la victoria brindando por la «Revolución», después de haber hecho recuento de las pérdidas del enemigo y las nuestras, en el caso de que hubiera habido combate ...

Sólo en una ocasión fui testigo de una verdadera catástrofe. Atravesábamos un pueblo bastante alejado de Lérida. En la plaza fuimos detenidos por una multitud exaltada: el más rico propietario del lugar, al que se creía huido a Huesca o a Zaragoza, se escondía en las bodegas de su mansión. Descubierto, fue rodeado por las mujeres y los niños de su familia protegiéndolo con sus cuerpos. Madre, esposa, hijas,

sobrinos, primos..., ¿qué sé yo cuántos más?... una decena de personas de todas las edades, apiñados alrededor de un hombre con el rostro lívido, le impedían todo movimiento. Alrededor de este grupo humano, cinco o seis individuos empuñaban sus fusiles, pero no se atrevían a disparar...

Ese fue el cuadro que se presentó a mis ojos cuando entré en el patio, espectáculo escalofriante, porque todo el mundo gritaba, lloraba, gemía...

Después todo sucedió con extraordinaria rapidez: una mujer se aproximó corriendo y gritando: «Padre, padre...» Su mano derecha empuñaba la culata de una nueve milímetros... El hombre la miró, un golpe de sangre sonrojó sus mejillas: «Consuelo, sálvame, hija mía...» Las mujeres y los niños se apartaron ante la recién llegada quien levantó el brazo y disparó.

«De parte de mi madre», dijo.

Consuelo llegó al pueblo en el mismo vehículo que yo. La conocía de vista, habiéndome ya fijado en ella durante nuestras primeras expediciones, siempre armada con su revólver, su melena negra y rizada sobre sus hombros, despreocupada y sonriente, desafiando el peligro. Antes de la revolución se dedicaba al oficio más viejo del mundo, en el más miserable barrio de la ciudad. Compartía con su madre una especie de tienducha sórdida, donde los clientes podían saciar su sed de alcohol y de amor por unas cinco pesetas...

Después, se dedicó a la lucha, buscando cualquier ocasión de pelear para escuchar el silbido de las balas cerca de sus oídos y sentir cómo su arma sacudía su puño...

La última vez que la vi, trepaba sobre un camión que se dirigía al frente. Es curioso sentir cómo los recuerdos me asaltan a medida que escribo: como un ovillo de lana encerrado en un bote, se coge una hebra que sobresale y todo el ovillo se devana. A pesar de la libertad recientemente adquirida, el libertinaje y el vicio no hicieron presa en la juventud revolucionaria. Ésta prefería pasar su tiempo libre discutiendo, estudiando o tratando de solucionar los problemas que todos los días se presentaban en la organización de este nuevo modo de vida.

Las aventuras amorosas eran más bien raras. A veces, durante un alto en un pueblo para pasar la noche, una mujer a quien se había tenido oportunidad de decir algunas palabras de admiración por su belleza, venía a reunirse con nosotros, pero eso era muy raro, demasiado raro...

Me acuerdo de una noche, como si fuera ayer, en la que iba a relevar a Miguel que estaba de guardia por la noche en un inmueble administrativo. Apenas llegué comenzó a llover. Se desató una tormenta, un verdadero diluvio con relámpagos y truenos y un viento que podía arrancar los cuernos de un toro andaluz. Mi amigo, ansioso por encontrarse con su «Teresita» y después de un «Salud amigos, buenas noches», se lanzó a la calle y desapareció.

Me dispuse a cerrar la puerta cuando una mujer vino a refugiarse en el umbral. Vestida con viejas ropas negras empapadas y la cabeza cubierta con una pañoleta, la tomé por una mujer mayor y le rogué que entrara en la portería. En ella, una chimenea permitía encender un buen fuego. Después de cerrar la puerta, me fui a la bodega para aprovisionarme de leña. Conocía el lugar a raíz de una visita que hice con Miguel con ocasión de otra noche de guardia. A mi regreso, cargado de leños, estuve a punto de caer de espaldas: la mujer mayor había desaparecido. La había reemplazado una muchacha de unos treinta años. Tenía los cabellos muy cortos y rezaba de rodillas, con las manos juntas; su pañoleta, depositada en el respaldo de una silla, goteaba el agua de la que estaba empapada.

Confieso que mi primer impulso fue ponerla de patitas en la calle, pero la tormenta aumentaba y la lluvia continuaba cayendo con violencia. No tuve valor para hacerlo. Sin decirle una palabra encendí el fuego y me senté en el somier que allí se había colocado para permitir descansar durante la noche a quien hiciera la guardia, ya que una vez cerrada la puerta de entrada desde el interior, era imposible abrirla desde fuera.

Continuaba rezando... La observaba sin saber qué hacer, cuando me di cuenta que temblaba y que el agua que empapaba sus vestidos había formado un pequeño lago a su alrededor. Fui a ver si le encontraba algo seco que ponerse. El apartamento del conserje estaba situado en el entresuelo y allí me dirigí corriendo; en el ropero tuve la suerte de encontrar una falda y una camisa en no demasiado mal estado, así como dos o tres toallas. Eso era toda la ropa que había más o menos utilizable. Una vez llegado al descansillo inferior de la escalera vi que la puerta estaba abierta...

«Mierda», exclamé en francés, «se ha ido».

No, no se había ido. La violencia de la tempestad la había detenido en el umbral. Una ráfaga de viento y agua la hizo recular. La tomé por los hombros diciéndole: «Vamos, entre. Ya ve que no puede salir. He encontrado algo para que se cambie».

Volví a cerrar la puerta. Una vez en la portería, deposité en el somier todo lo que había encontrado y salí de nuevo después de decirle que se cambiara. En el vestíbulo desenfundé mi pistola, saqué la bala de la recámara y puse el seguro. Tenía una idea para darle confianza y seguridad en mis buenas intenciones.

Transcurridos diez minutos llamé a la puerta. No hubo respuesta. Entré. Estaba todavía de pie en el mismo lugar, con los brazos cruzados sobre el pecho y temblando como una hoja. Sin poderlo evitar monté en cólera. De un salto me abalancé sobre ella y le destruí la parte superior de sus harapos, haciendo que cayeran a sus pies, así como una especie de cilicio que llevaba sobre la piel. Cogí una toalla y comencé a frotarla con rabia. Cuando hube acabado, estaba completamente desnuda y su cuerpo había enrojecido desde los cabellos hasta la punta de los pies.

«¡Venga! Vístase. ¿A qué espera? ¿A que la viole?», le grité e inclinándome para recoger sus vestidos mojados, añadí con más dulzura: «No me gusta la violencia en el amor».

Miguel me había dejado su morral. Su madre, sabiendo que en muchas ocasiones iba a hacerle compañía a su hijo, siempre preparaba comida para los dos. Vacíé su contenido y puse sobre la mesa una botella de vino, un frasco de café, jamón... La mujer había hecho bien las cosas y disponíamos de víveres para dos buenos apetitos. Ella se vistió mientras yo preparaba la mesa: un vaso, un cubilete de latón galvanizado. El papel que envolvía la charcutería sirvió de mantel y servilletas.

La falda y la blusa que le había traído eran demasiado grandes para ella, pero le sentaban mejor que sus harapos negros.

Mientras comíamos le dije que me había educado en Francia y que la mujer no había sido creada para marchitarse en un convento, sino para vivir, amar, disfrutar... Ella escuchaba en silencio, con los ojos bajos. Lo que le decía no le quitaba el apetito, porque tragaba como si hubiera estado ayunando durante un mes. Cuando hube hablado suficiente de mí, le pedí su nombre; «Encarnación», respondió. Animado por su respuesta, le hice otras preguntas. De esa forma me enteré de que era originaria de Manresa y de que queriendo reunirse con su familia, se dirigía a la estación cuando la tormenta la sorprendió...

Al acabar de cenar, pasé por detrás de ella para coger el café que había puesto a calentar en las brasas y, después de dejar la pequeña marmita sobre la mesa, me incliné para besar sus orejas en tanto que mis manos, deslizándose por sus brazos, acariciaban sus pechos... Un estremecimiento la sacudió. Creí que temblaba de miedo. Ella estaba en posesión de mi puñal que yo le había prestado para cortar el pan; saqué mi nueve milímetros y la deposité dulcemente en sus rodillas diciéndole: «Encarnación, es usted muy bonita, demasiado bella para que un hombre no la desee. Déjeme acariciarla, amarla. Estoy desarmado, no tenga miedo de mí.»

De nuevo la acaricié; le había sacado la blusa y sentía en mis palmas el calor y la firmeza de sus senos mientras mi lengua chupaba el lóbulo de su oreja... Esperaba que se revoliera, que protestara de viva voz o con gestos. Nada.

Parecía de mármol; después, lentamente, sentí erguirse sus pezones y endurecerse sus senos bajo mis caricias. Su cabeza se apoyó en mi pecho...

Cuando desperté, ella dormía con su cabeza en el hueco de mi espalda. El ruido de una descarga de fusilería llegó hasta mí. Me vestí rápidamente, recogí mis armas de la mesa y corrí hacia la puerta cogiendo la pistola por la culata para introducir una bala en la recámara. Los disparos se aproximaban cada vez más... Algunas detonaciones se oyeron muy cerca... Luego se hizo el silencio. Abrí la puerta: dos hombres yacían sobre la calzada, otros dos llegaban corriendo...

-¿Qué ha pasado?

-Son falangistas y han lanzado una bomba al sindicato, pero no ha estallado. ¿Qué haces aquí? .

-Estoy de guardia. Salud.

Después de intercambiar algunas palabras con los compañeros, entré rápidamente... Temía que Encarnación, despertada por los disparos, saliera a la calle. El espectáculo no tenía nada de agradable, tanto más cuanto que uno de los dos hombres abatidos todavía no estaba muerto. Precisamente estaba observando lo que sucedía a través de la rendija entre el marco y la puerta. Pasé el cerrojo y la cadena y la tomé en mis brazos para depositarla sobre el somier.

-¿Están muertos?

-Sí

-¿A ti también podrían haberte matado?

-Podría suceder en cualquier momento. Es la revolución.

Ella puso sus brazos alrededor de mi cuello. Mi boca se apoderó de sus labios... Todo desapareció: el miedo, los peligros y la muerte que quizá nos acechaba en cualquier esquina de la calle.

Más tarde la acompañé a la estación y miré cómo el tren se alejaba... Algunos días más tarde, en el crepúsculo, me paseaba en compañía de Miguel, Teresa y Juanita. Mi amigo estaba al corriente de mi aventura con Encarnación: el «compañero» que me había relevado esa mañana le contó que yo había pasado la noche con una mujer que desde luego no era una compañera antes de nuestro encuentro... Pero pensaba que yo la había adoctrinado al ver la forma en que ella se colgaba de mi brazo. Miguel contaba lo que sabía a su hermana y a Teresa al tiempo que se burlaba de mí y de mi discreción... Las muchachas se reían como locas y añadían sus chanzas a las de Miguel. De repente, algunos gritos sonaron en la calle: «La columna Durruti, la columna Durruti...» En efecto, la columna Durruti que había salido de Barcelona, llegaba a Lérida para liberar Zaragoza. Los gritos: «Viva la FAI. Viva la CNT», alternaban con estribillos de canciones anarquistas:

*«Arroja la bomba que escupa metralla
coloca petardos, empuña la Star...
Acudid los anarquistas.
Empuñando la pistola hasta el morir...»*

o el himno de las Juventudes Libertarias:

*«Hijo del pueblo, te oprimen cadenas...
antes que esclavo prefiere morir...»*

Mientras que los camiones cargados de hombres y mujeres que unían sus gritos a los de la gente circulaban al paso. Con el puño en alto, vimos desfilar los camiones y desaparecer en la noche que acababa de caer...

Fue entonces cuando tomé la decisión de salir a la mañana siguiente con Durruti y mis compañeros para Zaragoza. Se lo dije a uno de mis amigos y lanzó una sarta de protestas y maldiciones: «Yo no tenía derecho a dejarlos así... , podría esperar aun dos o tres días...»

Miguel me aseguró que él también saldría conmigo, pero necesitaba al menos 48 horas para resolver sus asuntos familiares. Teresa lloraba, porque pensaba que si yo me iba, Miguel me seguiría con toda seguridad. Ella hubiera dado todas las revoluciones de la Historia pasada y futura con tal de que Miguel se quedara a su lado. Lo amaba ya con un amor absoluto y exclusivo, aunque el joven, enardecido por su Ideal de igualdad y justicia, no trató nunca de aprovecharse de los sentimientos de la joven. Mi amigo también quería a la pequeña monja y se portaba con ella como un hermano mayor, afectuoso y atento a sus menores deseos. Cuando estábamos solos me hablaba de su amor y de sus sueños que juzgaba irrealizables a causa de la revolución. En efecto, si la revolución triunfaba, lo haría a costa de numerosos duelos, privaciones y sufrimientos y se resistía, a pesar de mis consejos; a hacer de la pequeña su compañera.

Juanita, después de los primeros instantes de sorpresa, se calló. No decía nada, pero todos estuvimos de acuerdo cuando señaló que se hacía tarde. Era preciso que descansara si quería salir de madrugada y antes teníamos que cenar. Nadie había advertido a la madre de mi próxima partida. Fue Juanita quien, después de haber servido el café, tomó la palabra para anunciarnos su decisión: acompañarnos a su hermano y a mí. Nuestros argumentos no la hicieron cambiar de decisión y dejamos de discutir. Entonces Teresa me dijo si yo podía hacerle un último servicio antes de irme. Le contesté afirmativamente y me pidió que le buscara un salvoconducto para pasar a Francia y añadió: «Vosotros sólo pensáis en luchar y morir por vuestras Ideas. Por mi parte, regresaré al convento y desde allí rogaré por todos vosotros. Perdóneme».

Y se fue corriendo para ocultar su disgusto en su habitación.

El sindicato estaba abierto las veinticuatro horas y allí me dirigí inmediatamente, esperando que el responsable del servicio no fuera excesivamente puntilloso.

Juanita se reunió conmigo en la calle y se colgó de mi brazo:

-Tony, ¿sabes que la pequeña ama a mi hermano?

-¿Y bien?

-No hace ninguna falta que se vaya a Francia, porque Miguel también la quiere. Si vuelve al convento serán desgraciados toda su vida ...

Cuando la pequeña me habló de irse a Francia, se me ocurrió una idea: acompañar a Teresa a la frontera, persuadirla para que fuera a casa de amigos de confianza que vivían en los alrededores de Perpiñán y, una vez allí, esperar a que su amado fuera a buscarla. Se lo expliqué a Juanita, omitiendo que tenía la intención de alcanzar el frente sin pasar por Lérida. ¿Quizá de ese modo Miguel me esperaría en vano y no saldría para el frente?

Juanita obtuvo un salvoconducto para Teresa sin ninguna dificultad. Era una antigua militante y desde hacía cerca de ocho años participaba en todas las reuniones y en todas las acciones en las que una mujer inteligente y activa podía tomar parte. A su vuelta me dijo si podía hacerme una pregunta indiscreta.

-Desde luego -le respondí- ya veremos lo que sucede.

-¿Amas a Teresa?

-Sí, la quiero como si fuera mi hermana pequeña.

-Y a mí, ¿me amas?

-Si no fueras la hermana de Miguel, haría ya tiempo que serías mi amante.

-¿Tú crees que hubiera aceptado?

-Te mueres de ganas.

-Presumido... , te mira una mujer y ya te crees que quiere acostarse contigo... Sois todos iguales.

Y se fue corriendo mientras estallaba en carcajadas.

Miguel nos esperaba en la puerta. María, la madre, y Teresa estaban en la habitación que compartían con Juanita. No podía dormir y pensaba en los argumentos que pudieran servirme para persuadir a Teresa de renunciar al convento e ir a casa de mis amigos, una pareja de pacifistas convencidos, sin descendencia a pesar de la veintena de años de vida en común. Comenzaba a adormecerme, cuando la puerta de la habitación se abrió. Juanita entró: desnuda y con un dedo en los labios, llevando en la otra mano una palmatoria.

Me erguí en la cama: «Tú estás loca, ¿qué quieres?»

Dejó la palmatoria en la mesa y se acostó sobre mi apartando la sábana que me cubría, murmurando: «Cállate..., te quiero..., soy tuya...» Nuestras bocas se unieron, mientras ella se montaba sobre mí... Su cuerpo era cálido y sentía su perfume.

El sol ya estaba alto cuando dejamos la habitación. María había preparado cuatro tazas y rebanadas de pan para el desayuno. Nos miró diciendo: «¿Habéis dormido bien?», después vino a besarme en las mejillas añadiendo: «Ahora ya tengo otro hijo...»

Besándola a mi vez le pregunté: «¿Dónde están Miguel y Teresa?»

-¡Aquí estamos!

Miguel y «la Nina», como él la llamaba, entraron en la cocina cogidos tiernamente de la cintura. Él tenía el torso desnudo y ella vestía un camisón. Solté una carcajada: «Al fin te has decidido, ¡muy bien!, pero te has tomado tu tiempo.... felicidades». Me dirigía a Miguel, pero fue la pequeña la que respondió con un tono de reproche que sus ojos desmentían: «Ha sido por culpa vuestra, sí, primero Juanita y luego tú..., sois muy indiscretos; se oye todo en la habitación, incluso los suspiros..., para no oíros...»

-Sí, has ido a charlar con mi hermano. Has hecho bien, querida, porque él es tan soso que te hubiera dejado marchar a Francia antes que pedirte que fueras su compañera. Éste aún lo es más que Miguel (naturalmente hablaba de mí) y se hubiera ido sin ni siquiera abrazarme, ahora ya no nos dejaremos.

Pobre Juanita, ignoraba que sólo le quedaban unos pocos días de vida. ¿Por qué no dejé que me siguiera? ¿Por qué durante los tres o cuatro días que pasamos juntos, la persuadí para que se quedara en casa con Miguel, que Teresa consiguió convencer, y con su madre?

La CNT reclutaba voluntarios para formar una centuria que debía integrarse en la columna Durruti. Juanita me acompañó hasta el punto de salida del convoy y después de un último beso subí al camión y partimos. Ya no la volví a ver. Cayó bajo las balas de los aviones franquistas mientras recogía, con otros camaradas, manojos de trigo que todavía permanecían en los campos.

La guerra

No había dormido en toda la noche, indiferente a los gritos y cánticos de mis compañeros de viaje. Al fin me adormecí para no despertarme hasta Alcarraz, donde la población nos aprovisionó de «botas» llenas de vino. Aproveché para saludar a los jóvenes que conocía. Cuando los camiones se pusieron en marcha, me volví a dormir.

Para poder quedarme unos minutos más con Juanita, tomé la última unidad del convoy. Todos los demás ocupantes del camión eran compañeros de los alrededores de Lérida. A algunos los conocía de vista, pero la mayoría me eran desconocidos.

Un brutal frenazo me despertó: habíamos llegado cerca de Fraga, un pueblo acurrucado en las orillas del río Cinca...

Nos ordenaron: «Que baje todo el mundo».

Nos desplegamos apuntando nuestras armas hacia el pueblo al que dominábamos desde las alturas. Me había despertado mal, pero seguí el movimiento: en posición de tirador, de rodillas, aferrando la culata de mi 9 milímetros. Vi a dos motoristas bajando rápidamente la cuesta hacia el pueblo y el puente que franqueaba el río. Pensé que a esa distancia, incluso con un tiro rasante, mi arma era completamente inofensiva... Ya han llegado al puente y lo atraviesan, desapareciendo... Vuelven haciendo amplios gestos con los brazos...

Todo el mundo se precipitó a los camiones...

Fraga, pueblo en los confines de Cataluña y Aragón; célebre en toda España por la calidad de sus higos, nos acogió con entusiasmo. La columna había pasado por allí algunos días antes, pero aún quedaban algunos higos secos. Cada camión recibió su ración, complementada con «butifarra y chorizo» y otras piezas de charcutería. La comida estaba asegurada...

Después de una breve parada, nos pusimos de nuevo en marcha; contemplé a mis compañeros de viaje: una docena de hombres entre 35 y 50 años. Los demás eran muchachos, entre los cuales yo era probablemente el más viejo. El armamento se componía de escopetas de caza y pistolas de diverso calibre. Sólo uno poseía un mosquetón al que daba vueltas en todos los sentidos. Temiendo que pudiera herir a alguien, le aconsejé que se estuviera quieto. Lo cual hizo de inmediato, dándome su arma y diciendo: «¿Sabes usarla?»

-Claro que sí, ¿y tú?

-No. Se la quité a mi tío justo antes de venir. Debe estar buscándola por todas partes. ¿Quieres enseñarme el funcionamiento de este artefacto?

-Sí, mira, es muy sencillo...

Di vuelta a la culata: el cargador estaba lleno, pero no había ningún cartucho en la recámara. Después de extraer el cargador, le enseñé el manejo del fusil.

Los demás me miraban escuchando los consejos que le daba al muchacho. Cuando hube terminado, uno de los que más cerca estaban de mí, me dijo: «¡Eh!, compañero, eres extremeño, ¿verdad?»

A menudo, en mis caminatas por España, me habían tomado por español: en Extremadura por catalán y en Andalucía por navarro o vasco. Si confesaba que era extranjero, entonces aseguraban que era francés. En cierta ocasión, en Madrid, me presenté en un puesto de la guardia civil para denunciar que había perdido mis papeles o que me los habían robado, ya que no encontraba mi cartera. Media hora más tarde me había convertido en Pablo Esquerra, nacido en Pueblo Nuevo y domiciliado en la calle Princesa de Barcelona. Esos papeles le permitieron a un amigo, buscado por la policía, continuar viviendo en España hasta el «pronunciamiento».

-No, no soy español.
-¿Francés?
-Tampoco. Italiano.
-«Anda, los italianos son todos fascistas». ¿Cómo te llamas?
-Antoine Giménez. ¿Y tú?
-¿Giménez? Tú eres español, nos tomas el pelo.
Saqué mi pasaporte y el carnet de la CNT.
-¿Sabes leer? Mira.

De 25 hombres, sólo dos sabíamos leer: el joven del mosquetón y yo. Tras echar una mirada al carnet del sindicato se echó a reír y me tendió la mano diciendo: «Tienes razón, todos aquellos que luchan a mi lado son mis hermanos, vengan de donde vengan... Tú te llamas Antonio y yo Pedro... »

Después de la suya, todas las manos se tendieron hacia mí. Al llegar a Bujaraloz, el responsable de la centuria nos dijo que eligiéramos a nuestros jefes de grupo. Se necesitaba uno por cada 25 hombres y los elegidos debían presentarse en el Puesto de Mando de la columna a las 20 horas. Los grupos se constituyeron con gran rapidez. Los hombres se agruparon naturalmente según sus lazos de amistad, vecindario o parentesco. El de más edad fue nombrado responsable.

Al día siguiente, salimos de Bujaraloz para ir a Pina de Ebro.

Pina de Ebro

Pina de Ebro fue tomada sin grandes dificultades: a unos 12 kilómetros del pueblo, habíamos intercambiado disparos con un puñado de falangistas que defendían la encrucijada de Gelsa, pero ninguno de nosotros había sido alcanzado, todo iba de maravilla. La segunda centuria fue encargada de ocupar todos los cruces y de inspeccionar las casas. No se encontró a nadie sospechoso.

Los niños fueron los primeros en confraternizar verdaderamente con nosotros, movidos por la curiosidad. Es preciso reconocer que aparte de una minoría de jóvenes iniciados en la lucha social, todos los demás tenían miedo. Casi todos los niños iban descalzos o con «abarcas»; ninguno de los que preguntamos había calzado zapatos.

Había una zapatería en la plaza de la iglesia. El comerciante empezó a regalar zapatos a un niño, después a otro, pero como hacía falta probárselos, nos pidió ayuda. Fuimos cinco o seis los que nos transformamos en vendedores de zapatos y recuerdo que reclamábamos de los más pequeños un besazo y de los grandes un apretón de manos. Era bastante caro para los pequeños, porque teníamos una barba de tres días.

Durruti hizo reunir a la población en la plaza mayor y pronunció una breve alocución. Dijo que la tierra pertenecía a todos y que deberían trabajarla conjuntamente, en colectividad, pero aquellos que prefirieran continuar explotándola en familia, podrían hacerlo. Añadió, asimismo, que el dinero ya no tenía valor, sólo el trabajo lo tenía.

Mientras se registraban las casas para ver si alguien se ocultaba, nos apoderábamos de todos los objetos de culto que caían en nuestras manos.

Los españoles son muy creyentes, sin que eso signifique que amen a la iglesia o a los curas y a menudo he observado entre los campesinos una extraña mezcla de creencias cristianas e ideas avanzadas: cosas que si nos fijamos bien no son incompatibles. De todos modos, hay algo que nadie puede negar. Cada vez que se han sublevado contra el orden establecido, estos católicos creyentes han quemado las iglesias y masacrado a los curas. Pina no escapó a la regla...

En todas las casas había en las paredes y sobre los muebles un crucifijo, imágenes de santos o rosarios. En ciertas casas, las mujeres nos ayudaron a descolgar y quemar estos objetos en sus propias chimeneas, símbolos de ignorancia y esclavitud; en otras, donde personas mayores nos rogaban o trataban

de esconder esas cosas, para ellas preciosas, nuestra misión era penosa... Ese día comprendí hasta dónde podía llegar nuestra tolerancia para con esos hombres incultos, listos para matar a todos los curas de la tierra con una sonrisa en los labios y para ayudar a esconder un crucifijo o una imagen de la virgen, para complacer a un viejo o a una vieja.

Recuerdo haber visto a un auténtico mata curas (lo vi manos a la obra en Lérida), entrar en la habitación en la que una vieja acostada trataba de descolgar un crucifijo colgado de la pared encima de su cama, sin conseguirlo. El hombre entró, descolgó el crucifijo, miró a la vieja que estaba acurrucada bajo las sábanas, las levantó ligeramente y deslizó con rapidez el objeto...; después se apoderó de dos o tres imágenes de santos que estaban sobre la mesita de noche y se dispuso a salir. Me observó en el vano de la puerta y comprendió que había sido testigo de sus actos; se encogió de hombros y me dijo: «Compañero, podía ser mi abuela y la tuya también...» Salimos juntos charlando sobre la estupidez de toda esa gente que se deja embaucar por esos mercachifles que prometen el paraíso después de una vida infernal.

Transcurrieron algunos días en completa calma. Entretanto intentamos quebrar los últimos obstáculos que el miedo ponía entre nosotros y los más refractarios. Una noche se produjo la alerta: falangistas y requetés se reagrupaban en la otra orilla del río, entre Pina y Osera y se disponían a atacar. En silencio nos situamos en las trincheras individuales que habíamos cavado en las noches anteriores, a unos quince metros de la orilla. Herrera y yo ocupamos un agujero de un metro de largo y cincuenta centímetros de ancho. Mi compañero frisaba en los cuarenta. El 19 de julio se encontraba en la cárcel Modelo de Barcelona con una condena de 50 ó 60 años, ya no me acuerdo muy bien.

Liberado, se unió a dos de sus cómplices habituales y tomaron prestado un vehículo para venir a Lérida de donde eran originarios. Desde su adolescencia, había vivido siempre del robo y la rapiña, salvo los períodos en los que el gobierno lo alojaba y alimentaba gratis.

Os cuento todo esto porque dos días más tarde, durante una patrulla en nuestra retaguardia para descubrir posibles infiltraciones enemigas, entramos en un monasterio abandonado por los monjes desde hacía tiempo. Dimos un vistazo a todos los pisos sin encontrar nada de interés.

Después Herrera y otro compañero fueron a echar una mirada al sótano, mientras el otro compañero y yo nos quedábamos de guardia en el exterior.

Empezaba a estar cansado de esperar a mi camarada, ya que el tiempo se me estaba haciendo eterno y poco me importaba ya que el sótano fuera grande o pequeño. Por fin llegaron corriendo.

-Antonio -me dijo Herrera- ven a ver.

-¿Qué? ¿Qué es lo que hay que ver?

-Ignoro lo que es, pero seguramente es algo muy poco católico.

El compañero que estaba de guardia conmigo, Herrera y yo mismo descendimos pasando por el patio. Herrera recogió un pico que estaba tirado por allí y una vez llegados al sótano, nos enseñó un lado del muro en el que las piedras habían sido colocadas recientemente.

-¡Bien! ¿Qué es lo que querías que viéramos?

-Escucha, el cementerio se encuentra al fondo del jardín. Si los frailes han colocado aquí las piedras, seguramente tenían sus buenas razones. Esto es una tumba o un escondite; escucha con atención...

Con el mango del pico dio unos golpes en el muro.

Sonaba a macizo en todas partes, excepto en el lugar donde había sido rehecho...

-Es cierto, le dije, suena a hueco.

-¿Entonces? ¿Miramos lo que hay?

-Vamos.

Atacó la junta superior que era la más ancha. Al fin cedió la primera piedra y agrandar el hueco fue un juego de niños. El halo de luz de la lámpara eléctrica iluminó la cavidad que únicamente contenía un cofre antiguo, totalmente bordeado de herrajes labrados... Sacarlo del agujero y hacer saltar las cadenas que lo cerraban fue cosa de dos o tres minutos: estaba lleno de joyas y piezas de monedas antiguas de algunos centenares de años... La riqueza estaba asegurada para nosotros cuatro el resto de nuestras vidas.

Herrera salió corriendo para avisar al compañero que se había quedado fuera. A su regreso tomamos una decisión: yo me quedaría allí con otros dos, mientras el cuarto iría a buscar un vehículo. Esa misma noche el cofre y su contenido se encontraban en la sede del sindicato... (Si mi memoria no me engaña y mis informaciones son exactas, este hecho fue publicado por ciertos periódicos franceses de la época.)

Hacia las dos de la mañana, Herrera me susurró: «¿Oyes?»

En efecto, al ligero murmullo del agua, se había añadido otro, muy débil al principio, pero que cada vez se acercaba más: el de remos golpeando el agua... Mi corazón empezó a latir tan fuerte que tenía la impresión que quería hundir el pecho... Agachado en el fondo del agujero mi compañero prendió un mechero de yesca y me lo pasó. En mi saco tenía dos botes de conservas cargados con trinito-tolueno. Depositó uno en la arena y tomé el otro con la mano izquierda.

Se oyó un disparo...

Una masa negra se dibujó ante mí, en la oscuridad de la noche... Flexioné las rodillas, aproximé las mechas soplando en la yesca y conté: «uno, dos, tres, cuatro...» Después se produjo una luz cegadora, una explosión y toda la orilla se abrasó: era el infierno. Veía delante de mí sombras que surgían de la nada, saltaban, corrían hacia mí y desaparecían en el infernal ruido de los disparos de fusil, de revólver y las explosiones de las bombas... Lancé mi último bote sobre una sombra que acababa de surgir de la noche.

Las balas silbaban en el aire como avispas rabiosas. Los llantos y lamentos de los heridos se mezclaban con la infernal orquesta de los artefactos de muerte. Luego, el fuego fue cesando y con gran rapidez se hizo el silencio roto únicamente por los gemidos y los gritos de los heridos. Las dos barcas que habían atracado frente a la trinchera yacían destrozadas, casi completamente sumergidas en el río. Sus ocupantes no habían tenido tiempo de desembarcar totalmente y la mayoría habían sido proyectados a la corriente del río a causa de la explosión y se habían ahogado...

La madre

Fue ese día, a primera hora de la tarde, cuando conocí a la Madre. De rodillas, al borde de un arroyo que serpenteaba entre plantaciones de álamos altos (eso creo, pero no estoy seguro, ya que jamás he estado muy fuerte en botánica), me preparaba para hacer la colada.

-«¿Qué haces hijo?»

Levanté la cabeza y vi a una mujer de cierta edad a mi lado con un gran cesto bajo los brazos.

-Estoy lavando mi camisa -le dije.

-En Pina sobran mujeres para lavar la ropa de los hombres. Dame eso, ya vendrás esta noche a buscarla.

-¿A dónde? No sé dónde vive.

-Ven a la calle Portal del Pino y pregunta por la tía Pascuala. Cuando pienso en todo lo que he conocido en España, antes y durante la guerra, en todas esas gentes con las cuales he vivido y a las que he frecuentado y tratado, el recuerdo más dulce y más entrañable a mi corazón es el de esta campesina aragonesa que, durante la tormenta, me abrió la puerta de su casa y me recibió como un niño perdido y encontrado...

Tía Pascuala... Madre...

Madre, seguramente ya no estarás en este mundo, pero tu recuerdo y el de aquella que me dio el ser, incluso hoy, después de tantos años, son los más queridos para mí.

Al crepúsculo, me dirigí hacia la calle que me había indicado. La jornada había sido tórrida. Todos los habitantes aprovechaban el frescor de la noche a la puerta de sus casas. Unos sentados en el mismo suelo, otros en sillas, en bancos o indolentemente apoyados contra la pared, discutiendo de los combates de la noche precedente.

-«¿La casa de la tía Pascuala, por favor?»

El anciano al que me dirigí no tuvo tiempo de contestarme, porque un rapaz de unos diez años me cogió de la mano diciendo:

-«Por aquí compañero», y añadió dirigiéndose a los demás, como si desvelase un secreto: «Es el francés.» Me eché a reír y le seguí lanzando a la concurrencia un: «Hola compañeros y compañeras...»

La casa no estaba lejos. A la llamada del muchacho, una robusta muchacha salió, me miró y volvió a entrar corriendo:

-«Madre, el miliciano», y volviendo hacia mí: «Entre, señor».

Mientras atravesaba el umbral de esta casa, poco podía imaginar que se iba a convertir en mi refugio, en mi remanso de paz. Durante casi dos años fui acogido allí, en cada uno de mis regresos, con un afecto y una calma que me hacían olvidar las penas y los peligros pasados. Desde la calle se accedía inmediatamente a una gran sala amueblada con una mesa y algunas sillas, además de un aparador al que . llamaban «macia» y que servía de artesa. Frente a la entrada se veía la puerta de la cocina y un tramo de escalera que conducía a las habitaciones.

La Madre vino a recibirme: «Siéntate, hijo, aquí tienes la camisa. Vicenta, trae el porrón» .

La hija colocó sobre la mesa una especie de botella provista en un lado de un pico que permitía beber sin necesidad de vasos.

La familia se componía de dos muchachas y dos muchachos. María y Manuel no se encontraban en casa. Se habían quedado bloqueados en Zaragoza donde María trabajaba como criada. Vicenta y Paco ayudaban a su madre a trabajar su parcela de tierra.

Estaba en su casa cuando recibí la carta en la que me anunciaban la muerte de Juanita. La Madre y Vicenta encontraron las palabras justas para calmar mi dolor y mis remordimientos; sí, mis remordimientos. En efecto, si hubiera aceptado que Juanita me siguiera, probablemente aún viviría...

A partir de ese día, supe que había encontrado una familia.

Berthomieu y los otros

Por esas fechas llegó un grupo de extranjeros a Pina. Estaba compuesto por franceses e italianos. Su jefe era un oficial del ejército colonial francés licenciado, habituado a todas las argucias de la guerrilla. Venía acompañado por dos Franceses: Ridet y Carpentier, ambos de nombre Charles; un saboyardo, Affinenghi (jamás me ha preocupado saber si era italiano o francés, ya que hablaba igualmente las dos lenguas); de un italiano, Scolari, y de un español pequeño de estatura, La Calle. He olvidado los nombres de algunos otros que también estaban allí.

Al día siguiente de su llegada me integré en el grupo. Los habitantes acogieron con curiosidad a estas gentes que hablaban idiomas incomprensibles para ellos. Excepto Berthomieu y La Calle, nadie hablaba español. Hubo una cierta desconfianza, pero no duró mucho tiempo.

Los rebaños de ovejas de los campesinos de Pina se encontraban a la otra orilla del río el día que ocupamos el pueblo y allí se quedaron. Los veíamos todos los días venir a pastar a dos o tres kilómetros de la orilla contraria. El caudal había descendido y más abajo de Pina había un vado que nos permitía pasar el Ebro y pasearnos en patrulla con el fin de reconocer el terreno en prevención de un avance enemigo. El paso del río y las patrullas fueron ideas de Luis.

Todas las noches, cuatro de los nuestros, rotativamente, tenían que vadear el río. Dos de ellos se quedaban en la ribera para cubrir a los que se dirigían a inspeccionar el interior. Los demás montaban guardia; listos para apoyar a la patrulla en caso de que hubiera jaleo.

Una mañana, justo cuando empecé la última guardia, la inquietud se apoderó de mí, ya que habitualmente los hombres regresaban mucho antes del alba.

Amanecía... Me encontraba en la rama más alta de un olmo. Me había subido lo más alto posible a fin de ampliar mi perspectiva y, repentinamente, una pequeña nube que parecía elevarse del suelo atrajo mi atención.

Cogí mis prismáticos: «¡Mierda! ¿Qué es eso?» Bajé corriendo del árbol y desperté a Berthomieu: «Louis, creo que veo visiones.»

Me siguió hasta mi atalaya. No eran visiones lo que había tenido: era un rebaño de ovejas que avanzaba por la llanura hacia el río. Cuatro hombres: uno a cada lado del rebaño y dos detrás, corrían y gesticulaban gritando.

Affinenghi y Scolari habían descubierto el cercado en el que las bestias pasaban la noche. Primeramente Affinenghi apuñaló al que estaba de guardia, después a su camarada que estaba durmiendo: ambos pertenecían a la Guardia Civil. Los pastores descansaban en el interior del corral y Scolari los persuadió para que condujeran el rebaño a Pina.

El rebaño fue entregado a la colectividad y los pastores se reunieron con sus familias. Desde entonces, mis colegas se convirtieron en el centro de la atención de todo el mundo, porque todos deseaban saber cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Por lo que a mí respecta, al no hablar español ninguno de ellos, me vi obligado a servir de intérprete. Scolari venía de Toulon, donde trabajaba en los astilleros, según me dijo. Era pacifista, partidario de la no-violencia y nunca llevaba armas. No había venido a España a batirse, sino para ser testigo de excepción de una lucha que le interesaba en grado sumo para su reforma social. Tenía coraje, pero no lo utilizaba para matar. Cuando un herido necesitaba que alguien fuera a buscarlo bajo las balas, él se olvidaba del peligro. Una vez lo vi ir a buscar a un herido bajo el fuego de una ametralladora. Las balas silbaban de todas partes: era verdaderamente un fuego infernal. El enemigo que nos dominaba desde la cúspide de una colina había detenido nuestro ataque, obligándonos a replegarnos a nuestras posiciones iniciales. El hombre cayó a un centenar de metros de nuestra trinchera. Scolari, a pecho descubierto, saltó el parapeto y corrió hacia el herido. Su locura sorprendió a todo el mundo, incluso a nuestros adversarios que detuvieron los disparos y no los reiniciaron hasta que Scolari se encontró al abrigo en nuestro campo. Affinenghi, montañés, campesino y leñador de los Alpes, amaba la caza, la lucha y cualquier actividad violenta y peligrosa. Era alto (alrededor de 1,80), ancho de espaldas y fuerte como un toro... ¿Valiente?... Todavía hoy me pregunto si se puede decir de alguien que es valiente, cuando éste no tiene conciencia del peligro. En las misiones que le he visto llevar a cabo tuvo una suerte inexplicable, de las que salió sin un rasguño, salvo la última en el curso de la cual fue herido. Pero hasta esto fue una suerte para él, porque la herida era ligera, pero fue evacuado. Quizá esto le salvó la vida.

Este grupo cosmopolita crecía de día en día. Ridel y Carpentier, de regreso de un viaje a Barcelona, llegaron acompañados de una joven de largos cabellos negros. Enseguida supe que se llamaba Simone Weil y que se decía sindicalista.

Poco a poco, nuestra unidad fue cobrando importancia. Los voluntarios afluían: franceses, italianos, alemanes, rusos, cubanos e incluso un argelino: Ben Sala.

Cuando la columna Durruti salió de Barcelona, arrastró consigo a casi todas las prostitutas de Cataluña y las enfermedades venéreas producían estragos en las filas de las centurias. Gori hizo retirar a todas las mujeres, salvo a aquellas que habían venido con sus compañeros y cuya conducta era irreprochable. Pero incluso entre estas últimas, muchas abandonaron el frente para ir a trabajar en la retaguardia.

Pronto nuestro grupo fue el único en Pina que contaba entre sus filas a miembros del sexo femenino. Seis mujeres se ocupaban de la enfermería y de la cocina: Marthe, Madeleine, Simone, Augusta, Mimosa y Rosario. Dos de ellas, Marthe y Madeleine, convivían, respectivamente, con Pierre y Hans. A excepción de Simone Weil, que regresó a Francia, todas las demás se quedaron en España para siempre: Marthe, Mimosa y Augusta cayeron en Perdiguera.

Pasábamos el tiempo entrenándonos para reptar, para avanzar sin hacer ruido a través de la maleza, para lanzar granadas o disparar con pistola y fusil. Estábamos organizados en grupos de asalto, comandos en la jerga actual, totalmente independientes.

El capitán Berthomieu estaba muy atento al comportamiento de sus hombres en la ciudad y en el contexto de la guerra. Una mañana, durante la inspección, dos hombres estaban ausentes: ¿dónde podrían estar? La noche precedente no había habido patrulla y, de todos modos; no les tocaba a ellos hacerla. Se les buscó por la ciudad; nadie los había visto.

Hacia las 10 se dejaron caer en el pueblo, contentos como niños después de una travesura en la que se habían divertido como locos. No era obligación estar presente durante la inspección, pero tácitamente se había admitido que cualquiera podía ser llamado en cualquier momento del día o de la noche para llevar a cabo una acción y el Puesto de Mando debía saber dónde encontrarnos.

Se excusaron con los compañeros y con Louis, porque, según dijeron, habían sido cogidos de improviso, ya que en el último momento decidieron participar como voluntarios en la ejecución de prisioneros que habíamos tomado en el curso de una patrulla precedente. (En los primeros meses de la guerra, ninguna de las dos partes hacía prisioneros. Aquellos que se rendían eran fusilados más pronto o más tarde.) Louis montó en cólera, la mandíbula crispada. Caminaba arriba y abajo de la pieza que le servía de oficina y de dormitorio.

Después gritó: «Reunión general y rápido.» Media hora después estábamos todos frente al Puesto de Mando y Louis tomó la palabra:

«Camaradas, hemos venido de todos los países del mundo para batirnos por una causa justa y humana. Luchamos, pero no asesinamos. No quiero que en el futuro alguien pueda decir que el Grupo Internacional dirigido por Louis Berthomieu era una unidad de verdugos. Dos de entre vosotros han formado parte voluntariamente del pelotón de ejecución que ha fusilado a los prisioneros que habíamos hecho. Si estáis de acuerdo con ellos, decídmelo y me iré. En caso contrario, os pido que los excluyáis del grupo. A vosotros os toca decidir.»

Votamos la exclusión por unanimidad, después de haber discutido largamente el derecho que podíamos tener en prohibirles lo que habían hecho, ya que ese era su deseo. Encontramos al fin un punto de acuerdo al reconocer que teníamos el derecho de vivir o de morir con la gente que compartía nuestra forma de ver y de juzgar los actos de la vida.

Conchita

Al otro lado del Ebro había una granja cuyos habitantes se refugiaron en Pina. La familia se componía del padre, la madre, un hijo de aproximadamente 18 años y una hija de 16 que, como a menudo sucedía en las familias campesinas, estaba empleada desde hacía tres o cuatro años en un pueblo de los alrededores para trabajar de criada en casa de una familia rica.

Un día nos apercebimos de que la chimenea humeaba. Manuel, el hijo, nos comunicó que sus padres creían que Conchita, su hermana, había vuelto a la granja. Berthomieu me preguntó si estaba dispuesto a ir a ver qué sucedía. Manuel me hubiera acompañado con mucho gusto, pero Louis se opuso formalmente. En cuanto a mí, declaré que iría solo a dar una mirada a la casa.

La granja se encontraba río arriba de Pina, demasiado lejos para pasar a la hija por el vado. El trayecto era demasiado largo (una buena hora de marcha) y nos arriesgábamos a ser interceptados por una patrulla enemiga; entonces se decidió que pasaría en barca. Además, después de haber embarcado a la pequeña, debía llegar hasta la vía férrea a algunos kilómetros del río. Todo fue bien. Camuflé mi eskuife entre unas zarzas y un amasijo de sarmientos de vid, luego me deslicé hasta el viñedo que lindaba con la granja. Ya amanecía... Los rayos del sol iluminaban los techos de los edificios. El fuego había sido encendido de nuevo, porque un hilillo de humo subía hacia el cielo. Acostado entre los brotes salvajes de una higuera que me ocultaba completamente con sus ramas de grandes hojas, me hacía preguntas que quedaban sin respuesta.

«¿Quién vive en esa casa?» «¿Es Conchita o algún fugitivo?» «¿Quizá fascistas que nos tienden una trampa?» «La madre que los parió. ¿No necesitan nada los de dentro? Podrían salir para mear, si son hombres, o venir a buscar leña, agua del pozo, en fin que él o ella se deje ver».

Continuaba mi soliloquio para no tener que pensar en mi situación, porque no estaba seguro y ahora menos que nunca. «Si nadie sale dentro de cinco minutos, entraré yo».

Era la tercera vez que me daba cinco minutos para dejar mi abrigo sin llegar a decidirme, porque el miedo a caer en una trampa me paralizaba. Sin embargo, no podía quedarme durante mucho tiempo sin hacer nada. Era necesario que tomara una decisión. Me levanté, siempre al abrigo del follaje, sin perder de vista la puerta de la casa. Por fin se abrió. Una joven de corta estatura vino hacia mí. Se detuvo delante de

las cepas más cercanas a la casa y cogió un racimo de uva. Era desde luego Conchita, la hermana de Manuel.

En el momento en que comenzaba a separar las ramas que me ocultaban, una voz gritó: «Niña, ¿qué haces aquí?»

Sentí que la sangre se helaba en mis venas y que el sudor perlaba mi frente. Lentamente, me deslicé de nuevo hasta el suelo: «Mierda, sólo faltaba eso».

No había visto la llegada de los cinco soldados que en ese momento se encontraban en la esquina del edificio, con los fusiles apuntados, listos para disparar. No pudiendo hacer otra cosa, me dispuse a escuchar. El que parecía el jefe repitió la pregunta:

-¿Qué haces aquí?

-Estoy en mi casa.

-¿Cuántos sois aquí?

-Estoy sola.

-¿Dónde están los demás? Es necesario abandonar esta casa, los rojos podrían venir y masacrarnos. ¿Es cierto que no hay nadie?

-No señor.

El tipo dio una orden. Los hombres fueron a registrar las dependencias. La muchacha y el jefe entraron en la casa.

Yo había recuperado mi sangre fría, no quedaba otro remedio que esperar a que se fueran.

Volví a mi soliloquio: «¿Se irían llevándose a la muchacha con ellos?» En ese caso, debería encontrar el medio de desembarazarme de los cinco hombres. ¿Cómo? Lo ignoraba... Lo decidiría en cuanto llegara el momento. Mientras reflexionaba, vi que los soldados volvían, después de cumplir su misión, al edificio principal donde ya se encontraban el jefe de la patrulla y Conchita.

Transcurrió un largo tiempo, luego salió la pequeña, acompañada por un militar. Ella llevaba en las manos un par de jarras. Iban a buscar vino a la bodega... La muchacha no tenía miedo ni estaba preocupada: al encontrarla casa vacía, debió pensar que sus padres y su hermano habían atravesado el río para unirse a los republicanos. Al fin, todos salieron. Oí decir al que daba las órdenes: «Entonces, estamos de acuerdo, prepara tu equipaje y esta tarde te vendremos a buscar, subiremos todo a la carreta y te vienes a Quinto con nosotros».

Por un momento temí que ordenara a alguno de sus hombres que se quedara en la granja, pero nada dijo y todos se fueron a buen paso hacia su base. Esperé a que hubieran desaparecido completamente y me aproximé a la granja deslizándome entre los sarmientos del viñedo. Entretanto, la pequeña había ido a buscar agua al pozo. Estaba detrás de ella cuando le dije: «Conchita, tu madre me envía a buscarte».

Sorprendida, se dio media vuelta y viéndome con el torso desnudo, una barba de tres días, dos granadas sujetas a la cintura y la pistola en la mano, dejó caer el cubo que llevaba.

-Cállate. Tu hermano Manuel y tus padres me han enviado a buscarte.

Ella se repuso pronto de su espanto y dijo:

-Es peligroso quedarse aquí, venga, entremos.

Una vez en el interior, me bombardeó con preguntas sobre sus padres, sobre su hermano y sobre las gentes que conocía en Pina. Después de responder como pude a este diluvio de preguntas, me dijo que los soldados volverían con una carreta para vaciar la casa y llevarse todo a Quinto. Sólo podíamos hacer una cosa: irnos, atravesar el Ebro antes de que llegasen, porque entonces las riberas podían volverse muy peligrosas. Antes de media hora impulsaba la barca a la corriente con Conchita a bordo. La primera parte de mi misión estaba cumplida. Ahora tenía que reconocer el itinerario, del río al ferrocarril, lo que hice sin encontrar un alma. Fue un maravilloso paseo, con paradas al pie de los árboles frutales, lo que me permitió calmar mi hambre voraz satisfaciendo mi glotonería. Desde la copa de esos árboles escrutaba el paisaje en busca de alguna presencia inoportuna. A la vuelta, se me ocurrió la idea de dejar en la granja, como recuerdo, las dos granadas que llevaba. Al no estar ya la muchacha, los soldados se quedarían muy decepcionados si no encontraban nada. Fijé la primera bomba detrás de la puerta: después de quitarle el pasador, bloqueé el percutor con una cafetera y para salir utilicé la ventana. La segunda la puse en un agujero, al lado de una barrica perforada para extraer el vino, y manteniendo el percutor con una jarra medio llena. Apenas había terminado mi trabajo cuando oí los gritos de los que venían con el carro muy

lejos detrás de la casa... Ya habían llegado. Corrí saltando por encima de las vides para ir a esconderme detrás de la higuera. Venían ocho encima de la carreta, tirada por un par de mulas y gritaban: «Niña, mujer, guapa...»

Cinco de ellos se fueron corriendo y entraron en la casa como un rayo... Una explosión, seguida luego de un ruido de cristales rotos y de gritos, retumbó. Un hombre salió trastabillando, con las manos en el vientre y la cara chorreando sangre, dio unos cuantos pasos y se derrumbó. Las mulas espantadas huyeron al galope. Los tres hombres que se habían quedado fuera se habían escondido en la viña. Mi trampa había funcionado perfectamente...

Durante unos cinco o seis minutos nada se movió. Sólo el herido gemía y de vez en cuando llamaba: «Madre... ¡Oh!, madre...»

Uno de ellos se levantó, se aproximó al herido y le habló, luego cogió su cantimplora y después de agitarla, se la volvió a colgar de la cintura: seguramente estaría vacía. Los otros dos se habían levantado y miraban a su camarada que les pidió que fueran a buscar algo para beber. Uno de los soldados se dirigió a la bodega que tenía las puertas abiertas de par en par y dejaba ver las barricas. Al llegar al umbral, vaciló. Por mi parte no le quitaba la vista de encima. Después de mirar bien, entró y volvió a salir al cabo de unos minutos con la cantimplora pegada a los labios. El cerdo la había llenado del grifo...

Mientras tanto, el herido había muerto. Al volver su vista hacia él, vi que uno de sus compañeros le pasaba la mano sobre los ojos, después se levantó y se dirigió a la casa. Salió casi inmediatamente, habló con su colega y después de pasarse la cantimplora, dos de ellos se fueron. El tercero, con el arma en tierra, se apoyó en la pared. Tenía la impresión de que me estaba viendo y me espiaba. Podría haberme ido, alejarme deslizándome sobre el estómago hacia la ribera y alcanzar el río, pero la curiosidad pudo más que el sentido común.

Qué iba a pasar?

¿Volverían a entrar en la bodega?

¿Los otros habían ido a buscar refuerzos?

No, volvían ya conduciendo por la brida a las mulas que ataron a uno de esos aros colocados a este efecto en las paredes de las granjas y de los establos. Por sus gestos comprendí (hablaban demasiado bajo como para que yo pudiera entender sus palabras) que la carreta se había volcado no lejos de allí. Debían tener sed porque, después de haberse bebido la cantimplora del que la había llenado, entraron los tres en la bodega. No tenían ninguna razón para desconfiar. Uno ya había llenado vino y nada había pasado.

Para mí volvió a empezar el «suspense»: «¿qué iba a pasar?» Se oyó un grito: «Cuidado...»

Vi a un hombre dar un salto desde la puerta y caer al suelo, luego se levantó y huyó. Una explosión... Un segundo cuerpo vino a aplastarse por tierra... Las bestias se encabritaban y tiraban de las correas intentando liberarse, locas de terror. El superviviente corría a toda prisa en dirección a Zaragoza, completamente aterrorizado. No tuve el valor de echar una mirada. Sólo tenía una idea: irme.

Una vez llegado a la ribera y teniendo a la vista, en la otra orilla del río, las casas de Pina, me sobrecogió un temblor que me sacudía de la cabeza a los pies. Mis dientes castañeteaban: el miedo, sí, el miedo retrospectivo cierto, pero miedo al fin y al cabo. Mi única idea seguía firme: quería atravesar el Ebro, encontrarme entre los míos, sentarme en la cocina de la Madre, con los pies bajo la mesa... y continuaba temblando. Nunca he podido explicarme lo que me sucedió. Después pasé por otros momentos críticos donde estuve realmente en peligro, cara a cara con el adversario. En esos momentos mis reflejos funcionaron a la perfección, pero, una vez pasado el peligro y de nuevo en lugar seguro, ese mismo temblor se apoderaba de mí y me sacudía vigorosamente.

No era el hombre civilizado el que razonaba, valoraba el peligro y organizaba el despliegue y el ataque. Era el animal, en el cual el instinto de conservación hacía que resurgiera la seguridad en el gesto, la agudeza del hombre primitivo que quiere sobrevivir y para ello debe matar.

Una hora más tarde, el día avanzaba hacia el ocaso y yo encallé a cien metros del vado. Había atravesado el Ebro con cuatro haces de sarmientos que anudé con la cuerda que siempre llevaba atada a la cintura y de la cual me servía para asegurarme en las ramas altas de los árboles, durante mis turnos de guardia. Desde Pina se habían oído las explosiones, pero ningún disparo y se preguntaban qué habría sucedido. Me creían muerto o prisionero, lo cual significaba, al fin y al cabo, lo mismo.

Berthomieu me dijo que entre la última explosión y el momento en que el vigía, desde lo alto del campanario, me vio aparecer por la ribera, había transcurrido más de hora y media. A mí ese tiempo me había parecido más corto.

Los amigos, gente del pueblo y milicianos, mujeres y niños se habían escalonado a lo largo de la ribera para saludarme al pasar. Me cogieron antes aún de que mi balsa hubiera tocado tierra y me arrastraron mientras la gente corría y se aglutinaba a nuestro alrededor, impidiéndonos incluso caminar. Por fin, me colocaron al pie de un árbol y comenzaron a hacerme preguntas. Afortunadamente llegó la Madre, se abrió paso entre la multitud y me estrechó entre sus brazos, sollozando: «Hijo mío, hijo mío, dejadlo estar, no veis que está cansado.»

Una vez en casa, la Madre me lavó en una gran cubeta, me acostó como si fuera un niño y me dormí en esa habitación que fue la mía durante toda mi estancia en Pina. Al día siguiente me desperté tarde. Augusta velaba mi sueño.

Louis le había encargado que se hiciera cargo de mi estado y de preguntarme si podía ir a informar de lo que había visto en mi exploración. Augusta tenía 22 ó 23 años. Sus padres estaban prisioneros en un campo de concentración, pero ella consiguió huir de Alemania para refugiarse en Francia. Sin embargo, ante la imposibilidad de seguir sus estudios de medicina o de encontrar trabajo, decidió venir a España. Deportista, con un cuerpo digno de servir de modelo a un Miguel Ángel o a un Celline, traía de cabeza a todos los hombres de Pina.

Digo esto porque ella parecía estar hecha de un hielo tan frío que ninguna llama humana parecía capaz de calentarla. No obstante, era muy amable, siempre sonriente, lista para prestar servicio en cualquier ocasión: remendar un pantalón desgarrado o preparar una comida en pleno campo con los medios que tuviera a su alcance.

En la casa del Puesto de Mando encontré reunida a toda la familia de Conchita y a dos compañeros que acababan de llegar y discutían con Louis. Uno era ruso: Alexandre Staradoff (enseguida nos hicimos amigos). El otro era francés: Georges, parisino. La madre de Conchita se precipitó sobre mí para abrazarme y darme las gracias. La hija no me había reconocido y observaba estupefacta estas demostraciones de cariño. Fue el hermano quien le preguntó por qué se quedaba quieta, sin ni siquiera un gesto.

Entonces comprendió que el individuo hirsuto, con el torso desnudo, la cara endurecida y medio oculta por la barba y el joven recién rasurado, vestido con una camisa y un pantalón bien planchado eran la misma persona.

No sabía que decir: «¡Ah!, ¿es usted?»

Todo el mundo se echó a reír.

Después de haber puesto al corriente a Berthomieu y los demás de lo que había hecho a partir del momento en que dejé a Conchita, nos fuimos todos a festejar el retorno de la muchacha.

La colectividad

Los días pasaban y la columna no dejaba las riberas del Ebro.

La colectividad se organizó: los campesinos (Pina era un pueblo exclusivamente agrícola) roturaban y sembraban para preparar la siguiente cosecha. Muchos milicianos se unían a los equipos de trabajo para matar el tiempo y no perder habilidad. La jornada de trabajo era de ocho horas. Por la tarde, los campesinos se reunían en la sede para hacer un informe de los trabajos efectuados en los campos y establecer el programa de lo que debería hacerse al día siguiente.

Para llegar a mi casa (la de tía Pascuala era también la mía), pasaba casi todas las tardes ante la sala de reuniones. En cierta ocasión, un clamor atrajo mi atención. Me detuve, tratando de entender la causa de esa tormentosa discusión. Alguien salió y viendo que se disponía a entrar de nuevo le pregunté por la razón de ese escándalo. Me respondió que no sabía nada, ya que había llegado con retraso y me rogó que le siguiera.

Al ver que un extranjero se sumaba a la reunión, se hizo el silencio. Me excusé explicando lo que había pasado y, me volví hacia la salida. Un concierto de voces me detuvo:

-«Quédese, no se vaya, siéntese...»

Alguien me tomó por el brazo, otro me acercó una silla y me encontré sentado en la mesa del secretario de cuentas de la colectividad. Éste me explicó las razones de la discusión y me pidió que zanjara las diferencias: «No estamos de acuerdo con el número de sacos de trigo que han entrado en el depósito durante la jornada. Había una diferencia: faltaban dos sacos...» Su operación estaba bien hecha, de eso estaba seguro. Pronto se encontró el error; una cifra mal escrita. Se había tomado un ocho por un seis.

Es necesario reconocer que el noventa y cinco por ciento de los obreros y campesinos españoles eran analfabetos. Algunos sabían escribir su nombre, pero eso era todo. Por contra, casi todos sabían contar sin necesidad de lápiz ni papel. Para las cuatro operaciones elementales, tenían una calculadora en el cerebro.

Se organizaron escuelas para los que querían aprender a leer y escribir. Los cursos tenían lugar por la tarde, después del trabajo. Podéis creer que era un espectáculo insólito, y por qué no decirlo, emotivo.

Esos hombres se inclinaban sobre su libro, concentrados en deletrear el alfabeto o tratando de coger correctamente entre sus dedos callosos el frágil mango de la pluma que el peso de su mano, habituados a manipular sus pesados útiles de labranza, aplastaba sobre el papel. Algunos parecían muy viejos. El trabajo de la tierra había endurecido sus manos y encorvado sus espaldas; la miseria había hundido sus mejillas y arrugado sus frentes. Quizá les quedaban sólo algunos años de vida y, sin embargo, venían todas las tardes, después de la jornada de trabajo, a sentarse en los bancos del aula...

A veces, durante una reunión, se improvisaba una conferencia. Entre los milicianos españoles se encontraban algunos maestros y estudiantes, los cuales, cuando la ocasión se presentaba, se transformaban en oradores para exponer sus ideas o su manera de concebir la vida.

En la segunda centuria se encontraba un joven maestro de escuela que había ejercido en la escuela moderna de Francisco Ferrer en Barcelona. Era de verbo fácil y le gustaba hablar de todos los temas posibles, a condición de que pudiera interesar a sus auditores. Una tarde se le pidió que hablara del matrimonio y del amor. La sala estaba abarrotada. Los jóvenes asistían con gusto, porque reían y hacían bromas discutiendo de cosas serias.

Poco más o menos me acuerdo de su discurso, tanto más cuanto que eran ideas que yo mismo profesaba en aquella época sobre la cuestión y que en nada han cambiado con el transcurso del tiempo.

Del amor y el matrimonio

El orador empezó diciendo:

«Camaradas, antes de entrar en materia quiero pedir perdón a aquellos que puedan sentirse molestos por lo que voy a decir.

»El matrimonio, una institución que tiene ya varios millones, iba a decir de años, pero seguramente estaré mucho más cerca de la verdad si le otorgo algunas decenas de siglos, desde el nacimiento del cristianismo, el matrimonio, pues, en su forma actual, es la tumba del amor.

»La mujer debe obedecer al marido, someterse a su voluntad porque él es el amo. A cambio, él está encargado de alimentarla y defenderla, al igual que debe defender su ganado, porque ella es Su cosa. Le pertenece. Hablo de todas las mujeres, tanto de las que han nacido en una cuna dorada, como las que reposan desde sus primeros vagidos sobre un jergón.

»En esta sociedad que queremos destruir, el proletario se casa muy a menudo para tener una criada durante el día y una hembra por la noche, además de perpetuar la raza de los esclavos y de los miserables viviendo en la indigencia en todas las partes de mundo, y todo esto a mayor gloria de las clases dominantes que nos aplastan. Las mujeres del pueblo, ajadas por el trabajo, debilitadas por una alimentación insuficiente y deformadas por embarazos continuados, son ya viejas a los 30 años.

»Sí, ya sé que os decís: una muchacha debe casarse... Una mujer sin marido es una planta sin hojas, un árbol sin frutos... Y para escapar a la tutela del padre o de los hermanos, esperando conquistar un poco de libertad, estáis dispuestas a entregaros a cambio de un nombre.

»NO... Estoy en contra de toda prostitución, incluso aquellas que son legalizadas por el juez de paz y bendecidas por el cura.

»Es a causa de esos prejuicios que se remontan a la noche de los tiempos, que la hembra del hombre, entorpecida por el embarazo y debilitada por el parto que le impedía procurarse los medios de subsistencia, tuvo necesidad de alguien que pudiera cazar, pescar y trepar a los árboles para alimentarla y defenderla, a ella y a su criatura, contra el ataque de las fieras en caso necesario. Se vio entonces obligada a admitir la cruel ley de la naturaleza que ordena aceptarlo todo con tal de que la especie sobreviva. Y la especie ha sobrevivido.

»Generación tras generación, la Humanidad se ha multiplicado, ha invadido el mundo e inventado la máquina, ha dominado el rayo y domesticado el fuego... El macho ha impuesto la ley del más fuerte y ha hecho de la mujer un juguete, una criada o una bestia de carga. De tal modo ha estado condicionada por siglos de sumisión que todavía hoy existen países donde el hombre compra a su mujer, donde los padres cambian a su hija por mercancías, ganado o cualquier otro producto.

»En nuestra sociedad que llaman civilizada, muy a menudo, por no decir siempre, se conciertan uniones en las que sólo cuentan las propiedades, los capitales y la riqueza de los padres, sin que se tenga en cuenta para nada las tendencias afectivas de los prometidos.

»Si un hombre tiene varias queridas, se dice de él con admiración: «Es un gran seductor...» En cambio si una mujer tiene un amante, se cuchichea: «Es una gran zorra...» Exijo para todas las mujeres los mismos derechos que tenemos los hombres. Reclamo para la mitad de la especie humana, el derecho a la libertad sexual y a la maternidad libre».

El éxito del discurso se vio empañado, especialmente entre los representantes masculinos de más edad. En España, las muchachas estaban muy lejos de poseer la libertad de sus hermanas de Francia o de otros países de Europa y mantuvieron la boca cerrada para no impresionar a sus familiares.

Los jóvenes y los viejos discutían acaloradamente, los primeros a favor y los segundos en contra. Algunas mujeres se sumaron al debate, planteando al orador algunas cuestiones. Por ejemplo, se le preguntó cuál sería su reacción si, en el supuesto de que estuviera casado, se enterara que su mujer tenía un amante.

«Escuchad, amigos», respondió, «si mi mujer fuera también libertaria y por lo tanto tuviera el mismo respeto que yo por su libertad y la mía, y me confiara su deseo de acostarse con otro hombre, dándome razones de índole sentimental o física, decidiríamos cuál debería ser la conducta a seguir. En el caso de que mi esposa no compartiera mis ideas, probablemente no me diría nada y si me enterara, sería necesario que me planteara algunas cuestiones.

»Primera: ¿Soy incapaz de satisfacer sus necesidades eróticas? Si fuera éste el caso, sería justo que buscara en otra parte aquello que yo no puedo darle. Os pondré un ejemplo: invito a alguien a cenar a mi casa, pero cuando se va todavía tiene hambre... ¿Debería enfadarme porque al salir de mi casa vaya a comprarse un bocadillo? Desde luego que no, ¿verdad? Las necesidades sexuales son comparables a las necesidades nutritivas. Varían según los individuos. Algunos tienen un gran apetito y otros se sacian con muy poca cosa. Por lo tanto, no podría decir nada a este respecto; a lo sumo podría reprocharle que me lo hubiera ocultado.

»Segunda: ella busca un amante para sufragar sus deseos materiales, necesarios o superfluos. Sigue siendo mi problema, porque no consigo ganar suficiente dinero para que ella se procure lo que desea.

»¿Cuál debe ser mi conducta en ambos casos? En el primer supuesto nada puedo hacer: la naturaleza no me hizo suficientemente fuerte para saciarla y sería un cerdo asqueroso si me aprovechara del poder

que me concede la ley escrita o las costumbres para impedirle solazarse en el placer de la carne por una simple cuestión de amor propio.

»¿Qué podría hacer en el segundo supuesto? ¿Callar y aceptarlo? No, porque me aprovecharía de su belleza, elegancia y lujos, sin mi consentimiento, desde luego, pero me sentiría moralmente igual a los chulos o macarras que viven del trabajo de las prostitutas, como los capitalistas del trabajo de los obreros, ya que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo... Por esa razón, me separaría de ella, por muy grandes que fueran el afecto y el amor que le profesara».

-¿No eres celoso?

-Sí, soy celoso de mis amantes. Con ellas no me liga ningún contrato. Únicamente nos une el placer erótico, por tanto es lógico que cuando este placer disminuye o desaparece, nos separemos para buscar, con otros compañeros, este placer que tan necesario es para el equilibrio físico de cualquier ser humano. Soy celoso de mi amante, porque tengo horror a la mentira y la hipocresía. Me espanta la mentira gratuita e inútil, porque responde al placer de ocultar lo que hacemos en nuestro entorno, como si pensáramos que no tenemos el derecho de hacerlo. Como si no fuéramos libres y responsables de nuestros actos».

Desde el comienzo de su respuesta, se hizo un completo silencio. Una joven se le había aproximado y le escuchaba sin apartar la mirada. Dolores, una muchacha de unos 25 años, costurera de oficio, le preguntó:

-Pedrito, ¿qué pensarías de una mujer que te dijera aquí mismo, te amo?

-Pensaría que es una mujer inteligente y libre y que su pensamiento está muy adelantado para su época, lo cual despertaría mi admiración por ella, aunque su declaración la hiciese a cualquier otro. ¿Es eso lo que querías saber?

-Sí, pero también quería preguntarte cuáles serían los motivos que podrían inducir a dar este paso.

-Éstos son múltiples y tú podrías señalarlos tan bien como yo. Por lo general, son los mismos en el hombre y en la mujer: el deseo, la curiosidad de saber cómo reaccionaría un individuo en una situación concreta, el interés por saber la potencia viril de la persona elegida y todo esto puede confundirse, en última instancia, con el amor que a todos nos impulsa a creer que buscamos la felicidad de la persona amada, cuando en realidad sólo buscamos el desarrollo de nuestra personalidad subconsciente. Pero nuestras concepciones, que casi siempre son diferentes, chocan, se oponen, se enfrentan... y esto conduce al infierno conyugal con sus llantos, sus quejas y el rechinar de dientes, de ahí que sea necesaria la separación para ir a buscar en otra parte la realización de nuestras aspiraciones, la materialización de las quimeras que nos obsesionan.

-¿Tú no crees que un amor pueda durar toda la vida?

-Sí, a condición que esté basado sobre la franqueza, la comprensión y la tolerancia hacia todo aquello que puede dividir a una pareja: diferencias en los gustos materiales o estéticos, en las aspiraciones intelectuales o morales... Es muy raro que dos personas que tienen los mismos gustos y las mismas aspiraciones se encuentren para formar lo que se denomina una familia.

El debate finalizó muy tarde y aquellos que debían levantarse muy temprano para trabajar hacía ya mucho tiempo que se habían ido a dormir.

Los gorros negros

Berthomieu, fatigado, al igual que todos nosotros, por la monotonía de unas patrullas durante las cuales casi nunca llegábamos a interceptar al enemigo, decidió establecer una cabeza de puente al otro lado del río. Fue un auténtico picnic; nos instalamos alrededor de la casa de Manuel. Mientras tuvimos luz solar, estuvimos cavando por turnos para ensanchar y hacer más profundos los surcos que, alrededor de la casa, delimitaban los campos y viñedos o servían para el regadío. Se habían dispuesto estas trincheras de

forma que nos permitieran disparar de rodillas. Cuando cayó la noche, nos fuimos en todas direcciones divididos en pequeños grupos durante unas dos o tres horas.

Algunos de ellos llegaron hasta las casas de Quinto de Ebro, pero sin entrar en el pueblo. En contrapartida, visitaron los gallineros y nos trajeron gallinas y huevos.

Mi memoria ha registrado este detalle porque fue causa de que el grupo perdiera a una de nuestras camaradas: tuvimos la desgracia de perder a Simone Weil que se quemó -con el aceite hirviendo al querer hacer huevos fritos para el desayuno. Fue evacuada a Barcelona y desde allí regresó a Francia. Estuvo con nosotros un mes aproximadamente.

Un día o dos después del accidente, recibimos la orden de volver a Pina. El tiempo transcurría y ya no nos llamaban «los internacionales», sino «los del gorro negro».

En las centurias, se había adoptado una gorra que en francés creo que se llama «gorro de policía». Cuando nos la poníamos tenía forma de barca volcada. Los españoles las mandaban confeccionar con su color preferido. Había algunas que estaban hechas con telas multicolores. Louis nos aconsejó que las hiciéramos completamente negras, porque un color claro podía traicionarnos por la noche. Vestidos con una chaquetilla ceñida hasta la cintura y un pantalón, ambos de color oscuro, con el gorro negro sobre la cabeza, éramos invisibles desde que el sol se ponía y comenzábamos a deslizarnos entre los matojos de romero y retama de las tierras incultas o entre los viñedos, olivares y huertos de la campiña aragonesa.

Una de las operaciones en las cuales participé tenía como objetivo abrir una compuerta y cerrar otra, con el fin de que el agua de regadío llegase a la «huerta» de Pina. Las esclusas se encontraban bastante lejos, detrás de las líneas enemigas. Participamos doce en la expedición. Cada uno de nosotros llevaba, además de las armas, una pequeña mochila con un cemento especial. Louis Berthomieu nos acompañaba. Las esclusas no estaban vigiladas, lo que nos permitió hacer un trabajo limpio. Cerramos la compuerta que estaba abierta y un especialista en este tipo de trabajos la bloqueó completamente con cemento. Por mi parte, me dedicaba a patrullar a cierta distancia del grupo de trabajo y por tanto ignoro cómo llevaron a cabo la labor.

Después de alejarnos un buen trecho de las esclusas, tuvimos un breve conciliábulo... Dado que no quedaba mucho tiempo para el amanecer, no podíamos regresar por el mismo camino por el que habíamos venido. Decidimos tomar el camino más corto, un trazado recto delante de nosotros. El frente no era continuo: en el mapa se presentaba como una línea de trazos, en la cual los puntos estaban separados por espacios más o menos importantes según los accidentes del terreno.

Tras una hora de marcha relativamente rápida, Louis nos hizo señas para que nos detuviéramos: estábamos al pie de un altozano. Gesticulando, nos dio a entender lo que había que hacer, luego comenzó a subir la pendiente reptando, con cinco compañeros desplegados detrás de él. Los seis últimos, entre los que me encontraba, debíamos iniciar la escalada cinco minutos después si todo permanecía tranquilo. Estaba amaneciendo y se empezaba a ver, a lo lejos, la silueta de las cumbres de la Sierra de Alcubierre.

Habíamos franqueado ya la mitad de la cota, cuando Louis nos llamó en voz baja: «Rápido, subid...»

Habían sorprendido a los falangistas en pleno sueño y el que estaba de guardia, muerto de un culatazo, no había dicho ni «pío»... Los demás ni siquiera se habían despertado: las navajas y los puñales bastaron. El puesto tenía la forma de una media luna. Se había aplanado la cúspide de la pequeña colina de tal modo que había adoptado la forma de una sombrerera de un metro de profundidad y cuatro o cinco de diámetro. Los cuerpos estaban alineados a lo largo de la pared: parecían dormir. Nos ocupamos del armamento del puesto: seis fusiles, una ametralladora, una pistola que junto con la municiones resultaban una carga superior a la que habíamos traído.

Una vez que estuvimos lejos de la vista de las posiciones enemigas, observé que Berthomieu miraba su reloj con demasiada frecuencia; al preguntarle me dijo que la carga de dinamita debería estallar dos horas después de prender la mecha y que se acercaba el momento de abrir bien los oídos si queríamos escuchar la explosión. Algunos minutos después oímos, casi al mismo tiempo, una detonación apagada por la distancia y el «¿quién va?... Alto», de nuestra avanzadilla.

El agua fluía en los canales de regadío cuando llegamos a Pina. Estábamos agotados, la caminata había durado casi veinte horas; la madre me trajo la comida a la cama.

Volvimos a cruzar el río algunos días más tarde, pero en esta ocasión por orden del Cuartel General. Nuestra misión consistía en disparar sobre el enemigo e inmovilizar a una parte de sus fuerzas para facilitar

el avance de la columna hacia Zaragoza. No éramos una tropa regular: nuestro trabajo consistía en cargar sobre un objetivo, dar el golpe y retirarnos enseguida; pero «en la guerra como en la guerra», era preciso a pesar de nuestro poco entusiasmo por los combates de trincheras.

Berthomieu, Ridet, Carpentier y yo, además de otros que se encontraban en el Puesto de Mando cuando llegó la orden, decidimos pasar el río en pleno día: si nos veían, tanto mejor. Las tropas acantonadas en Quinto vendrían a atacarnos o permanecerían en sus posiciones y nos esperarían. En cualquier caso, no acudirían en ayuda de los que fueran atacados por las unidades republicanas; de ese modo, alcanzaríamos nuestro objetivo y habríamos cumplido nuestra misión.

Acabo de decir que Berthomieu, Ridet y yo y algunos otros decidimos la forma en que ejecutaríamos nuestra misión. Esto no debe llamar a engaño y creer que yo formaba parte del Estado Mayor del grupo (de hecho no existía tal Estado Mayor). Cuando se necesitaba llevar a cabo una operación cualquiera, la discutíamos entre nosotros, cada uno daba su opinión y nos quedábamos con la mejor o con la que así nos parecía, o bien se elaboraba una síntesis de las diferentes propuestas.

Desde su formación, el grupo había multiplicado sus efectivos. Éramos ya más de cien. Con algunos españoles de Pina que se unieron a nosotros, formábamos una compañía de ciento veinte hombres que cruzó el río una mañana, entre las nueve y las diez. Manuel, que conocía el terreno como la palma de su mano, ya que había nacido y crecido allí, nos acompañó. El muchacho se había vuelto un poco taciturno desde la partida de Simone: era su gran amigo y ella decía de Manuel que era bello como un Dios griego.

Al principio no tuvimos ningún sobresalto; pero, la segunda noche todo se fue al cuerno. El centinela oyó ruidos sospechosos y nos puso sobre aviso. En silencio nos precipitamos a nuestros puestos. La noche era negra como boca de lobo, el cielo estaba cubierto. En otras circunstancias me hubiera alegrado que la luna se levantara tarde o no lo hiciera en absoluto. Pero ahora la rubia Febe me hacía mucha falta ...

Se había tendido alambre de espino a unos cincuenta metros de nuestras líneas defensivas, oculto por hierbas bastante altas, para colgar botes de conserva y campanillas que Manuel trajo del pueblo. Pero yo temía que la vanguardia enemiga se diera cuenta de la trampa y, en ese caso, podrían llegar hasta nosotros sin que nos apercibiéramos y demasiado cerca para poder detenerlos antes de que llegaran a la trinchera.

Nuestra cabeza de puente tenía la forma de un trapecio en el que la granja sería el centro de la línea superior y la ribera del río la base. Berthomieu nos había asignado una posición: cinco hombres en el interior con la ametralladora, veinte a la derecha y otros tantos a la izquierda de los edificios. Sesenta tenían la misión de proteger nuestros flancos y los demás estarían de reserva para ir a reforzar los puntos más dañados en caso de ataque. Además de la ametralladora teníamos ocho fusiles ametralladores y algunas cajas de granadas «Laffitte» de fabricación francesa y nuestro armamento individual: fusil, pistola, puñales y «navajas».

Nerviosos, delatados únicamente por algunos ligeros chasquidos de ramas aplastadas, esperábamos intentando horadar las tinieblas para descubrir a ese enemigo invisible en su lenta y silenciosa progresión. Fieras cazando, esperando sorprender a otras fieras en su guarida, las cuales, a su vez, agazapadas en su agujero, las esperaban sintiendo el peligro. Hombres frente a otros hombres, unos defendiendo principios, ideas y creencias de hace más de dos mil años..., los otros luchando para que la ignorancia, la explotación del hombre por el hombre y los privilegios de clase desaparecieran, para que la Justicia, la Libertad, la Igualdad y el Amor reinen al fin sobre toda la humanidad. ¿Quién tenía razón? ¿Los defensores del pasado? ¿O los que luchaban por el porvenir?

Repentinamente, las campanillas comenzaron a sonar, pero el sonido del metal fue inmediatamente ahogado por un grito surgido de las tinieblas desgarrando la noche:

«Adelante... Arriba España».

Delante de mí una línea de fogonazos se iluminó, seguida de inmediato por los tableteos secos de los fusiles, la explosión de las granadas y los petardeos de los fusiles ametralladores mezclados con los silbidos de las balas.

Fuego... El ruido se hizo ensordecedor... El olor acre de la pólvora quemada nos embriagaba... Affinenghi a mi derecha, de pie, vaciaba el cargador de su fusil ametrallador, se agachaba, lo cargaba de nuevo y se enderezaba para continuar su labor de muerte como si estuviera en un concurso de tiro. Al poco, los fogonazos disminuyeron, las detonaciones se espaciaron y de nuevo se impuso el silencio de la noche. En la pieza donde estaba la ametralladora y que hacía las veces de Puesto de Mando todo estaba

patas arriba: una granada había estallado en el interior, pero nadie había resultado herido. Fue un auténtico golpe de suerte.

Me encontré con Berthomieu, Ridel, Carpentier, Mendoza (cubano) y Otto (alemán) que, al igual que yo, habían venido a informar: las pérdidas eran leves, para hablar en

la jerga militar, un muerto y dos heridos leves que podían continuar combatiendo. Louis nos transmitió la consigna de permanecer en nuestros puestos, porque esperaba un segundo ataque más importante que el precedente y nos dijo que había que aguantar hasta el último hombre. Recuerdo que al salir le dije a Ridel: «esperemos que la segunda ola no sea un maremoto». A lo cual me respondió:

«¡Bah! Sólo se muere una vez».

Volvimos a nuestros puestos; donde la alegría reinaba entre los compañeros. Se había rechazado al enemigo una vez y no había razón para que no se volviera a repetir: si vuelven, serán bien recibidos. Me daba la impresión de que si había alguien que temiera un eventual regreso del enemigo, ese era yo. Unos diez hombres salieron de la trinchera para ir a recuperar la armas y las municiones de los muertos. La cosecha nos hizo un gran servicio: trajeron fusiles, granadas y muchas municiones. Apenas terminada la distribución del botín, tuvimos una agradable sorpresa seguida de otra bastante menos buena: la luna, cuerno de oro, apareció alta en el cielo, iluminando con una claridad pálida campos, viñedos y bosques... y a un centenar de metros, una multitud que avanzaba silenciosa y terrible.

Se detuvo, sorprendida por esta claridad que la ponía al descubierto repentinamente (en la trinchera el silencio era total), luego, recuperada de la sorpresa, reanudó la marcha. Ochenta metros..., mentalmente calculaba la distancia que nos separaba. Setenta... Sesenta... Cincuenta y cinco... Cincuenta... El fuego se desató simultáneamente sobre los dos flancos de la posición. Delante de mí la masa oscura comenzó a correr, escupiendo fogonazos y plomo.

Fuego...

Los fusiles ametralladores y las granadas habían segado las primeras filas, pero llegaban más y cada vez más cerca. Yo ya no pensaba en nada; me sentía como en un sueño en el que uno se observa como espectador de sí mismo: desde luego notaba que mi puño se agitaba cada vez que mi dedo apretaba el gatillo. Mis ojos registraban todos los movimientos que se producían a mi alrededor, dirigiendo con asombrosa precisión el cañón de mi pistola, apoyada en el antebrazo izquierdo, orientada hacia el blanco elegido. Mi cerebro: huérfano de todo pensamiento especulativo, ya no era más que un aparato electromagnético que gobernaba a una máquina fabricada para matar. Por un instante tuve la impresión de ver a un gigante saltar hacia mí: iba a pasarme por encima. Vací mi cargador y me agaché para cargar el arma. Cayó atravesado en la trinchera, entre Affinenghi y yo....

¿Cuánto tiempo duró el combate? Nunca lo he sabido.

Amanecía cuando un toque de corneta se oyó a lo lejos delante de nosotros: el enemigo se retiraba, habíamos ganado. Yo había perdido diez hombres... Si los falangistas hubieran resistido un cuarto de hora más, no estaría contándolo, ya que las municiones se nos acababan. Tan solo nos quedaban uno o dos cargadores por combatiente: Después de hacer recuento de nuestras pérdidas que se elevaban a casi una cuarta parte de los efectivos, Berthomieu me envió a pedir refuerzos para cubrir las bajas y a por municiones.

Al ir hacia el vado, ya que las barcas servían para la evacuación de los heridos, me encontré un amigo que más tarde me haría grandes servicios. Acurrucado cerca del cadáver de un falangista, un perro se enfrentaba a dos camilleros que querían apoderarse del que había sido su amo para enterrarlo. Los camilleros no iban armados y me llamaron para que de un disparo los desembarazara del chucho. El animal era negro por completo y sus largos pelos no dejaban ver más que los ojos y los colmillos que su boca abierta dejaba al descubierto. No tuve valor para abatirlo. Admiraba su coraje y la fidelidad que mostraba, ya que a pesar de las piedras que le lanzaban los dos hombres, permanecía allí, al lado de quien había sido su amo y amigo.

Con una cuerda que siempre llevaba anudada a la cintura, hice un lazo. Después de varios intentos fallidos, acabé por cerrar el nudo corredizo alrededor de su cuello. De ese modo lo arrastré hasta Pina, donde se lo confié a Vicenta después de dejarlo atado sólidamente en el patio.

Mucho antes de que el sol llegara a su cenit estaba ya de vuelta en la granja: todo el mundo colaboraba para hacer más eficaz nuestro atrincheramiento en previsión de un próximo ataque. Nos

disponíamos a sentarnos a la mesa para comer, abriendo algunos botes de carne de buey, cuando un silbido vino a quitarnos el apetito.

«La artillería», dijo Berthomieu dirigiéndose a la puerta. La explosión hizo que siguiéramos sus pasos. Un segundo silbido, seguido de otra explosión.

«Uno corto, otro largo, cuidado con el tercero. Haced evacuar las trincheras y dispersaos».

El tercer obús cayó sobre la granja. Sólo disponían de una pieza de artillería, pero sabían utilizarla. La casa y las trincheras fueron arrasadas por completo. El bombardeo duró alrededor de una hora. Gracias a Louis, abandonamos a tiempo la zona de peligro. Escondidos en los viñedos, agazapados entre las ramas de los avellanos o tendidos al pie de los olivos, asistimos a la destrucción de la granja y de nuestro trabajo de fortificación. Al crepúsculo, un enlace vino a traernos la orden de volver a nuestra base: nuestra misión había sido cumplida.

Todo ejército que no avanza, retrocede, incluso permaneciendo en sus posiciones. Nosotros no retrocedíamos, desde luego: desde hacía más de un mes pateábamos la orilla este del Ebro. Sí, organizábamos la revolución y estructurábamos la sociedad libertaria. Las colectividades del frente de Aragón funcionaban de manera ejemplar.

Durruti era intransigente con la conducta de los hombres que estaban bajo su responsabilidad. Hizo fusilar al responsable de una centuria: Carrillo, militante de la FAI, por haberse quedado con joyas que ofreció a su compañera. La coquetería de ésta no encontró nada mejor que hacer que visitar a su hombre, ataviada con las joyas que le había regalado. Al ser interrogada confesó que Carrillo las encontró en casa de una personalidad de Barcelona y, en lugar de remitirlas al sindicato, prefirió ofrecérselas.

La inmensa mayoría de nosotros éramos individuos simples y honestos. Nuestra lógica admitía el robo como medio de lucha social, sin que ello significara que fuéramos capaces nosotros mismos de llevar a cabo un robo o de apropiarnos de lo que fuera. Admirábamos a aquellos que tenían el coraje de vivir peligrosamente, al margen de la sociedad, para servir a la Idea, tomando de los poderosos de la tierra un poco de su excedente para hacer llegar lo necesario a los obreros en huelga o a los presos y a sus familias. Porque las cárceles de España estaban llenas de presos políticos.

También entre nosotros había gente cuyo anterior oficio era apropiarse de lo ajeno. Creo haberlo dicho ya, pero al observar su comportamiento, uno se daba cuenta de que se podía confiar en ellos. Casi todos trabajaban, ayudando a los campesinos en sus labores o a los artesanos en el pueblo.

Carrillo fue juzgado por los delgados de las centurias y condenado a muerte. Estábamos haciendo una revolución. No se trataba de acabar con los patronos para que otros vinieran a ocupar su lugar. El oro, el dinero o las joyas debían servir para procurarnos las armas que necesitábamos y no para adornar a las mujeres de quienes creían, quizá, tener derecho a ocupar el lugar y las propiedades de aquellos que habían eliminado. Esos obreros, campesinos y ladrones fueron los que juzgaron a su camarada de lucha: y fue condenado.

A pesar de la tranquilidad que reinaba en el sector, en ocasiones alguno de nosotros caía bajo las balas de los francotiradores: así cayó Emile Cottin, el que en febrero de 1919 disparó contra Clemenceau. Estaba de guardia, sentado en la rama de un árbol en la orilla del río, cuando una bala, disparada seguramente por un tirador de elite, acabó con su vida. Era un muchacho taciturno y solitario, inmerso siempre en algún pensamiento profundo. Estábamos comiendo en casa de la tía Pascuala que había aceptado cocinar para diez de los nuestros, cuando alguien entró diciendo: «han matado a Cottin». Apenas lo conocía y sólo más tarde supe que había tratado de matar al «Tigre».

A veces también nos divertíamos. Hacíamos bromas, los compañeros se distraían como podían, cuando por alguna razón no podían sumarse a los trabajadores de la colectividad.

Un día llegaron dos lioneses al grupo. Como en nuestra mesa había dos plazas libres, Louis me los envió. Eran altos, anchos de espaldas y macizos. Pero sobre todo tenían unas grandes tragaderas y nunca quedaban satisfechos. Siempre protestaban por una cosa o por otra: la Madre ponía demasiado aceite en las comidas que nos preparaba o bien no les gustaban los garbanzos. Siempre encontraban que alguna cosa no estaba a su gusto, pero el asunto, sobre el que volvían una y otra vez, era el del vino. No tenían bastante con un cuartillo, necesitaban como mínimo un litro en cada comida. Aseguraban que en Lyon se bebían entre cinco y seis litros al día sin contar los aperitivos.

Harto ya, un día se lo comenté a Louis que me aconsejó que les sirviera un litro del vino que la Madre le hizo probar una noche que le invité a cenar. Era una trasgresión de nuestros acuerdos, ya que desde los primeros días decidimos contentarnos con un cuartillo por cabeza. Hice que reparara en este punto, pero se echó a reír y me dijo: «Escucha Antoine, dales una botella a cada uno, con la condición de que se la beban toda solos..., cada uno con la suya y procura tener a alguien a mano para ayudarte».

Por la noche, coloqué las dos botellas junto a sus vasos. Mientras comíamos, les aclaré que si vaciaban la botella sin emborracharse, todos los días tendrían una. Se echaron a reír: ¿emborracharse con un litro de tintorro? Había que ser muy ingenuo para pensar eso; podrían beber el doble sin ningún riesgo. Durante toda la cena hubo rechiflas y burlas. Vicenta vino a quitar la mesa y nosotros nos levantamos... y fue entonces cuando las cosas comenzaron a ir mal para nuestros dos bufones. Se diría que estaban clavados a la silla en la que estaban sentados. No podían ponerse de pie. Tras vanos intentos, consiguieron caminar con paso inseguro e incluso salir del comedor... El cambio de temperatura, el contraste entre la tibieza del salón y el frescor de la noche acabó con ellos. Apoyaron los brazos contra la pared y bajaron la cabeza... Vicenta se vio obligada al día siguiente a lavar con agua abundante la fachada de su casa y nosotros tuvimos que llevarlos a la cama... El vino debía tener entre 17 y 18 grados... Se dejaba beber como si fuera agua, con la condición de permanecer sentado un momento y con cuidado de no abusar. Superada una determinada cantidad, os deja sin piernas. Lo sabía por experiencia...

Farlete

Acababa de acostarme cuando unos golpes violentos en la puerta despertaron a toda la casa: zafarrancho de combate..., nos vamos... Los camiones nos esperaban en la plaza. Al alba llegamos a Farlete. Descendimos y a paso ligero cruzamos el pueblo para tomar posiciones dos kilómetros más allá en el sector noreste de la villa. Se oía a lo lejos el ruido de la batalla. Vimos llegar al enemigo, avanzar y aparecer y desaparecer, siguiendo los accidentes del terreno. Los esperábamos tendidos detrás de los montones de gavillas de trigo, en la cima de una pequeña colina que, al igual que dunas en el desierto, quebraban la uniformidad de la llanura.

A unos ciento cincuenta metros de nosotros, el enemigo abrió fuego, un auténtico fuego infernal. Por nuestra parte, no hicimos ni un solo disparo, no gastamos ni un solo cartucho. Sorprendidos por nuestra pasividad, cesaron el fuego y alguien empezó a hablarnos aconsejándonos que nos rindiéramos, que fuéramos con ellos... Alguien cuyo nombre no recuerdo se levantó y dijo: «los anarquistas no se rinden». El enemigo abrió de nuevo el fuego. Nosotros no respondíamos por dos buenas razones: sólo teníamos unos pocos fusiles ametralladores, una sola ametralladora y algunos fusiles. La mayor parte íbamos armados con pistolas y granadas. Además no éramos demasiado ricos en municiones como para derrocharlas. Al cabo de un momento, mientras nos preguntábamos por qué no se decidían a avanzar, los vimos retirarse corriendo.

¿Qué había sucedido?

Tuvimos que esperar al relevo para acceder a la clave del misterio: algunos de mis compañeros habían visto aparecer en una cima, sobre el flanco y detrás de las líneas enemigas, una silueta que se puso a gesticular como un loco. Era Georges, el pequeño parisino. Por razones que se ignoran en absoluto, no vino con nosotros. Llegó a Farlete con un camión de municiones y trató de reunirse con el grupo, pero se perdió. El ruido de la batalla le orientó y le condujo hasta la cima de aquella colina. Viendo que un pelotón de caballería se dirigía hacia él, no se le ocurrió otra cosa que levantarse y dejarse ver por los jinetes, haciendo al mismo tiempo gestos con los brazos como incitándoles a que se dieran prisa por llegar. Creyéndose desbordados y temiendo verse cercados, los oficiales dieron la orden de retirada.

Farlete estaba a salvo: la carretera que debía conducirnos un mes más tarde a Perdiguera estaba abierta... Tuvimos que lamentar, no obstante, un muerto y dos heridos. El muerto era ruso y por ironías del

destino, este hombre que vino a morir a la alta planicie de Aragón, había nacido en el otro extremo de Europa. Una revolución le obligó a abandonar su tierra natal. Era un soldado del ejército Blanco integrado en las filas de Wrangler y Denikin. Tras la victoria de los comunistas se refugió en Francia y luego dejó su empleo para venir a morir a España. Muerto por aquellos mismos que hubieran sido sus aliados diecinueve años antes. ¿Qué extraños vericuetos del pensamiento, qué brutal lección del exilio le condujo a abrazar nuestra causa? Nadie lo sabrá nunca.

Uno de los heridos era alemán: tenía dos impactos de bala en el pecho. Se le creyó perdido, pero salió del trance después de seis o siete meses en el hospital. Su compañera Madeleine pudo acompañarlo a Barcelona donde lo confió a algunos amigos. Muy pronto se reunió de nuevo con nosotros en Farlete para continuar cuidando nuestras pupitas.

Maria

Desde que salí de Lérida no había abandonado el frente, mientras que todos mis camaradas ya habían hecho una o varias escapadas a Barcelona, Tarragona o cualquier otra ciudad catalana para fortalecer la moral y olvidar los peligros de la guerra.

Yo había construido mi refugio en Pina. Había encontrado una familia, una madre y dos hermanas. María llegó un buen día (quizá sería mejor decir una buena noche), con un reducido número de compañeros que, bloqueados en Zaragoza por la duplicidad del general Cabanellas, habían podido al menos esconderse y pasar las líneas para sumarse al combate.

La muerte de Juanita me había afectado profundamente: ya nada me interesaba fuera del éxito de las misiones que me eran confiadas. Vicenta y María hacían todo lo posible para ahuyentar mi tristeza. Cuando me veían sumergido en mis negros pensamientos, siempre encontraban un buen pretexto para pedirme que las acompañara a alguna parte o para echarles una mano. Con frecuencia íbamos a trabajar a «la huerta» y durante tres o cuatro horas arrancábamos las malas hierbas, binábamos y cavábamos. María me contaba su vida de sirvienta: todo lo que estaba obligada a soportar de sus patronos, sus exigencias y caprichos... También me contaba sus sueños de mujer, que llevaría a cabo cuando la guerra hubiera acabado. Me hablaba de su «novio» que se había quedado bloqueado en la zona fascista y aún no había perdido la esperanza de verlo aparecer un día cualquiera.

Vicenta, traviesa y alegre, poseía esa inconsciencia propia de su edad, me provocaba y buscaba pelea para divertirse durante el trayecto. Mientras trabajaba se mostraba tranquila, pero una vez acabada la tarea (y con ella pronto se acababa), volvía a alborotar. Imposible permanecer serio con ella: siempre acababa riendo y jugando con ella como un niño travieso y burlón.

Madre, como todas las madres, me hablaba y trataba de persuadirme de que no tenía ninguna culpa de lo que había pasado, añadiendo que nadie conocía su destino. Esto no le impedía decirme algunas noches, cuando veía que me ceñía el cinturón y colgaba las granadas: «Hijo, ten mucho cuidado y vuelve pronto a casa. Hijo, no seas imprudente».

Cuando volvía a casa, fuera la hora que fuese, siempre la encontraba esperándome... Velaba esperando a este hijo que había venido de ninguna parte, a este muchacho sin patria ni familia, sin fuego ni hogar. Al vagabundo que yo era, le había abierto de par en par las puertas de su casa y la de su corazón generoso de campesina aragonesa.

Regreso a Lérida

Después de la misión de Farlete, Louis me pidió que me hiciera cargo de una diligencia en la sede de la CNT para tratar de resolver un problema que enfrentaba a uno de los jóvenes de nuestro grupo con su familia. El muchacho tenía catorce años y realmente era demasiado joven para hacerse matar. Se escapó de su casa después de una tormentosa discusión con su padre y no quería volver al seno de la familia por temor a una severa reprimenda. Mi misión consistía en pedirle a algún miembro del sindicato que hablara con su padre para que viniera a buscar a su retoño con la promesa explícita de no reprocharle nada.

El muchacho era de un pueblo de los alrededores de Lérida y a esta ciudad acudí después de una ausencia de dos meses. Después de personarme en el sindicato y tratar el problema con el compañero de servicio, me dirigí hacia la casa de Miguel. Deseaba verlo a él y a Teresa para reforzar nuestra amistad. Pero no estaban ninguno de los dos. Sólo María, la madre de Miguel, se encontraba allí. Se puso muy contenta al verme y me dijo que sus pequeños habían ido a Sabadell a pasar ocho días y todavía tardarían unos cuatro en volver. Al decirle que me iba a buscar algún lugar donde pasar la noche, se indignó diciéndome que si Miguel hubiera estado allí, me hubiese quedado y que por tanto no había ninguna razón para que no lo hiciera así esa noche.

Mi habitación estaba siempre lista para recibirme. Como era la hora de la cena nos sentamos a la mesa. Ninguno de los dos mencionamos a Juanita. Por mi parte no había querido hacer preguntas para no reavivar la pena. Durante toda la cena me estuvo hablando de Miguel y de su compañera. La pequeña monja se había revelado como una extraordinaria mujer de su casa, inteligente y activa. Estaba muy enamorada de su hijo. Miguel tuvo la suerte de amarla y ser correspondido. Todo fue sobre ruedas hasta el café... Era Juanita quien lo servía, cuando todavía estaba allí. María levantó la mesa y luego se quedó inmóvil, de pie, mirando la silla que su hija hubiera debido ocupar y se puso a llorar. Lloraba con los ojos fijos y en silencio. Las lágrimas corrían por su cara apenas señalada por los disgustos y las preocupaciones. Me levanté y le pasé el brazo por los hombros (era más pequeña que yo), obligándola a levantar la cara; comencé a abrazarla para secar sus lágrimas. Cubrí de besos sus ojos y sus mejillas, sintiendo en mis labios el gusto ligeramente salado de su llanto. Y mi boca se encontró con la suya...

Desde que me separé de Juanita, no había vuelto a tener relaciones con una mujer... Lo olvidé todo para pensar en una sola cosa: tenía a una mujer entre mis brazos. Ella no reaccionó y aceptó mi beso... Mi lengua forzó la barrera de sus dientes y buscó la suya. Sentí sus uñas hundiéndose en mi nuca. Al igual que una fiera se apodera de su presa, yo la alcé para llevarla hasta su habitación. En un instante la despojé de todo lo que podía incomodarme: los senos se mostraron blancos como el alabastro y los pezones erectos parecían ofrecerse a las caricias ... Me incliné sobre ellos y sentí sus piernas cruzarse sobre mis riñones.

De esa noche he conservado una secuencia de imágenes que dan vueltas en mi cabeza, mezclándose y confundiendo: una cara, un vientre, unos muslos..., filmados desde todos los ángulos posibles por un cineasta loco.

Cuando me desperté ya era muy de día. Estaba solo y me sentía ligero y feliz de vivir. Por un instante pensé en lo que había pasado... Lamenté que ella no estuviera a mi lado. Creyendo que se había marchado (la casa estaba en total silencio), me levanté con el traje con el que vine al mundo y me dirigí a la cocina. Ella estaba sentada cerca de la mesa poniendo en orden lo que habíamos descuidado en nuestra precipitación de la víspera. Sorprendida al verme de esa guisa, se levantó dejando caer lo que tenía entre las manos y se volvió de espaldas.

Iba vestida con una bata sin mangas sujeta tan solo por dos lazos anudados a la espalda. Sentí que el deseo de tomarla se apoderaba de mí, quería oírla gemir, jadear y gritar de placer. Deshice los nudos que sujetaban su vestido y lo hice deslizar por su cuerpo que quedó completamente desnudo. Sólo sus cabellos la cubrían. Abracé su nuca, sus hombros y su espalda, mientras mis manos acariciaban sus hombros y su espalda, mientras mis manos acariciaban su cuerpo, desde las tetas a las caderas y al triángulo sedoso del sexo. Se mantuvo pegada a mí durante un buen rato, luego, lentamente, cruzó sus brazos apoyándolos sobre la mesa y ocultó en ellos su cara. Al agacharse, su trasero se ofreció como un enorme fruto sujeto por las columnas de sus muslos nervudos.

Toda la mañana la pasamos en abrazos alternados con charlas, durante las cuales recuperábamos fuerzas comiendo frutas y huevos. Esta comida no necesitaba mucho tiempo de preparación y para no perder tiempo no volvimos a vestirnos. Era agradable observarla; de talla más bien pequeña, con los senos soberbios que terminaban en una areola rosa muy oscura. Al preguntarle cómo era posible que después de dos partos tuviera unos pechos tan bellos, me respondió que su leche no era adecuada para alimentar a sus hijos y que por lo tanto no los había criado con ellos.

Me confesó que al despertarse por la mañana tuvo grandes deseos de despertarme a besos, pero que se avergonzó de haber sentido ese impulso. También me dijo que mi beso de la noche anterior había inflamado en su cuerpo ese deseo que ahora la dominaba, hasta el punto de que tenía miedo de volver a encontrarse sola cuando me hubiera marchado. Ambos sabíamos perfectamente que había sido la ley de la naturaleza la que nos había empujado uno en brazos del otro, eliminando de un golpe todas las barreras que la moral hipócrita de la sociedad había levantado en dos mil años de civilización judeo-cristiana. Ella sabía, tan bien como yo, que éramos dos seres que se habían encontrado en un momento preciso en el que cada uno tenía necesidad del otro, felices de fundir su espíritu y su carne en el crisol del placer.

Me marché hacia el mediodía, intercambiando el último beso en el umbral. Quiso que me llevara la imagen de su cuerpo desnudo y así, erguida, con los ojos ligeramente ensombrecidos, quizá debido al placer que acababa de experimentar o bien por las lágrimas contenidas, giró sobre sí misma, diciéndome: «Mira, no sé si soy bella, pero tú me lo has dicho y yo quiero creerlo. Quizá ya no nos volvamos a ver, por tanto acuérdate de mí tal como soy. Yo nunca te olvidaré».

Monte Oscuro

Regresé a Pina para incorporarme a la vida del miliciano. Distribuía mis placeres entre la casa, los paseos con Tarzán (mi perro) y las discusiones con los amigos sobre la mejor manera de servirnos de las armas de que disponíamos.

A finales de septiembre, el grupo había aumentado considerablemente. Eramos alrededor de ciento cincuenta hombres cuando se nos envió a Farlete para comprobar si podíamos ocupar una posición que nunca había sido utilizada. Tras una noche de marcha bajo la lluvia, por campos de trigo en los que nuestras alpargatas se hundían en la tierra y se resistían a salir, hasta el punto de que muchos de nosotros se descalzaron para poder marchar con menos dificultades, llegamos al pie del Monte Oscuro al alba. Subimos hasta la cima. Berthomieu era un oficial de carrera y rápidamente localizó los puntos estratégicos. Bajo su dirección, comenzamos sin pérdida de tiempo a preparar la red de fortificaciones: puestos, avanzadillas, nidos de ametralladoras o fusiles ametralladores, trincheras... Permanecimos allí algunos días. A ochocientos metros sobre el nivel del mar, incluso en España, el calor no era excesivo, así que nos volvimos a Farlete y las centurias españolas acabaron los trabajos que nosotros habíamos empezado.

Los más veteranos del grupo estábamos muy contentos de cambiar de guarnición. En Pina estábamos como en nuestra casa, teníamos nuestras familias y con ellas comíamos y pasábamos las veladas. En Farlete no conocíamos a nadie. Nos alojábamos en las granjas y comíamos todos juntos en una gran sala. Augusta, Mimosa y Marthe cocinaban y Madeleine, la compañera del alemán herido, servía la mesa ayudada por dos mujeres del pueblo y fue aquí precisamente donde empecé a hablar con Madeleine. Desde hacía ya tiempo la veía allí donde yo iba. Antes de mi viaje a Lérida no le prestaba atención, ni tampoco a las demás, a decir verdad. En ocasiones me irritaba su forma de actuar. Pero, a mi regreso, mi carácter había cambiado, aunque no por ello dejaba de estar molesto por sus amabilidades, sus delicadezas y sus formas de inquietarse siempre por mí.

Madre se dio cuenta del cambio que yo había sufrido y cuando me veía bromear con alguna muchacha, se burlaba de mí. Un día le dije: «Madre, usted tiene dos preciosas pollitas en su gallinero. ¿No

tiene miedo de que se las robe?» Me miró directamente a los ojos y me respondió: «Hijo, sé muy bien que si les hablaras, ambas se entregarían a ti. Pero también sé que nunca harás nada de eso y que si alguien las molestara, las defenderías con más ardor que si fueras su hermano. Ya ves, hijo, te conozco mejor que tu pobre madre».

La abracé y me fui a ocupar mi puesto de guardia.

Estábamos a finales de septiembre y tenía ganas de pasar un día en familia. Después de advertir a Louis, me subí a un camión que iba a Gelsa de Ebro. Augusta tuvo el mismo deseo. Quería volver a ver a las amigas que había hecho en aquel pueblo.

Durante todo el trayecto intenté seducirla con mi verbo y reía abiertamente a todas mis salidas de tono. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de salirme con la mía: era conocida por su frialdad. Comentábamos que era alérgica al amor: una compañera muy amable y leal, siempre dispuesta para ayudar a todo el mundo, pero en ese aspecto nada que hacer. Creo que agoté el repertorio de estupideces que un muchacho puede decirle a una chica y haberle hecho todas las proposiciones que se suelen hacer a una mujer que no es mojigata. Debo confesar que yo no me lo tomaba en serio. Augusta reía a mandíbula batiente y yo con ella.

De este viaje conservo un recuerdo lleno de ternura y pureza, a pesar de los derroteros licenciosos y libertinos de la conversación. Pobre Augusta, tan solo le restaban algunos días de vida. Ex-estudiante de medicina, había hecho muchas amigas entre las mujeres que había asistido. Estábamos muy contentos de ir a ver a las personas sencillas que amábamos. Antes de bajar del camión, le lancé el último despropósito:

«Augusta, recuerda que soy capaz de olvidarme de mi sexo y si un día tienes necesidad de una compañera para divertirme, piensa en mí».

Me dio un empujón y estalló en carcajadas, diciéndome: «Tony, mi niño, estás completamente loco».

Cuando nos separamos, aún continuaba riendo.

Madeleine

Ya estábamos en los últimos días de septiembre y Berthomieu iba con frecuencia al Cuartel General, pero contra su costumbre, nunca nos comunicaba las razones de sus desplazamientos. En el pequeño grupo de veteranos, todos estábamos inquietos: algo se preparaba, pero ¿qué era?

Una tarde, Louis me pidió que fuera a buscar a Staradoff, un ruso y a Lino, un italiano nacionalizado francés que había servido en África bajo sus órdenes. Una vez reunidos, nos dijo simplemente: «A partir de mañana estaréis en contacto permanente con el Puesto de Mando, os necesitaré». Estaba preocupado, nervioso. Jamás lo había visto en semejante estado. En Farlete, me alojé en un edificio abandonado. Una parte del techo había sido demolido por los obuses y dejaba ver un pedazo de cielo. Para llegar hasta ese edificio era necesario bordear el cementerio. A través de una brecha podía observar, al irme a la cama, los muertos que los bombardeos habían desenterrado. Había uno que por algún misterioso azar estaba intacto; parecía una momia. El féretro había casi desaparecido, pero el cadáver se había secado, momificado. Probablemente el terreno era rico en arsénico u otra sal con la propiedad de impedir la putrefacción.

Hacía un momento que me había acostado en mi cama hecha de paja de heno, amontonada en un cuadrilátero de madera, pero era bastante cómoda y se estaba bien. Dos mantas que Madre me había dado hacían las veces de tela de colchón y un capote militar, regalo de un viejo campesino de Farlete, me servía de sábana.

Durante toda esa tarde marché con Louis, Lino y Alexandre. Sobre el terreno, Louis nos explicó lo que esperaba de nosotros. Sobre el papel era muy simple: era preciso neutralizar tres ametralladoras para

permitir que los demás tomaran la posición enemiga. También nos asignó nuestras posiciones: la de Lino a la izquierda, Staradoff a la derecha y yo en el centro.

Llegó el momento crucial. No podíamos contar a nuestro favor con el sueño o la fatiga de los centinelas entre las veintiuna horas treinta minutos y las diez. Con los prismáticos habíamos examinado el camino que tendríamos que seguir, nos habíamos fijado en los matorrales que podrían servirnos para disimular nuestra aproximación y elegido el lugar en el que deberíamos detenernos para desde allí arrojar nuestras bombas. Durante más de una hora, con los prismáticos pegados a los ojos, exploramos la pendiente que debíamos escalar casi piedra a piedra.

A una reflexión de Lino, Louis respondió: «Es la guerra y vosotros sois los únicos que tenéis una posibilidad de éxito».

Por mi parte reflexioné sobre lo que Berthomieu había dicho... Era desde luego una posibilidad, pero; ¿sobre cuántas? ¿Una sobre dos o una sobre mil? No estaba muy seguro de mí mismo. Tenía muchas dudas sobre mi capacidad de hacer el sioux en el sendero de la guerra, a pesar de lo que pudiera pensar Louis. Un ruido de pasos vino a arrancarme de mis pensamientos y una voz me llamó: «Antoine».

-Sí, ¿quién es?

-Soy yo, Madeleine...

Creí que venía a buscarme, así que aparté mi capote y me levanté. Ella estaba ya al lado de mi cama.

-¿Quién me busca?

-Nadie, he sabido que te marchas mañana. Encendí dos lámparas de aceite y la miré:

-¿Cómo lo sabes?

-Louis les ha dicho a Augusta y a Mimosa que preparen el botiquín, yo me quedaré en la reserva.

-¿Entonces, has venido por eso?

-No, por eso no.

Se subió a la cama y me abrazó con un ardor del cual la creía incapaz. Su beso ahuyentó mis inquietudes. No la deseaba, pero, puesto que el azar me enviaba una compañera de juegos, lo lógico era aprovecharse de ello y divertirse.

La desnudé sin prisas. En primer lugar le quité la camisa. Llevaba un sujetador de encaje, que aprisionaba unos senos que comenzaban a marchitarse. Su falda se deslizó por sus caderas y se desembarazó de ella poniéndola a un lado. Me sorprendió verla desnuda: a la luz de los quinqués parecía muchísimo más joven. Únicamente sus senos la traicionaban un poco.

-Ahora te toca a ti -le dije.

Desabrochó el cinturón, me quitó el pantalón y la camisa y se agachó para depositarlos en la cabecera de la cama, luego se levantó y puso sus manos sobre mis piernas haciéndolas deslizar desde los tobillos hasta la cadera. La punta de la lengua trazaba una húmeda línea desde la base de mi verga hasta mi garganta.

Estrechándose contra mí, con sus brazos alrededor de mi cuello, levantó su cara con su lengua rosa asomada entre sus labios rojos. Comencé abrazándole el cuello, las espaldas y los senos, luego tomé un pezón con mi boca y acariciando la espalda con una mano, le deslicé la otra entre los muslos: su sexo estaba húmedo y caliente.

Al contacto de los dedos que exploraban su carne, sus piernas se abrieron para permitirme penetrar más profundamente y luego se volvieron a cerrar como un cepo sobre mi mano prisionera.

Sus rodillas se doblaron y se dejó caer hacia atrás arrastrándome con ella, al tiempo que pronunciaba palabras que no entendía. Mi boca se deslizó por su piel, del pecho a la vagina y aprisionó el clítoris entre los dientes. Un grito se escapó de su garganta y todo su cuerpo se arqueó como si lo atravesara una descarga eléctrica. Sus manos, hundidas en mis cabellos, presionaban mi cara contra sus muslos completamente separados. Ella permaneció así tensada durante unos momentos para luego caer agotada.

Yo continuaba mi trabajo, Las manos pellizcaban los pezones, mientras mis labios y mi lengua seguían en su tarea. También yo estaba al límite de mis fuerzas y en cuanto sentí que empezaba de nuevo a moverse, que sus caderas y su vientre retomaban el movimiento dulcemente rítmico que preludiaba el clímax, surgí de las profundidades y me tendí sobre ella...

Madeleine me rodeó con sus brazos y de un golpe de riñones me hizo bascular de tal modo que me encontré debajo de ella. Luego me cabalgó al igual que una amazona monta un semental salvaje.

Perdiguera. 1ª parte⁸

Al día siguiente por la tarde estábamos manos a la obra. Berthomieu había reclutado a la mitad de los efectivos, es decir, un centenar de hombres.

La noche cae muy rápidamente en el mes de octubre. El crepúsculo me pareció tan corto, como larga había sido la tarde. Avanzábamos, replegados a la izquierda, las rodillas flexionadas, tanteando el terreno con la punta de los pies, atentos a no producir ningún ruido.

Cuando llegamos a la altura de la primera ametralladora, Lino se echó por tierra haciéndonos señas de continuar, más tarde me llegó el turno de estirarme al pie de la colina; Staradoff continuó solo. Di un vistazo al reloj temiendo que la luminosidad de la esfera y las cifras me delataran cuando estuviera arriba. Anudé el pañuelo alrededor de la muñeca ocultando la esfera... Mi mano temblaba... Los minutos transcurrían lentamente y la humedad de la noche me calaba hasta los huesos.

El grito de una lechuza se elevó en la noche, era la señal: el ruso estaba en su lugar. Comencé a reptar, era necesario avanzar suavemente. La cota era bastante abrupta y estaba sembrada de piedras, las cuales podrían desprenderse al menor golpe y rodar hacia el fondo del valle con un ruido infernal. Lentamente, las manos tanteaban el terreno, apartaban los guijarros que al rodar habrían podido atraer la atención de los que estaban de guardia.

Mi corazón late con fuerza. Desde que comencé a subir no pienso en nada. Todas mis pobres facultades mentales se habían concentrado para hacer más sensible el tacto, la vista y el oído. Tengo la impresión de disponer de un detector en la punta de los dedos. Mis ojos, habituados a la oscuridad, percibían la más pequeña mata de hierba, la menor protuberancia del suelo que podría ser una piedra.

Me detengo, una gran mata de romero me corta el paso. Lo he reconocido por el perfume de sus ramas bajas que me hacen cosquillas en la nariz. Mis dedos exploran el terreno, me levanto sobre los codos tratando de ver a través del matorral. ¡Mierda! He avanzado demasiado deprisa y he subido más arriba de lo previsto. No obstante, Berthomieu me había prevenido: en la noche no se calculan bien las distancias. Levanto el pañuelo para mirar la hora: seis o siete minutos de adelanto. Lejos a mi izquierda, un ruido... Una ráfaga, otra y una tercera...

Aplastado, con la cabeza en la base del matorral, el sudor perla mi frente. Me digo a mí mismo que la tierra, rechazada por los trabajos de construcción de la trinchera y detenida por el matorral, forma un pequeño parapeto que me protege de las balas; transpiro y tengo la impresión de que una mano me aprieta la garganta.

Silencio. Una voz me interpela.

-¿Por qué has disparado? No se ve nada.

Otra responde:

-He oído piedras que rodaban, allí, delante de mí.

-¿Has visto algo?

-No...

-Probablemente era un conejo.

-Sí, es posible.

De nuevo el silencio. Tengo sed, mi garganta está seca. Maquinalmente he cogido el morral de las granadas que estaba en mi espalda y me lo he colocado en el pecho. Cojo una con cada mano, dos huevos de pata en hierro colado. No teníamos bombas ofensivas.

La lechuza ulula lejos, detrás de mí. Una, dos, tres. He lanzado mi piña como una bola en el juego de petanca.

8. Este fatídico combate se desarrolló a mediados de octubre de 1936. (N. del T.)

Estaba demasiado cerca para hacerlo de otro modo. A la derecha Alexandre se me ha adelantado: escucho la explosión de su bomba antes que la mía. A la izquierda, la máquina ha entrado en acción. Una ráfaga corta, un grito y la ametralladora se calla.

Entre dos explosiones, oigo a Staradoff gritar algo en ruso que no entiendo. Al igual que él, me deshago de la carga. Detrás de mí estalla un alarido, sube de las profundidades de la noche. El pisoteo de una multitud que corre, se aproxima, me rodea, me empuja, me sobrepasa ...

En Avant... Liberté... Adelante... CNT... Avanti... Gritos en todos los idiomas.

-Tony, ¿todo va bien?

Alguien me ha cogido por el brazo y aproxima un frasco a mi boca. La reconozco, es Marthe.

-Gracias, Marthe, ¿y Lino?

-No lo sé. Ha ido Augusta a llevarle de beber. ¿Vienes? Tiene prisa por reunirse con el grupo y con su compañero. La entiendo: no se dejan prácticamente nunca. Con frecuencia los he visto pasearse enlazados por el talle o cogidos de la mano. Detrás del parapeto nos esperaba un compañero. Berthomieu nos dijo, o para ser más preciso hizo que nos dijeran, que después de realizar el inventario de la posición ocupada, podríamos reunirnos con ellos o regresar a Farlete.

Augusta llegó de improviso y nos anunció la muerte de Lino: después de haber lanzado la bomba, había sido alcanzado por una ráfaga de proyectiles. En cuanto se fueron las mujeres, Staradoff y yo comenzamos a inspeccionar la trinchera. Casi habíamos acabado, cuando Alexandre se aproximó y me tendió una botella: «Toma, bebe, es bueno».

Era un frasco de alcohol de quemar. Lo reconocí por el olor, antes de beber.

-¿No estás un poco mal de la cabeza por beber esto? Es bueno para quemar, pero no para beber.

-¡Oh! No, esto es bueno...

Me quitó la botella, se llevó el gollete a los labios y se tragó, sin exagerar, las tres cuartas partes. Esperaba verlo desplomarse en el sitio... Qué va... Observó la botella y como todavía quedaba un poco, la depositó en su mochila y se fue a continuar su trabajo.

Todavía no era medianoche cuando llegamos a las granjas que rodeaban Perdiguera. El pueblo se encontraba más abajo. No podría decir si se trataba de una pequeña o gran aglomeración, porque llegué por la noche y no se veía nada. Cuando se hizo de día tenía cosas mejores que hacer que mirar el paisaje. Berthomieu había dispuesto sus fuerzas a lo largo de la cima de la cota que descendía hacia el camino y el pueblo. Las granjas nos servían de refugio. Me encontré con Louis en una de ellas y le pregunté por qué nos habíamos detenido tan cerca del pueblo en lugar de atacar enseguida. En ese edificio, lleno de paja y de utensilios agrícolas, me explicó el plan que Ruano había elaborado para hacernos masacrar, que en ese momento, nosotros todavía ignorábamos.

Debíamos tomar la posición para despejar nuestra retaguardia y al mismo tiempo las centurias de Durruti harían un movimiento táctico y cortarían la ruta de Zaragoza, impidiendo así que la guarnición recibiera refuerzos o se replegara a la capital de Aragón. Una vez terminado el cerco, un pelotón de caballería debería simular un ataque al pueblo por el lado opuesto al que nosotros ocupábamos.

Esa sería para nosotros la señal de atacar.

La primera parte del plan la habíamos llevado a cabo, sólo nos quedaba esperar a que la caballería no se hiciera esperar demasiado.

Perdiguera 2ª parte

Éramos unos diez; Augusta y Mimosa habían preparado haces de paja y habían abierto los botiquines. Una vez hubieron acabado, se echaron por tierra discutiendo con Georges, un parisino de corta estatura

que se divertía abriendo y cerrando su «navaja» por el placer de oír el chasquido de las muescas. Esta extraña música le gustaba de tal modo que frecuentemente, incluso paseando, la abría y cerraba modificando la velocidad de la apertura y cierre de la hoja.

Mimosa me llamó para charlar un rato. Ninguna de las dos muchachas tenía sueño y a nuestro alrededor una decena de compañeros descansaban.

Para mí eran unas adorables amigas. Mimosa había compartido mi «chabola» (agujero excavado en el suelo y recubierto de paja y ramas). Era de origen polaco. Casada con un francés borracho y brutal, decidió escapar y cruzar la frontera. Su carácter era diametralmente opuesto al de Augusta: no sabía decir que no, amaba la vida, el amor y la risa.

Una noche, en Monte Oscuro, demasiado fatigado para desear otra cosa que dormir, me pidió hospitalidad por una noche a fin de escapar al deseo de sus admiradores. Yo acepté y durante dos noches compartimos mi paja como una niña comparte el lecho de su madre.

Me senté entre ellas. Mimosa contaba a su compañera la aventura que habíamos vivido la víspera del relevo. Berthomieu me había enviado a Farlete para prevenir a la intendencia que el grupo llegaría hacia mediodía y que sería preciso preparar una comida caliente para los hombres. Mimosa no quiso quedarse sola en el agujero y salió pisándome los talones. No existía ningún camino para ir de Monte Oscuro a Farlete, salvo los senderos reconocibles por las huellas que los carros dejaban en la tierra de los campos en tiempos de siembra o recolección. Nos perdimos.

La oía decir cómo, después de haber marchado durante dos horas, tuvo que detenerse para recuperar fuerzas y lo rabioso que estaba yo al ver que no podía orientarme en esa noche negra como boca de lobo. La lluvia vino a complicar las cosas empapándonos hasta los huesos. A nuestra llegada a la «paridera», donde, aun a riesgo de ser detectados por alguna patrulla enemiga, encendí un fuego infernal para secarnos, me acometió un deseo terrible de hacer el amor.

Mimosa hablaba en voz baja y reía suavemente para no despertar a los compañeros. Había cogido mi mano y la tenía sujeta entre sus muslos. Augusta se apoderó de la otra y la apretaba contra su seno. Nadie sabía que ambas iban a despedirse así de la vida. Mimosa se había callado, pero después de depositar un beso en mi mejilla, continuó su relato: su deseo de follar era más fuerte que el temor de ser sorprendidos por una patrulla. Al hilo de sus palabras, volví a verla desnudarse, veía su cuerpo delgado y las pequeñas tetas con sus areolas rosáceas...

El cielo comenzaba a clarear, estábamos listos para saltar sobre nuestra presa. De pie, detrás de un pequeño muro que bordeaba la cima de la cota que teníamos que bajar con toda rapidez, espiábamos la colina de enfrente para ver surgir la caballería y lanzarnos al asalto de la guarnición parapetada en el pueblo. Alexandre había instalado una de las ametralladoras tomadas al enemigo en el murete y apuntaba su máquina hacia las primeras casas. Una silueta negra sobre el fondo gris del cielo apareció a nuestra vista: un jinete, después otro. Todo el escuadrón se delineó en la cumbre. Cada caballo llevaba dos hombres en la grupa e inmediatamente se desencadenó el fuego. De todos lados los proyectiles silbaban a nuestro alrededor, alcanzando a los hombres que no se habían puesto a cubierto a tiempo.

Berthomieu me gritó que mantuviera la posición un cuarto de hora para permitirle dar la orden de repliegue y volver con los compañeros. Una vez pasado ese tiempo, deberíamos retirarnos hacia otro «pajar» que se encontraba un poco más lejos detrás de nosotros, aproximadamente en el centro de nuestro dispositivo. De pie, contra el muro, esperaba el regreso de Louis. Había recogido un fusil y maquinalmente disparaba, por encima de la cabeza de Staradoff, sobre todo lo que se movía. Desde las primeras ráfagas, había franqueado el murete. Le molestaba para batir la cota que, desde el camino, subía hacia nosotros. Estaba solo. Los dos hombres que le ayudaban, estaban tirados por tierra: muertos. En la granja, las enfermeras se afanaban alrededor de los heridos y de los moribundos. Por fin, Berthomieu regresó. Rápidamente me hizo un resumen de la situación: los españoles no habían efectuado el movimiento previsto y estábamos prácticamente cercados. Era necesario comenzar a replegarnos. Me indicó cuál debía ser nuestro punto de reagrupamiento. Se trataba de una construcción a una cincuentena de metros por detrás de nosotros, después me dejó para prevenir al resto del grupo. El hombre que había ido a avisar a Staradoff de la retirada había caído: muerto. Ya sólo quedábamos una media docena y dos enfermeras. Les dije que teníamos que irnos, pero se negaron a abandonar a los heridos. Salí justo a tiempo para ver a Alexandre levantarse con los brazos en alto. Sorprendido, lo observé: tenía los puños

cerrados y lanzó una granada, luego otra. Se agachó, cogió su mosquetón, se llevó el cañón a la boca y apretó el gatillo. Su cabeza fue proyectada hacia atrás, cayendo de espaldas. Una voz me llamó: «Antonio, ven, rápido:» Era Georges, resguardado en un ángulo del «pajar», que me hacía señas para que me apresurase. La construcción se componía de una planta baja y un piso, allí se guardaba la paja y el heno y, en ocasiones, una parte de la cosecha. Una escalera de madera unía las dos piezas. Cartagena, uno de los primeros españoles que se había integrado en nuestro grupo, junto con otros compañeros, había arrancado algunas piedras a lo largo de la construcción para hacer troneras.

Cuando llegué, acababan de arrancar la última. Gracias a esos agujeros, podíamos detener la aproximación a nuestro reducto por todos lados. Abiertos a dos alturas y al tresbolillo, los de la planta baja no dejaban ningún ángulo muerto que pudiera permitir al enemigo deslizarse contra los muros. Los más bajos estaban alineados a veinte o treinta centímetros del suelo y los más altos se encontraban a un metro. Cartagena me dijo que Louis le había aconsejado hacer ese trabajo en previsión de un posible fracaso de nuestro ataque y para permitirnos esperar refuerzos.

Lentamente, nuestros hombres se retiraron, se replegaron hacia nuestro fuerte y nosotros nos esforzamos en cubrirles gracias a la potencia de nuestras armas. Éramos aproximadamente unos cuarenta hombres, válidos o más o menos heridos. Poco a poco el fuego disminuyó en intensidad. Veíamos los cañones de los fusiles enemigos apuntar hacia nosotros en el pequeño muro que bordeaba la cima de la cota y sabíamos que en tres lados se agrupaban las fuerzas que se preparaban para el ataque final.

Repentinamente, desde el piso superior nos llamaron: un centinela había visto a alguien deslizarse entre los matorrales. Era uno de los nuestros, alguien lo había reconocido. Volvimos a disparar para proteger su avance. Se levantó tambaleándose y fue a caer ante una de las troneras.

Afortunadamente, ésta era suficientemente ancha para permitirnos cogerlo por los pies e introducirlo en la casa. Era un alemán herido en el vientre y en el pecho. Nos preguntamos cómo habría hecho para llegar hasta nosotros. Nos indicó que quería hablarnos. Nos aproximamos para preguntarle qué sucedía.

-Vosotros marchar enseguida... Capitán fusilado... Frau Marthe fusilada... Camaradas todos muertos... Vosotros marchar... Rápido.

Nos miramos preguntándonos: ¿Qué íbamos a hacer? ¿Aguantar hasta el último cartucho o hasta el último hombre? ¿Izar bandera blanca o dejarse matar allí mismo? Una minoría era partidaria de rendirse. Estábamos a punto de contar a los que estaban contra la rendición, cuando un rosario de imprecaciones y juramentos, acompañados de disparos, nos interrumpió. Cerdos, «hijos de puta», asesinos, «verdugos», figli di puttana...

Nos precipitamos a las troneras. Creí volverme loco, cerré los ojos, sintiendo que el estómago me saltaba a la boca. Tenía ganas de vomitar. Allá abajo, entre el polvo, dos cuerpos yacían ensangrentados; con el vientre abierto, los intestinos salían por la herida abierta y se extendían por el suelo. Estaban desnudas y todavía vivían... Sus manos trataban de sostener sus intestinos. Augusta... Mimosa... Alguien me apartó de la tronera: era Cartagena, al cual vi apoyar su fusil en el hombro y escuché dos detonaciones... Era el final... Yo lloré... Y no era el único.

Georges vino a decirme que el alemán se había suicidado alojándose una bala en la cabeza.

La Calle

Desde ese momento a nadie se le ocurrió hablar de rendirse. Estábamos convencidos que, en cualquier caso, nada podía salvarnos. No nos darían cuartel.

El hombre es un animal gregario y, en determinadas situaciones, la mayoría de individuos admiten la necesidad de dejarse dirigir por aquél o aquellos a los que cree más cualificados para encontrar una solución a sus problemas. Cartagena, Georges, La Calle y yo formábamos un cuatriunvirato constantemente asediado por las preguntas del resto de la guarnición asediada.

Cartagena era español, oriundo de la ciudad del mismo nombre. Alto, delgado, tan bronceado como un cingaro y con ojos claros, su carácter era taciturno. Primero actuaba y luego daba las explicaciones. Siempre era partidario de soluciones radicales e irreversibles... Nadie sabía nada de su pasado, salvo que debía haber vivido largo tiempo en Francia, ya que hablaba la lengua perfectamente. Tendría alrededor de cuarenta años.

Georges era un amigo. Francés (parisino), muy culto, alegre y despreocupado, al que le gustaba contar historias divertidas. Según decía, sus padres eran ladrones profesionales reconocidos y protegidos por el gobierno, a cambio de un tributo ... En realidad eran comerciantes.

En cuanto a La Calle, era de temperamento rotalmente opuesto al de su compatriota. Español, nacido en Barcelona, nunca conoció a su padres. Se educó en la calle, donde creció, de ahí su nombre: La Calle. Pequeño (1,45 o 1,50 de estatura) La Calle hacía honor a su nombre: en unas ocasiones ruidoso, en otras silencioso y sombrío. De talante franco, no disimulaba su odio y su desprecio por todo aquél que se inclina o se arrodilla ante la imagen sagrada de cualquier religión. Para él, todos los males de la tierra provenían de los curas, de las monjas y de los pastores o rabinos que se aprovechan de la ignorancia y la inocencia de los pueblos para vivir en la voluptuosidad y la orgía. Muchas veces le oí contar su vida o algunas anécdotas; cuando en una discusión, alguno de nosotros defendía el derecho a creer en cualquier religión, él intervenía con pasión y su voz subía de tono, fría e incisiva. «Bien, me importa poco; si queréis creer, creed, pero sin curas y sin monjas, sin pastores, ni rabinos, porque ignoráis lo que esconden tras sus maneras untuosas y sus sonrisas benévolas. Yo, si...»

Fue recogido por algún desconocido, pero recordaba haber mendigado por las calles de la ciudad cuando era muy pequeño. Mendigo y limpiabotas fueron sus primeros oficios. Cuando fue un poco más mayor, quiso aprender a leer y escribir, esforzándose en trazar las letras tomando como modelo las páginas de los periódicos que recogía de la calle. Su lápiz era un trozo de carbón y por cuaderno usaba las aceras. Una tarde, el cura de su parroquia le sorprendió copiando una página en una de las paredes de la iglesia y le propuso enseñarle a leer y escribir. Aceptó, dichoso de ver que su sueño se convertía en realidad. Tenía entonces unos quince años, pero como era pequeño, todos pensaban que tenía menos edad. El sacerdote lo invitó al presbiterio, donde le hizo comer y beber: en una palabra, se ganó su confianza. También le dio algunas lecciones. Durante unos días todo fue de maravilla. El pequeño José La Calle estaba en la gloria... Una tarde, después de la lección, su maestro lo invitó a pasar la velada con él para que le hiciera compañía, porque su Celestina se veía obligada a ausentarse. Después de que la criada se hubiera marchado, el santo hombre experimentó el deseo de darse un baño y sugirió que José hiciera otro tanto. El pequeño no desconfió: un cura es casto, es el representante de Dios en la tierra y no puede ser un vicioso. Se desnudó y entró en la pequeña pieza donde había instalada una ducha. El hombre de Dios entró con él para ayudarlo a enjabonarse. Con el pretexto de la enjabonadura, palpó y acarició todo su cuerpo, desde las pantorrillas a las nalgas, la espalda, el vientre y el pecho. Enjabonó también su sexo, haciendo salir al glande del prepucio. A José no le gustaba lo que le estaban haciendo, pero no osaba decir nada. Una vez limpio como un bebé, su anfitrión le puso el brazo alrededor de los hombros y lo guió hasta la habitación, al tiempo que le hablaba del placer que experimentaba al tener un amigo tan gentil y tan joven y, además, tan inteligente como él.

Al llegar a la habitación las cosas se complicaron. El cura comenzó a abrazarlo, a pasarle la mano desde la nuca a las nalgas de José quien, una vez pasado el primer instante de sorpresa, se soltó, cogió una lámpara de petróleo que estaba sobre la mesilla de noche y se la rompió en la cabeza. Luego se marchó, después de ponerse los pantalones.

Se marchó de Barcelona sin avisar a nadie, ni tan siquiera a Angelita, su amiga de siempre, uno o dos años mayor que él.

Pasaron tres años antes de volver a su ciudad natal. Buscó a su amiga. Desde luego, no esperaba encontrarla aún sin pareja. Deseaba que fuera feliz con su marido y él mismo se sentiría contento de su felicidad. Si todavía fuera libre, en caso de no estar prometida, le pediría que fuera su compañera.

Una noche la encontró en el Barrio Chino, delante de *La Criolla*, con los labios pintados y rimel en los ojos.⁹ Ejercía de prostituta...

Todavía oigo su voz temblar cuando decía, cerrando los puños y un sollozo en la garganta:

«Si me hubiera dicho que ese oficio le gustaba, que lo hacía por propia voluntad, no tendría nada que decir y le hubiera propuesto que se viniera conmigo, que nos pusiéramos a vivir juntos, subsistiendo con el dinero que yo ganara trabajando... Pero Angelita tenía un "Chulo" que la golpeaba cuando no ganaba lo suficiente y que la había obligado, a fuerza de golpes y de amenazas, a prostituirse.

»Me fui, dejándola que hiciera su trabajo y me escondí. Estuve esperando casi toda la noche..., pero al fin llegó y la cogió por el brazo como si fuera de su propiedad desde siempre. Salí de mi escondite y me aproximé. Le pregunté a Angelita si ese era su hombre. Ella me respondió: «Sí, José». Mi «navaja» se introdujo en su corazón sin dificultad. No dijo ni una palabra. Se quedó por un instante de pie, con los ojos completamente abiertos, luego cayó con la cara contra el suelo.

»He ahí por qué odio a los sacerdotes y por qué lucho contra los capitalistas: porque ambos son los macarras del pueblo. Nos obligan a trabajar para ellos al igual que los proxenetas fuerzan a las mujeres a prostituirse: por la fuerza de los golpes y las amenazas, por la miseria en la que mantienen a la clase obrera».

Perdiguera 3ª parte

Esto es todo lo que sé y recuerdo de mis tres compañeros. De todos los que estábamos allí, éramos los más veteranos. Cartagena era el que tenía más audiencia. Al ser el más decidido, su opinión, expresada en términos concisos, era generalmente aceptada por todos. La Calle, Georges y yo éramos partidarios de hacer una salida para tratar de escapar de ese avispero..., pero nos dijo que esperáramos, porque cuando comenzó el combate, vio a dos o tres de los nuestros correr hacia nuestras líneas. Cabía la posibilidad de que llegaran refuerzos. Pero transcurrió la mañana y nadie apareció en el horizonte. Estábamos completamente cercados. Observamos cómo los fascistas tomaban posiciones para cortarnos la ruta de la Sierra. A cien o ciento cincuenta metros de la granja había un campo de trigo casi llano que se extendía hasta el pie de Monte Oscuro. Entre nosotros y la llanura había muchos montones de gavillas de trigo.

Tratamos de impedir que nos cercaran por completo, pero las municiones comenzaban a escasear. Ya sólo tirábamos cuando estábamos seguros de dar en el blanco... Intentaban hacer que gastáramos las municiones con señuelos: boinas o gorros colocados en el cañón del fusil, pero les dejábamos hacer y sólo disparábamos cuando estábamos seguros que la cabeza se encontraba debajo.

Hacia las dos perdimos toda esperanza de un ataque de los republicanos para ayudarnos y decidimos jugamos el todo por el todo. La Calle, nervioso por la espera, como todos nosotros, nos dijo algo así:

«Nos atacarán esta noche. Esperan poder llegar lo suficientemente cerca para prendernos fuego. Eso es lo que yo haría si estuviera en su lugar. Y nosotros, ¿qué haremos? ¿Esperamos a que vengan a buscarnos para asarnos a la parrilla? Por mi parte, morir por morir, prefiero morir matando... Salimos y aún en el caso de que nos maten a todos, tendremos la satisfacción de llevarnos a algunos con nosotros».

Expusimos a los compañeros nuestra decisión. Todos aceptaron salir. De todos modos, estábamos en una ratonera. Entre los heridos, alguien nos hizo una propuesta: «Aquellos que no pueden correr ni marchar, están obligados a quedarse, por tanto pueden, por las troneras de la planta baja, impedir que toda la potencia de fuego converja sobre los que salgan.» Bastaría que los ayudáramos a ponerse en posición de disparo. Los heridos graves y los moribundos nos suplicaron que no los dejáramos vivos en manos del enemigo.

9. La Criolla: Famoso cabaret de Barcelona.

Tres o cuatro, que conservaban sus armas, se suicidaron. Los otros fueron pasados a cuchillo por Cartagena. Por lo que a mí respecta, contemplaba todo eso como si no me concerniera... Era el espectador

indiferente de una tragedia absurda que se desarrollaba en otro lugar... y en la cual había un actor que se me parecía como una gota de agua a otra.

Con un cordón que recogí de un rincón, sujeté una de mis pistolas al cuello, confeccionando un collar que me llegaba hasta la funda. La otra la até a mi muñeca mediante un lazo. Ataviado de esta guisa, no había peligro de perderlas mientras corría lanzando mis bombas...

Todo estaba listo. Cartagena en castellano, yo en italiano y Georges en francés explicamos nuestro plan. Debíamos dividirnos en dos grupos: uno a cada lado de la puerta. La abríamos y nos lanzaríamos hacia la Sierra haciendo fuego con todas nuestras armas, cada grupo por su lado, mientras que los que se quedaban nos apoyarían con los fusiles ametralladores.

Si nos quedáramos allí, con toda seguridad moriríamos todos. Si nos rindiéramos, seríamos fusilados, en la mejor de las hipótesis. Así pues, teníamos mucho interés en que nos mataran con las armas en la mano. La prueba la teníamos ante los ojos: los cuerpos de Mimosa y Augusta prueban que nada ni nadie encontraría gracia entre ellos.

Una vez terminado nuestro breve discurso, todo el mundo se situó ante a puerta: Cartagena y Georges en un lado, La Calle en el otro a la cabeza. Yo debía ocupar mi lugar cerca de José, pero en el último momento, durante algunos segundos, me fue imposible moverme. ¿El miedo? Es posible. Lo que sé, es que, de repente, el recuerdo de mi madre, muerta hacía cerca de ocho años, surgió de las profundidades de mi memoria y que durante un corto espacio de tiempo creí verla ante mí. Luego, todo se borró y yo ocupé mi lugar entre esos hombres que iban a morir..., y lo sabían... Vamos... On y va... Andiamo... ADELANTE... EN AVANT... AVANTI...

Los gritos surgieron de nuestros pechos al mismo tiempo que la puerta, abierta violentamente, se abría sobre la llanura inundada de sol.

Perdiguera. 4ª parte (fin)

Contar lo que pasó cuando estuvimos fuera es casi Imposible. Lanzados como flechas, en medio de alaridos y explosiones, en dos direcciones diferentes, pudimos alejarnos de la granja, pero el efecto de la sorpresa fue corto.

Fui de los últimos en franquear la puerta de nuestro fortín. Corría, y a medida que avanzaba, veía caer a los compañeros que estaban delante... ¿Cuántas veces me dejé caer por tierra para recargar mi arma? Lo ignoro. Recuerdo que vi a Cartagena detenerse, llevarse la pistola a la sien y desplomarse. Dos hombres luchaban cuerpo a cuerpo y sus armas brillaban al sol. Vi a Georges saltar por encima de un montón de gavillas de trigo y una bayoneta surgida de detrás hundirse en su pecho. Disparé sobre el hombre que, de rodillas, sujetaba su fusil. Cayeron ambos, uno sobre el otro.

Al correr, sentía las balas silbar cerca de mí, junto a mis orejas, Delante de mí la llanura y a lo lejos La Calle con su fusil ametrallador fuertemente sujeto bajo el brazo, corre hacia la vida... El fusil se le escapa de las manos y cae. Pequeñas nubes de polvo se elevan a mi alrededor, al igual que se forman cuando las primeras gotas de lluvia caen sobre un camino polvoriento en verano.

Una ametralladora está emplazada en el campanario... Empiezo a correr en zig-zag. José, tendido boca abajo, apunta el arma y dispara. Vi estremecerse el cañón al ritmo de las ráfagas que escupe. Ya no me disparan. Las balas arrecian a su alrededor. Me gritó: «Más de prisa Antonio, más de prisa» y se levantó sobre sus manos como si quisiera ponerse de pie, luego volvió a caer y se quedó inmóvil con una mano crispada sobre el fusil. Yo continué corriendo recibiendo un fuerte golpe en los riñones. Ya no veía las nubes de polvo levantarse delante de mí, pero todavía oía por detrás, algo lejos, las ráfagas rabiosas de la ametralladora... Al fin se calla, mientras yo me derrumbo, rodando por tierra y cayendo en un abismo sin fondo.

Cuando me desperté estaba en el fondo de un «barranco». Al caer perdí el conocimiento bajando rápidamente por las paredes de esa zanja natural. Todavía era de día. Dos patrulleros a caballo me recogieron al borde de un sendero y me llevaron a Farlete. Estaba completamente agotado.

Después de satisfacer la natural curiosidad de los compañeros reunidos en el Puesto de Mando y de haber dado buena cuenta de una gran cantidad de vituallas, le pedí a Madeleine que me alcanzara un paquete de cigarrillos que tenía en la cartuchera del cinturón del que me había desprendido hacía un momento, ya que el bolsillo de mi chaquetilla estaba vacío. El estuche de los cargadores me servía de depósito de reserva para mi servicio de tabaco...

Una exclamación en su lengua materna nos hizo volver la cabeza: observaba el cuero como si fuera la primera vez que lo veía.

-¿Qué sucede?

-¡Mirad! -y mientras lo decía, vaciaba el contenido en la mesa. En la cara exterior del estuche, había un agujero. El paquete de cigarrillos había sido atravesado por un pedazo de cobre. Madeleine, observando que mi manga izquierda estaba agujereada, me dijo que me levantara para examinarme mejor junto con los demás.

¿Suerte o desgracia? ¿Puede alguien responder a esta pregunta? Desde luego, yo no. Si vivir es una suerte, entonces ese día la tuve. Tres balas me habían pasado tan cerca que me habían agujereado la chaquetilla en dos lugares diferentes: la manga y el costado; la tercera, los bajos de mi pantalón. Todas en el lado izquierdo.

Llevé conmigo el pequeño cono de cobre relleno de plomo durante mucho tiempo, como una especie de talismán.

Llegada de Pablo

Al día siguiente me comunicaron que no era el único que había escapado de la masacre. Ben Sala, el argelino y Manuel llegaron durante la noche: la sangre fría y el arte del camuflaje del hijo del Magreb y el conocimiento del terreno de Manuel les permitieron escapar a las miradas de los fascistas y alejarse para alcanzar nuestras líneas durante la noche. Desde su escondite fueron testigos de la muerte de Berthomieu, Marthe y muchos otros... Sus relatos confirmaron lo que el compañero alemán nos había dicho antes de morir.

En Farlete nadie sabía por qué las centurias no se habían movido de sus posiciones. Una rápida consulta en los diferentes sectores implicados nos hizo saber que no les había llegado ninguna orden. Los responsables estaban convencidos de que, como de costumbre, llevábamos a cabo un simple golpe de mano.

En el cuartel general de Durruti nos fue imposible encontrar a Ruano, el responsable de la ejecución del plan. Buenaventura no tenía ni idea del asunto que había costado la vida a ciento veinte de los nuestros.

Ese día fui testigo de un hecho que me reveló una faceta nueva para mí del carácter de Gori: un comando de tres o cuatro campesinos había sido sorprendido, la noche anterior, cuando intentaban aproximarse a la tienda donde Durruti descansaba para cargárselo. Venían de la Sierra de Alcubierre y eran pobres pastores fanatizados por los curas. Envejecidos antes de tiempo por el trabajo y las privaciones, esperaban resignados la ejecución de la sentencia que les había condenado a muerte.

El pelotón se colocó frente a los condenados a unos doce metros.

-¡Apunten!

Vi a los pobres diablos santiguarse.

-Fuego...

Los doce fusiles dispararon al unísono. Todos los condenados cayeron excepto uno que se quedó en pie mirando al pelotón con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa: debía estar pensando que los revolucionarios eran muy malos tiradores para fallar a esa distancia con un fusil... También yo me quedé estupefacto. Esperaba oír una segunda descarga y ver que un hombre se acercaba para darles el tiro de gracia. En lugar de eso, vi que dos tipos que llevaban cubos llenos de agua los vaciaban concienzudamente sobre los falsos muertos.

Los fusiles habían sido cargados con balas de fogeo... Gori dejó que se marcharan después de decirles que nosotros hacíamos la guerra a la ignorancia y a la esclavitud y no a los pobres diablos que no entendían de qué lado estaban la justicia y la libertad...

El grupo internacional de la columna Durruti había recibido un golpe mortal en Perdiguera, pero no estaba completamente acabado... Un ex-coronel del ejército italiano vino para reemplazar a Berthomieu. Le llamaban Pablo. Nunca supe su verdadero nombre, ni las razones profundas que lo llevaron a unirse a los revolucionarios. Era bastante viejo. Oficial en la primera guerra mundial, no era lo que hoy llamaríamos un «militar de honor» o un jefe de guerrilla como Louis.¹⁰ Con él, comenzamos a hacer vida de trinchera o a participar en ataques masivos como tropas de choque.

Pablo iba siempre acompañado, allá donde iba, por una joven que se hacía llamar Louise. Delgada, con una cara de trazos irregulares, pero agradable a la vista, tenía una voz dulce y musical que encantaba al oído. Al ser exactamente el polo opuesto de Madeleine, más bien pequeña y rechoncha, me enamoré de tal modo que Pablo se dio cuenta y para alejarme de ella, me concedió algunos días de permiso en Barcelona.

Barcelona

Conmigo venía otro compañero de permiso: Lorenzo Giua. Era hijo de un profesor de una escuela de Turín al que Mussolini condenó a «domicilio prescrito» en una isla del Mediterráneo. Él era estudiante y se exilió para escapar de las garras de los esbirros del fascismo italiano.

Pronto simpatizamos. Desde nuestro regreso del frente nos hicimos prácticamente inseparables y durante muchos meses compartimos todo lo que teníamos. Cuando pasamos por Bujaraloz nos dieron una buena suma de dinero... El sueldo de tres meses... Diez pesetas diarias por tratar de hacernos matar... No estaba mal pagado...

Según me explicaron, para no asustar a los gobiernos de los países democráticos que podían ayudarnos vendiéndonos armas, el Comité Revolucionario se había visto obligado a poner en circulación las pesetas... Pero para mí, esto fue una especie de revelación: la revolución había fracasado...

Al igual que en Rusia, donde algún tiempo después de la victoria de las masas obreras y campesinas, los jefes del Partido Comunista declararon que era preciso dar un paso atrás y restablecer el valor de la moneda. Este primer paso fue seguido de muchos otros... y el pueblo ruso no había hecho otra cosa que cambiar de amos: después del zar, padre de todas las rusas, el padrecito del pueblo: STALIN.

Barcelona aumentó aún más mi amargura: las «ramblas» bullían de gente, la prostitución se había enseñoreado de la gran ciudad... Los milicianos de permiso, reconocibles por el mono que habían adoptado, llenaban las calles con sus cantos y sus risas sin darse cuenta que su causa había sido traicionada y la revolución estaba muerta... Ya sólo quedaba la guerra contra el fascismo, la guerra entre dos formas de esclavitud.

10. «Baroudeur»: sin traducción exacta en castellano, se refiere al militar que está dispuesto a pelear la última batalla de una guerra perdida, tan sólo por salvar el honor. (N. del T)

La peste del dinero había iniciado de nuevo su labor. Después de una breve visita al sindicato, Lorenzo me condujo a casa de algunos amigos donde conocí a Francisco y Emilio Ferrer, nietos del fundador de la Escuela Moderna, fusilado en Montjuich por sus ideas antes de la primera guerra mundial.

Francisco decidió venir con nosotros a Aragón con la que era su compañera: Giudita, italiana, una antigua militante anarquista, expulsada de Italia tras la toma del poder por Mussolini. Conoció a Francisco cuando todavía era un niño y le cobró gran afecto no separándose ya nunca de él, haciendo a su lado el papel de institutriz-amante. Una estupenda mujer, convencida de la rectitud de sus ideas, siempre dispuesta a echar una mano y a hacer cualquier sacrificio por el triunfo de su ideal y la felicidad de Francisco.

En Barcelona tuve oportunidad de encontrarme con una muestra de una especie difícil de descubrir en la vida cotidiana, incluso conociendo su existencia. Lorenzo me invitó a pasar una velada con dos chicas que había conocido: tendrían entre 16 Y 17 años. La tarde fue deliciosa: la muchacha que me eligió como compañero de juegos era simpática, espiritual, alegre y además era guapa, lo cual no estropeaba el conjunto. Yo gastaba sin medida y empujaba a Lorenzo para que se deshiciera de los billetes que llenaban sus bolsillos, con tanto éxito que se decidió a confesarme que las muchachas eran profesionales..., que había contratado para pasar la velada y también la noche si me agradaba.

Siempre me han gustado las Mujeres y desde la pubertad mi único pasatiempo preferido fue el juego del amor...

Pero jamás me ha sido posible divertirme con una prostituta previo pago: pensar que ella está calculando las ganancias que le reporta mi tarea, mientras la acaricio, me inhibe todo deseo de... retozar.

Discretamente, le propuse a mi compañera que nos separásemos de Lorenzo y su amiga. Ella aceptó y aprovechando la confusión entre el gentío, perdimos de vista a nuestros compañeros.

Sentados en la terraza de un café, le pedí que me contara los motivos que la habían impulsado a ejercer el oficio más viejo del mundo. Sinceramente, esperaba el eterno y clásico camelo sobre la madre enferma, una familia que alimentar o el cuidado de unos hermanos desvalidos... Me dijo que ejercía la profesión desde siempre: muy pequeña, se dejaba acariciar por el tendero del barrio a cambio de algunos bombones; luego, un poco más mayor, por juguetes y bisutería. A los doce años, se entregó a un tipo que, para agradarla, le había ofrecido un collar de oro que todavía llevaba al cuello. Yo escuchaba su relato sorprendido de ver la expresión cándida de su rostro y de su mirada, como si lo que hacía fuera la cosa más natural del mundo. Pensé en las cortesanas, sacerdotisas de Venus, de la antigüedad griega y romana...

Cuando terminó de hablar, le expuse la manera en que yo concebía las relaciones entre un hombre y una mujer; luego le hablé de La Calle y de la pequeña Angelita... Mientras hablaba de aquél cuya muerte me permitió escapar del infierno de Perdiguera, no la miraba. La emoción ponía un nudo en mi garganta y mi mirada se empañaba con las lágrimas, mientras revivía esos instantes trágicos para mí. Al finalizar, alcé los ojos hacia ella: tenía los codos apoyados en la mesa, la cara rodeada por las palmas de sus manos y sus ojos parecían estar fijos en una visión lejana...

Me levanté y me marché, depositando un puñado de pesetas ante ella. Aún no me había alejado mucho cuando ella me alcanzó corriendo y, tomándome del brazo, puso los billetes en mi bolsillo, diciéndome: «No te vayas todavía, nada te llama en ninguna parte...»

Sus ojos estaban enrojecidos y su voz temblaba como la de una niña que teme que le nieguen lo que desea y que la regañen.

Estuvimos paseando hasta altas horas de la madrugada y después la acompañé hasta su casa. Al despedirnos me preguntó:

-«¿Cuándo te vas?»

-Probablemente mañana, pasado mañana con toda seguridad -le respondí.

-Aquí viven mis padres... Gracias... «Adiós» ...

-¿Gracias de qué?

-Por no haber querido acostarte conmigo y haber tenido la gentileza de acompañarme. Cerró la puerta y desapareció. No le había preguntado su nombre, yo no le había dicho el mío...

Durruti, Ascaso y los otros

Giudita y Francisco Ferrer me presentaron a María Ascaso, hermana de Francisco Ascaso, muerto el 19 de julio durante el ataque al cuartel de Atarazanas.

Durruti, Ascaso, Jover, tres nombres célebres en España y en toda Europa.

Todos los periódicos hablaron de sus gestas, tras la muerte del Cardenal Soldevila y el atentado contra el rey Alfonso XIII. Francisco fue el primero en caer, Buenaventura algunos meses después, únicamente Jover se libraría, refugiándose en Francia.

En casa de María me contaron una anécdota sobre Ascaso que ilustra muy bien su determinación y su coraje: En un café de un pueblo de Cataluña, unos cuantos falangistas sentados alrededor de una mesa chismorreaban sobre la FAI y la CNT y fanfarroneaban diciendo que darían una buena tunda a cualquier cenetista que se presentara. El lugar era frecuentado casi exclusivamente por falangistas. Digo «casi», porque esa tarde se encontraba allí alguien que fue enseguida a comunicar a Francisco, que no se encontraba muy lejos de allí, todo lo que había oído. Ascaso entró en el café, se aproximó a la mesa en la que los cuatro amigos continuaban con sus baladronadas, se dio a conocer y luego disparó sin sacar su arma del bolsillo, desapareciendo antes de que los presentes se hubieran recuperado de la sorpresa.

En todas las ciudades, pueblos y aldeas de la Península Ibérica se hablaba de ellos con admiración y respeto.

Recuerdo que una vez, en 1935, en una estación en la que un revisor me había bajado del tren por no haber comprado el billete, algunos campesinos me ofrecieron su hospitalidad para pasar la noche. Estaba en Castilla, entre Toledo y Madrid, y la aldea se encontraba a unos diez kilómetros de la estación, a donde los campesinos venían para abastecerse de agua potable en un vagón cisterna con su borriquillo cargado con dos barricas. El animal conocía tan bien el camino que no había ninguna necesidad de vigilarlo, bastaba seguir sus pasos..., y por la noche, por muy negra que fuera, los habría conducido a casa.

Durante el camino, se habló de la CNT y el nombre de Durruti se insinuó en mis labios: fue como si hubiera nombrado a un héroe de leyenda, un caballero de la mesa redonda que cabalgaba por los caminos del mundo persiguiendo a los poderosos e inclinándose sobre las miserias del pueblo llano para aliviarlas. Por compartir sus ideas me convertí, a los ojos de estos campesinos, en una especie de apóstol. Gente estupenda, estos pobres campesinos de Castilla... En esta familia de más de diez personas, sólo una sabía apenas leer y escribir: una joven lisiada por la cox de una mula cuando todavía era una niña y que había aprendido a leer en el establecimiento donde había sido atendida.

Berneri

Mi breve estancia en Barcelona fue suficiente para darme cuenta de que la revolución retrocedía: la necesidad vital de ganar la guerra hacía que pasaran a un segundo plano las reformas que tanto deseábamos. Para los anarquistas, la continuación de la guerra estaba por encima de todo: aceptaron entrar en el gobierno de Cataluña para mantener la unidad de las fuerzas proletarias. Ya se hablaba de la reorganización del ejército, de su reestructuración en divisiones, batallones...

En casa de María Ascaso, las discusiones, siempre muy animadas, ente los que estaban a favor y aquellos que estaban en contra, duraban hasta altas horas de la madrugada. Yo era uno de los que estaba en contra de la vuelta al ejército clásico. Pero mis adversarios esgrimían un argumento de peso:

primeramente había que ganar la guerra. Mis compañeros, confiando en su combatividad y en la rectitud y bondad de su ideal, despreciaban la conquista del poder, creyendo que una vez ganada la guerra, las masas obreras y campesinas se organizarían siguiendo el ejemplo de las colectividades aragonesas y catalanas que habíamos implantado por los lugares por los que habíamos pasado. Desdeñaban el hecho de que todos los partidos y organizaciones que luchaban contra el fascismo, hubieran abierto sus puertas a cualquiera que quisiera integrarse para hinchar sus efectivos. Esto había provocado que, numéricamente, la relación de fuerzas hubiera cambiado, basculando de un lado a otro.

En ciertas ciudades, el Partido Comunista, prácticamente inexistente antes del 19 de julio, se había convertido en mayoritario. También las demás formaciones políticas veían cómo aumentaban sus efectivos, aunque en menor proporción. La lucha por el poder era evidente para todos, incluso para aquellos que como yo no se codeaban con las altas esferas de la política.

El día que conocí a Francisco Ferrer, conocí también a Camillo Berneri, profesor de filosofía y consejero con mucho predicamento entre los libertarios de origen italiano. Desde entonces me encontré con él con mucha frecuencia en casa de María. En el curso de las discusiones ambos simpatizamos. Yo experimentaba un verdadero placer escuchándolo y él reía cuando en mis respuestas llevaba mis razonamientos hasta el absurdo.

Una noche se entabló un debate sobre la posibilidad de que un libertario trabajase por su cuenta y abriese un taller. Tomando la palabra, traté de demostrarle que con el tiempo, si el negocio prosperaba, el libertario se vería obligado a ampliar su taller, a contratar obreros para hacer frente a los pedidos y satisfacer a la clientela y, un buen día, el antiguo anarquista se encontraría formando parte de una organización patronal y miembro honorario de las instituciones policiales para defender sus fábricas y su capital de las exigencias de sus obreros y empleados. El anarquista es un ser humano; está sometido a todas las tentaciones y a todas las trabas de la sociedad en la que está integrado. Su mayor esfuerzo, por tanto, debe hacerlo en el sentido de seguir siendo quien es: obrero, campesino o empleado. Si el azar hizo que naciera en el seno de una familia pudiente y provisto de todos los bienes de la tierra, debe tener la fuerza de ánimo necesaria para renunciar a su clase y a su fortuna y convertirse a su vez en alguien que trabaja para vivir, es decir, un explotado.

Mi discurso me valió la simpatía del profesor que, sabiendo mi deseo de volver al frente, ya que el ambiente de la ciudad comenzaba a asquearme, me propuso que hiciera el viaje con él. Berneri no se hacía muchas ilusiones sobre el desenlace de la lucha por la conquista del poder en la España antifascista entre las diversas facciones. Al citarle una frase de Luisa Michel: «El poder está maldito y corrompe a todos aquellos que lo ejercen», me dijo que la buena Luisa tenía razón, y que, a pesar del desfallecimiento de algunos de sus compañeros más queridos, siguió combatiendo hasta el último día de su vida, fiel a su Ideal. También dijo que no había que desesperar nunca, a pesar de los fracasos, los desfallecimientos y las traiciones.

La humanidad marcha hacia la Anarquía, es decir hacia la Libertad absoluta para todos los individuos, hacia esa forma de Sociedad donde no habrá, en el código, más que dos artículos:

1-La Libertad de un individuo acaba donde empieza la Libertad de otro.

2-Cada uno debe producir según sus posibilidades y consumir según sus necesidades.

Luego me recordó esta frase de Eliseo Reclus: «La Anarquía es la más alta expresión del orden».

Fue Camillo Berneri el que me dio de la progresión social esta imagen: la marcha de la Humanidad es comparable, me dijo, a una migración de hormigas rojas en los países tropicales: avanzan en columnas cerradas, destruyendo a su paso toda vida animal o vegetal para alimentarse. Los habitantes encienden fuegos o cavan zanjas para desviarlas o detenerlas en su marcha, con el fin de proteger de ese modo sus campos y cosechas... Las hormigas avanzan... Las primeras filas apagan el fuego y colman las zanjas llenas de agua. Las demás pasan sobre los cadáveres calcinados o ahogados de aquellas que se han sacrificado para que su especie llegue allí donde podrá construir la nueva Ciudad...

Los anarquistas han sido desde siempre la punta de lanza del Progreso Social hacia la Libertad absoluta del ser humano. Obligados por los reaccionarios a usar la violencia para defender o conquistar el derecho a vivir, nosotros exponemos nuestras ideas, pero siempre hemos rehusado imponerlas por la fuerza.

La Sierra de Alcubierre

A nuestra llegada a Bujaraloz nos separamos después de prometernos que nos volveríamos a ver.

En Farlete, el grupo había cambiado bastante: muchos de los veteranos se habían marchado. Unos abandonaron España y otros se fueron a engrosar otras formaciones (las que denominaban Brigadas Internacionales).

En cuanto llegué, Pablo llamó a consultas a todos los veteranos. Éramos unos diez: ¿dónde estaban los demás? La mayoría se había quedado en Perdiguera. Los demás, disgustados por lo que estaba pasando, prefirieron largarse. Affinenghi, Scolari, Otto, Jacques y otros cuyos nombres he olvidado, formamos un pequeño grupo que el coronel retuvo en su Puesto de Mando para llevar a cabo misiones de reconocimiento y para ejecutar golpes de mano.

Entre los últimos reclutados había algunos individuos de los que sospechaba que habían venido atraídos más por el cebo del sueldo que por elección ideológica. Eran bravucones y pretenciosos, siempre dispuestos a pelearse entre ellos por un quítame allá esas pajas, todo lo cual obligó a Pablo a pedir que nos trasladaran al frente. De ese modo, de grupo móvil de asalto nos fuimos convirtiendo en una unidad como las demás.

Nos enviaron a la Sierra de Alcubierre a relevar a una centuria. Los compañeros de la CNT habían hecho un buen trabajo. Las trincheras habían sido excavadas de manera muy inteligente e incluso diría que eran casi confortables. Pasillos de acceso cubiertos unían los puestos de combate a una ciudad troglodita donde moraban las unidades que tenían la custodia de la posición. Estas grutas, verdaderas mansiones subterráneas, excavadas en la ladera de la montaña, nos ofrecían un abrigo perfecto contra los rigores del invierno. En efecto, hacía bastante frío en las alturas, especialmente durante la noche.

Yo compartía mi caverna con Affinenghi y dos españoles y también Tarzán, mi perro, que dormía al pie de mi cama. Previendo una ausencia bastante larga, seguí el ejemplo de algunos de mis compañeros y traje conmigo a mi amigo de cuatro patas. Tarzán rompía la armonía de la jauría bajo cualquier punto de vista: era negro y su pelo, largo y rizado, le cubría los ojos casi por completo y sus patas eran fuertes y musculosas... Todo lo diferenciaba de los elementos de su especie que compartían nuestra vida. Los demás perros eran galgos corrientes, aptos para cazar liebres en la llanura; sus patas eran largas y nervudas y su pelo corto, de color claro.

Tarzán no ladraba nunca. Allá donde yo iba, siempre estaba cerca de mí. De patrulla, él me precedía algunos metros, olisqueando, con las orejas levantadas, atento a cualquier olor y a cualquier ruido imperceptible para mis sentidos. En ocasiones, se detenía y un ligero gruñido surgía de su garganta como para prevenirme, en voz baja, de que había alguna presencia extraña en las proximidades. Creo que los perros están dotados de una especie de inteligencia y que ciertos especímenes de la raza canina son capaces de analizar una situación dada y actuar en consecuencia. Para mí, Tarzán era un perro inteligente. ¿Queréis la prueba? Hela aquí:

Había estado nevando toda la noche y todo el día siguiente. La Sierra aparecía cubierta de nieve. Hacia la una de la madrugada, me marché del puesto después de pasarle la consigna al compañero que había venido a relevarme. Hacia un frío siberiano y al salir del pasadizo de acceso a la trinchera, me encontré con un paisaje lunar de una blancura pálida. La nieve continuaba cayendo. Yo seguía a Tarzán, procurando poner los pies en las huellas de sus patas, porque el trazado del camino había desaparecido bajo el espeso manto blanco.

Ya casi habíamos llegado a mi choza, cuando Tarzán se detuvo, moviendo su cabeza hacia el fondo del valle, gruñendo suavemente. Comencé a acariciarlo para tratar de calmarlo, pero continuó gruñendo, echando hacia atrás sus morros como si se dispusiera a morder, luego continuó avanzando... Estaba lejos de sospechar de qué se trataba.

Creía que había descubierto una presa, lo cual había despertado su instinto de cazador... La curiosidad me llevó a seguirle para observar el desarrollo de la caza y, en caso necesario, echarle una mano.

Avanzábamos sin hacer ruido. Al darse cuenta que le seguía, Tarzán había dejado de gruñir; el silencio era absoluto. Al pie de un gran pino se detuvo y se agazapó, listo para saltar sobre la presa cuando estuviera a su alcance. Por mi parte, me esforzaba en ver si algo se movía en los alrededores, entre los árboles, ¿qué clase de presa habría olfateado? No tardé en saber a qué atenerme. Al cabo de un instante, vi una masa oscura salir de su escondite, atravesar saltando el tapiz de nieve y desaparecer detrás de un matorral. Luego, una, dos, tres, cuatro formas negras saltaron para unirse a la primera.

Un comando. intentaba sorprendernos..., aprovechando la tempestad de nieve y este frío polar. Habían salvado nuestras líneas deslizándose entre dos puestos y querían sorprendernos por detrás, esperando quizá que si eran sorprendidos podrían hacerse pasar por republicanos extraviados. Pero por el momento mi pensamiento no iba tan lejos. Después de lanzar una Lafitte detrás del matorral, empecé a disparar con la pistola. La explosión de la granada y los disparos despertaron a todo el mundo en menos tiempo del que tardo en contarlos. Rápidamente estuve rodeado de hombres armados. La bomba no había matado a nadie, ni tampoco los disparos, pero los había dejado clavados allí mismo. Hicimos cinco prisioneros que fueron enviados al Cuartel General.

No era la primera vez que los perros olfateaban la proximidad de francotiradores enemigos, pero ladraban y al tiempo que nos prevenían, advertían también al enemigo que se retiraba antes de que tuviéramos tiempo de intervenir.

Si me explayo tanto sobre la inteligencia y las capacidades de mi amigo, es porque no tengo nada que ver con su educación. Probablemente, su primer dueño debía ser un as del entrenamiento. Yo descubrí con sorpresa sus cualidades de inteligencia, coraje y también de fidelidad. Varios compañeros españoles me aseguraron que mi Tarzán era un perro cazador. Ahora bien, como no me gusta la caza, nunca me preocupé de ponerlo a prueba. Fue seis meses después de esta hazaña militar que acabo de contar, cuando Tarzán me reveló sus dotes de cazador:

Desde hacía casi un mes, nos encontrábamos en una posición que, cuando menos, era poco confortable. La artillería y la aviación de Franco se habían propuesto rendirnos por hambre, impidiendo la llegada de avituallamientos hasta nosotros, mediante bombardeos y disparos de bloqueo, llevados a cabo tanto de día como de noche. Cuando la intendencia conseguía hacernos llegar los «garbanzos» que nos traían, estaban tan mal cocinados que teníamos por costumbre decir que con tirachinas y esos garbanzos habríamos podido repeler victoriosamente cualquier ataque.

Una mañana, una serie de exclamaciones atrajo mi atención: «Mira allí, es un conejo, no, una liebre... Está demasiado lejos para disparar... ¿Soltamos a los perros?... Sí, sí, soltemos a los perros...» Abrimos el paso en zig-zag de la red de alambradas y la jauría aulladora se lanzó hacia la presa que había visto u olfateado. Yo tenía a Tarzán atado, porque había cogido la costumbre de marcharse a veces durante horas y temía que me lo convirtieran en asado o en carne estofada, cosa que ya había ocurrido con otros congéneres suyos. Uno de mis amigos me aconsejó que lo soltara para observar su comportamiento en la caza con perros que comenzaba... Le solté el collar y después de mirarme, partió como una flecha..., para detenerse a un centenar de metros de nosotros. Era ridículo: enviar a un perro de su estilo a cazar con bestias hechas para la carrera, de las cuales algunas de ellas tenían una larga experiencia.

La liebre, ya que sólo era una, huía saltando por encima de las matas de tomillo y de romero, con toda la jauría pisándole los talones. Mi perro, después de haber observado un buen rato a la presa y a los cazadores, pareció desentenderse de sus evoluciones y se había marchado al paso en una dirección paralela...

Estaba decepcionado: sabía que mi amigo no podía ganar a los galgos corriendo. No estaba hecho para eso. Lamenté haberlo lanzado a esa aventura en la que ningún papel podía jugar. Iba a entrar en mi tienda, cuando un grito me detuvo: «Bravo Tarzán... Bravo...»

Un compañero me explicó: Tarzán, en lugar de correr detrás de la liebre, fue a apostarse en el lugar en que pensaba que el animal debía pasar. No se había engañado. La había cogido al pasar y ahora, con la presa en la boca, corría a toda velocidad para buscar protección, ya que tenía a toda la jauría persiguiéndole. Toda la sección se precipitó al encuentro del perro para protegerlo de los otros que le habrían hecho una mala faena con el fin de arrebatárle el objeto de su deseo. Pero volvamos a la Sierra: durante los dos meses que estuvimos allí, aparte de algunas alertas para rechazar golpes de mano de pequeña envergadura, los días transcurrieron tranquilos y apacibles. Nuestra tarea se reducía a montar

guardia y a tener las armas preparadas. Ocupábamos nuestros ocios como podíamos: los aficionados al juego realizaban interminables partidas de cartas, de damas o de ajedrez. Otros se empeñaban en tallar madera. Pero la mayoría prefería asistir a los cursos de historia, de geografía o de sociología que los conferenciantes improvisados impartían por la tarde o por la noche en una cueva bastante espaciosa para contener a una treintena de personas. El conferenciante trataba el tema durante varios días seguidos, respondiendo a las preguntas y tratando de hacerse comprender bien por el auditorio, sin pasar a otro tema antes de resolver todos los demás. ¿Cuántas veces he oído estas palabras?: «Desde hace miles de años, aquellos que producen se rebelan contra sus explotadores.» De la rebelión de Espartaco a la revolución rusa, los obreros y los campesinos se han batido para construir la Ciudad de la Felicidad y siempre han sido traicionados por aquellos en los que habían depositado su confianza, cuando estaban a punto de vencer al adversario.

Dos ejemplos: todo el mundo conoce la Revolución Francesa; para el pueblo francés, explotado por la nobleza y el clero, la república era sinónimo de Libertad y de Justicia Social. «Los hombres nacen libres e iguales ante la ley.» Pero, ¿qué ley? La dictada por la burguesía aliada con el clero: «El patrón ha reemplazado al noble... El obrero y el campesino continúan siendo explotados.» Pero, a pesar del fracaso de la igualdad en el dominio económico y social, la humanidad quebró la más fuerte de sus cadenas: la creencia en el derecho divino que permitía, con la ayuda de Dios y gracias a su voluntad todopoderosa, aplastar y explotar al pueblo. Con la Revolución Francesa, la Humanidad dio comienzo a una de las últimas etapas por el camino de la Libertad y la Igualdad entre los Hombres.

En Rusia, los soviets obreros y campesinos expulsaron a la nobleza, al clero y a la burguesía rusas, pero confiaron en un partido político y en sus dirigentes que, una vez en el poder, reorganizaron el aparato represivo haciéndolo más eficaz e implacable. Gracias a eso, arrebataron a los consejos obreros todas sus prerrogativas. Rusia se encontró bajo el dominio de un nuevo zar surgido de las filas de la revolución. El capitalismo cambió de nombre: las riquezas de la nación ya no eran propiedad de algunas familias. Pertenecían al Estado, lo que quiere decir que pasaban a ser propiedad de los dignatarios del partido en el poder. En Rusia, la dictadura del proletariado es en realidad la dictadura del Partido Comunista: quien dice dictadura, dice opresión, esclavitud, delación, violencia, muerte..., para aquellos que reivindican el derecho a la Libertad y la Igualdad económica y social.

Así pasábamos nuestro tiempo: tratando de aumentar nuestra cultura y esforzándonos en compartirla con aquellos que no habían tenido la oportunidad de sentarse en los bancos de una escuela. Un buen día, volvimos a Farlete.

La Niña

Madeleine se había marchado a Barcelona para ver a su marido y a su hijo. Yo regresé a Pina. Allí también comenzaban a observarse ciertos cambios. La población había aumentado. Los pequeños propietarios se habían integrado voluntariamente en la colectividad. Grandes superficies habían sido roturadas. Las muchachas y los jóvenes se habían liberado y sacudían el yugo de la vieja moral que les prohibía divertirse entre ellos sin la presencia de una carabina. Tuve la prueba de esta evolución desde los primeros días de mi llegada al «pueblo». Me paseaba con Tarzán, cuando alguien me interpeló:

-Antonio, ¿ya no saludas?

Era una joven con la que, antes de Perdiguera, había discutido mucho, en compañía de La Calle, sobre los derechos y deberes de la mujer en la sociedad libertaria tal como nosotros la concebíamos. Tenía entre 20 y 25 años, pequeña y delgada, con un rostro triangular bronceado como el de una gitana. No era bonita, pero al mirarla sólo se veían sus ojos y su boca. Inmensas pestañas envolviendo unos grandes ojos que

oscurecían aún más sus negras pupilas... Su boca, de labios gordezuelos y rojos, estaba perfectamente delineada: todo esto sin el menor afeite, naturalmente.

-¡Salud! Creí que estabas en la huerta. ¿A dónde vas?

-Estoy paseando. Me he tomado un descanso. ¿Te apetece un vaso de vino caliente?

-Ofrecido por una mujer bonita, acepto cualquier cosa.

-Entra y no digas tonterías. -El fuego chisporroteaba en la chimenea. De una cacerola colocada sobre las brasas, se escapaba el perfume del vino cocido. Me senté en un lado del hogar, sorprendido de no ver a su madre o a alguna vecina. Le pregunté: «¿y tu madre?

-Está en el campo con mi padre.

-¿Estás completamente sola?

-Sí.

-Bien, en ese caso te agradezco tu gentileza. Me voy, porque no quiero que cotilleen de ti. Tu novio no se pondría muy contento si supiera que has recibido a un hombre en tu casa y que te has quedado sola con él.

-Antonio, los tiempos han cambiado. Nadie dirá nada, porque ya soy mayor. Francisco, después de siete años de noviazgo, se marchó a la guerra y desde entonces no ha dado señales de vida... Siéntate y dime qué ha sido de tus compañeros, porque ya no se ve a ninguno en Pina.

Mientras hablaba, había servido el vino y se sentó cerca de mí en el banco. La estuve observando, mientras satisfacía su curiosidad: la encontraba cambiada, no físicamente, porque continuaba siendo flaca y menuda... Al darse cuenta de mi observación, me preguntó qué pensaba al mirarla así.

-¿Sabes que eres más bonita que cuando me fui?

-Mentiroso, no soy ciega... Nadie me ha dicho nunca que soy bonita.

-¿Qué te dicen los muchachos?

-Nada.

-¿Y tu novio?

-Se fue.

-Sí, ya lo sé. Pero, antes de que se marchara, ¿nunca te dijo que tus ojos son los más bellos del mundo y que tu boca, cuando se la mira, dan ganas de morderla?

Se echó a reír diciendo:

-«¿Tienes ganas de morder? ¿No has comido a mediodía?»

Depositó mi vaso sobre la losa del hogar, le rodeé el rostro con las palmas de la mano y le di un beso en los labios... Ella se echó hacia atrás...

-Perdóneme, niña, tenía ganas de abrazarte desde hace tiempo; no tengas miedo, ya me voy.

Sus ojos brillaban y la boca entreabierta sonreía dejando ver la punta rosa de la lengua. Para impedirme que me levantara sus manos se apoyaron en mis hombros. Nuestros labios, de común acuerdo, se encontraron de nuevo. Llevaba un pantalón amplio..., pero cuando me marché todavía era virgen. Cuando ya estaba en la puerta, me preguntó en voz baja: «¿Volverás?»

-Sí, querida.

-¿Mañana?

-Sí, mañana.

Volví al día siguiente, tanto para cumplir mi promesa como para anunciarle mi marcha. Esa misma mañana me advirtieron que el permiso se había acabado. Esa noche debía reunirme con el grupo en Farlete. Al entrar, la esperanza de flirtear con ella se desvaneció: su madre estaba allí, delante de un montón de ropa blanca para planchar. Después de los saludos de rigor, le anuncié mi marcha. La pequeña, alarmada, me pregunto: «¿Enseguida?»

-No. Esta noche.

-Entonces, tenemos tiempo. Cenarás con nosotros. Mi madre avisará a la tía Pascuala.

Sorprendido por esta forma de actuar que no entraba en las costumbres de las familias españolas de la época, le sugerí que debería ser ella la que llevara el recado, ya que su madre era muy mayor. La anciana se adelantó a su hija y me respondió. «Hijo, sólo os quedan algunas horas para charlar, no las desperdiciéis». Y añadió con una voz llena de tristeza: «hay que aprovechar la vida cuando todavía queda tiempo.»

La pequeña me tomó la mano diciendo:

-Ven, Antonio, ven.

-¿A dónde?

-Arriba.

Yo la seguí, completamente desconcertado. En cierta ocasión ayudé a Vicenta y a María a desplazar los muebles de su habitación, pero la muchacha no me llevaba a su habitación para trabajar, ya que ella no me había pedido que la ayudara en lo que fuera delante de su madre. Llegados a lo alto de la escalera y juzgando que su madre no podría oírnos, le dije:

-Niña, ¿qué es lo que vas a hacer? Con tu madre allá abajo es peligroso, puede sorprendernos...

-Tonto -me respondió- se lo he contado todo. Mi madre se ha quedado en casa para que seamos libres de hacer lo que nos de la gana. Después, empujando una puerta: aquí estoy en mi casa...

Después de decir esto pasó el cerrojo y cerró con llave. Confieso que estaba perplejo. Debía tener el aspecto de un pato que se ha encontrado con un cuchillo. Por fortuna, la seguridad que ella había mostrado hasta entonces, se había desvanecido. Estaba tan turbada como yo... Por un instante nos miramos en silencio. Recuerdo que le pedí que se soltara el pelo que llevaba recogido en un grueso moño. Me sentía torpe y forzado. Ya no deseaba divertirme con ella. La veía tan pequeña y tan frágil... Tenía miedo de herirla o hacerle daño.

Me hubiera ido con mucho gusto si hubiera encontrado la forma de hacerlo sin herir sus sentimientos, si hubiera podido hacerle comprender que no la creía capaz de soportar el asalto de un hombre... Su decepción hubiera sido quizá más dolorosa que el daño que pudiera causarle.

Me aproximé y comencé a quitarle la ropa. La cabellera suelta descendía casi hasta los tobillos, proporcionándole una capa negra y movediza que echó hacia atrás, cuando la última pieza de ropa que la cubría cayó, para ofrecer a mi mirada el modelo reducido de su cuerpo de mujer enamorada. La parte superior de su cabeza me llegaba al mentón y los senos parecían dos peras de tamaño mediano rematados por una areola de color rosa pálido.

Podría haber pasado por una niña de trece o catorce años de no haber sido por el bosque oscuro de su pubis que rebosaba y le sombreaba la parte superior de los muslos. La levanté para ponerla en la cama, pasando sus brazos alrededor de mi cuello y ella se apoderó de mi boca con un beso que me cortó el resuello... Cuando recuperé el aliento, murmuró: «Ponte en cueros también».

De un salto se bajó de la cama para ayudarme a deshacerme de todo aquello que podía estorbarla. En menos tiempo que canta un gallo, estábamos los dos en traje de Adán y Eva antes del pecado. Ella escaló el lecho que era muy alto y se extendió atravesada, con las piernas colgando y los muslos ligeramente separados. Me incliné sobre ella; mi boca se apoderó de un seno y una mano del otro. Durante un largo rato la estuve acariciando así. Yo sabía que era virgen y tenía miedo, no por las consecuencias, ya que ella lo quería, no deseaba otra cosa, sino por hacerle demasiado daño y que acabara asqueada del amor y de los hombres. Mi mano abandonó su pecho, se deslizó por el vientre, rozando su negra mata y penetró entre sus muslos, donde mis dedos comenzaron a jugar... Mi boca, por su parte, abandonó su presa y, flexionando mis rodillas, me apoderé del clítoris. Sorprendida, se retorció diciendo: «tómame, tómame, toda...»

Después del primer orgasmo, se quedó inmóvil, como dormida. Mi lengua y mis labios continuaron acariciándola y su vientre comenzó de huevo a moverse lentamente. Sentía contra mis palmas sus pezones que se erguían y en mis dedos el calor de los senos endurecidos por el placer. Cuando la penetré, se le escapó un grito de dolor. Luego, cogiéndome por la espalda, me atrajo hacia ella y me abrazó mientras que sus piernas me rodeaban la cintura como si tuviera miedo de que me escapara. Únicamente su vientre danzaba al ritmo del placer. Por un instante nos quedamos abrazados sin decir nada. Yo observaba ese rostro que me era difícil reconocer. Era más joven y más bello.

Las primeras palabras que pronunció me llenaron de inquietud:

-«Querido, gracias por haber hecho de mí una mujer... tu Mujer.»

Me sentí palidecer. Me quedé mirándola, extrañado. De repente, pensé que había caído en una trampa. Me eché a reír:

-«¿Mi mujer? Ni tan siquiera sabes si estoy o no casado. ¿Acaso te he prometido matrimonio?»

-No, no lo entiendes. Puedes marcharte; esta noche te irás a algún lugar desconocido para mí. Probablemente no volverás nunca, pero soy y seguiré siendo tu mujer. Ayer me hiciste gozar con tus caricias y no quisiste aprovecharte de mí. Por eso te pedí que volvieras. Nunca me casaré.

-Estás loca, ¿y tu novio?

-Mi novio se casaba con los campos de mi padre, no conmigo... Los demás muchachos me hablan como si fuera su hermana. Todos me encuentran excesivamente pequeña y demasiado débil para ser una auténtica mujer capaz de tener hijos para que les ayuden en su trabajo. La volví a tomar en mis brazos, pero se soltó diciendo: «Augusta me dijo que después de hacer el amor es conveniente lavarse. ¿Quieres bañarte? Augusta, La Calle, Luis... Todos los demás... Se habían ido, pero sus enseñanzas daban los frutos esperados... Por un momento creí volver a verlos exponiendo nuestros principios y nuestras ideas, pero la risa dichosa de la pequeña me devolvió a la realidad... «Mira, cariño...» Me mostraba dos manchas de sangre en la colcha de lana blanca...

-«Ven, tómate de nuevo, hazme gozar... »

*Siétamo*¹¹

Al caer la noche, nos fuimos hacia un destino desconocido. Al llegar la aurora, los camiones nos dejaron en un campo bordeado de olivos, bajo cuyas frondosidades nos abrigamos para escapar a la mirada de los pilotos de la aviación franquista. Al llegar el crepúsculo nos pusimos de nuevo en marcha.

Durante horas y horas, marchamos en fila india, siguiendo senderos apenas trazados, deslizándonos por las sombras de los cercados y árboles que delimitaban los campos cultivados, porque la luna nos iluminaba como un faro perdido en el espacio.

Al fin llegamos a una granja abandonada. Estábamos agotados. Yo sólo deseaba una cosa: acostarme y dormir y eso es lo que hice. Mi pequeño grupo hizo otro tanto. Estirados por tierra, con la cabeza apoyada en el fardo que no habíamos deshecho en previsión de una súbita partida, reclamábamos un sueño que, a pesar de la fatiga o quizá a causa de ella, tardaba en llegar, cuando de pronto dos disparos sonaron en el exterior. Nos levantamos de un salto y nos precipitamos fuera. Un español nos detuvo gritando: «Calma, compañeros, no es nada grave. Hemos matado al cerdo de Ruano...»¹²

Ruano el responsable de la masacre de Perdiguera, acababa de pagar su traición. Rodeamos al compañero, mientras la pregunta surgía de todas las bocas: «¿Dónde estamos? ¿Es una etapa o el fin del viaje?»

Nos hizo saber que estábamos en Siétamo, un pueblo dominado por un castillo. Estaba ocupado por el ejército de Franco, apoyados por falangistas y había sido prácticamente cercado por las columnas del POUM. Pablo acabó de completar la información que necesitábamos, así como las consignas y consejos que creyó necesarios en la situación en la que nos encontrábamos. Antes de que amaneciera se marchó para tomar contacto con el Estado mayor de las fuerzas que cercaban el pueblo.

Los primeros rayos de luz nos revelaron la precariedad de nuestra posición. Estábamos situados entre dos fuegos: por un lado los fusiles parapetados en las casas y en el fuerte, por el otro los disparos de mortero y de la artillería ligera, como lo demostraban claramente los impactos de los obuses en las paredes y el techo de la granja y a todo lo largo del esbozo de trinchera que se perdía a derecha e izquierda de los edificios.

¹¹. En este punto, Antoine sufre una distorsión de la memoria y un error en la cronología de los hechos, ya que la toma de Siétamo se produjo un mes antes del combate de Perdiguera. (N. del T)

¹². Aunque Ruano fue muerto varios meses después en Barcelona, en circunstancias todavía no aclaradas y por motivos que se desconocen, sí sabemos que no fue el responsable de la masacre de Perdiguera. Giménez, que escribe confiando absolutamente en su memoria, se atiene aquí, casi con toda seguridad, a los rumores que circularon en ese momento, motivados por el impacto emocional que supuso la pérdida de la mayor parte de los componentes del grupo internacional. (N. del T)

Las unidades españolas que habían ocupado la posición antes que nosotros, situados bajo el fuego cruzado de la artillería y de las máquinas que escupían la muerte desde el torreón y las ventanas de las casas, habían abandonado los puestos, dejando abierta una brecha por donde pasaban los refuerzos y los avituallamientos para la guarnición. Esto era tanto más fácil, por cuanto una carretera cortaba nuestras líneas a una cincuentena de metros del lugar donde nos encontrábamos... Según nos había dicho Pablo, se nos había enviado allí para cerrar la brecha y atacar el pueblo. Otto resumió la situación diciendo: «En cuanto sepan que estamos aquí, nos rociarán de metralla... Y adiós a la compañía.»

Éramos una veintena, veinticinco como máximo. Los veteranos, aquellos que estaban en el grupo antes de Perdiguera y habían conocido a Berthomieu, explicaron rápidamente a los nuevos reclutas la conducta a seguir y decidimos hacernos los muertos hasta la noche. Luego, antes de que saliera la luna, dar un salto hacia adelante y establecer nuestras posiciones mucho más cerca de las casas del pueblo. Este movimiento tenía la ventaja de situarnos en el ángulo muerto de las armas automáticas del torreón y, posiblemente, dificultar los disparos de artillería que corrían el riesgo, al calcular el tiro, de enviar algunos obuses sobre Siétamo.

Pasamos el día elaborando planes. Louis nos había dicho siempre que, cuando estábamos de misión, teníamos que ser nosotros los que buscáramos la mejor solución a nuestros problemas, sin esperar a que cualquier jefe nos la facilitara. Recuerdo que Affinenghi propuso lanzarse al asalto desde el inicio de los bombardeos y si, por azar, un obús cayera en las primeras casas, aprovecharíamos el desconcierto de los asediados para penetrar en el pueblo. Durante toda la jornada estuvo defendiendo su plan sin querer ceder en ningún momento.

Afortunadamente, los acontecimientos no le dieron la razón. No nos vimos obligados a hacer como Gribouille: lanzarnos al agua para evitar mojarnos.¹³ Cuando salió la luna, estábamos a unos cincuenta metros de la pared de la primera casa del pueblo. Una doble hilera de árboles nos ocultaba a la vista. Dos pequeños edificios: una granja y un establo nos sirvieron de punto de apoyo y de Cuartel General.

Toda la colina estaba cuadrículada como un tablero de damas, cada prado delimitado por una hilera de grandes árboles y arbustos. El prado que separaba nuestro Cuartel General de la carretera que seguía el contorno del pueblo pasando junto al castillo, estaba también rodeada de árboles y matorrales. Aprovechamos la espesura de esta barrera natural para situar nuestros puestos de guardia, a sólo unos metros de las ventanas desde donde el enemigo nos espiaba... Era arriesgado, pero, a condición de no hacer ruido, ni de hablar durante la guardia, no podían adivinar que estábamos tan cerca.

El primer sobresalto lo tuvimos hacia la mitad del día. Habíamos enviado a un correo para avisar a Pablo de nuestro salto hacia delante. Cuando volvió, era completamente de día y los vigías del castillo lo avistaron en el momento en que atravesaba un espacio descubierto y lo saludaron con algunas ráfagas de ametralladora. Nosotros lo veíamos saltar de un árbol a un matorral para tratar de alcanzar la gran hilera de árboles perpendicular al pueblo que habíamos seguido al dejar nuestra primera posición y que lo pondría al abrigo del fuego enemigo. En ese momento Affinenghi, con ese desprecio al peligro que le caracterizaba, se lanzó y, en unas cuantas zancadas, plegado en dos, con las manos muy cerca del suelo, bajó la pendiente y penetró en el telón de hierba agitando arbustos y matorrales...

Nuestro agente de enlace había llegado y nos comunicaba las noticias, pero la ametralladora continuaba disparando contra la hilera de árboles, allí donde se movían las ramas..., cada vez más lejos hacia nuestra primera posición. No volvió hasta que se hizo de noche. Riéndose, nos dijo que desde que el enemigo sabía que ocupábamos la base de la colina, ya no tendríamos de qué preocuparnos. Había encendido un buen fuego y lo había cubierto de una gran cantidad de hojas muertas, esperando que, en cuanto amaneciera, todavía continuara humeando para señalar nuestra presencia... Eso les haría gastar algunos obuses y bastante munición. Un torrente de insultos acogió sus revelaciones. Su idea no le gustaba a nadie, salvo a él mismo. Se marchó furioso a relevar a un compañero de guardia para no seguir escuchándonos.

13. Persona ingenua y estúpida que se ve envuelta en los inconvenientes y peligros que precisamente quiere evitar. (N. del T)

Todos éramos presa de incertidumbres y dudas. Las consignas del Cuartel General eran simples y sin equívocos posibles. Había que mantener la posición a toda costa y, a la espera del día D del ataque, buscar una brecha en el dispositivo enemigo o, cuando menos, sus puntos débiles.

Pasamos toda la noche patrullando y visitando los puestos de guardia que habíamos establecido alrededor de nuestro campo y fuimos a acostarnos al amanecer para descansar un poco. Algunas explosiones me despertaron... Affinenghi no se había equivocado: estaban machacando con morteros toda la base de la colina.

Durante unos diez días permanecimos encerrados como zorros en su guarida, saliendo únicamente por la noche y marchando a lo largo de las hileras de árboles, dando rodeos de varias decenas de metros para permanecer siempre al abrigo de los matorrales cuando íbamos a relevar a un centinela. Porque, si se atravesaba el prado a la descubierta en pleno día e incluso durante la noche, si había claridad, era uno candidato a la enfermería, en la mejor de las hipótesis.

En Siétamo obtuve mi único trofeo de guerra, mi parte en el botín en 28 meses de guerra, además de mi sueldo: unos prismáticos que todavía conservo en mi casa. Otto y yo salimos para efectuar una ronda. Todo estaba tranquilo y el silencio era absoluto. Llegamos a la punta extrema de nuestro dispositivo y nos disponíamos a dar media vuelta cuando el centinela nos hizo señas para que nos detuviéramos. Un ligero ruido se oía en la carretera, aproximándose. Reptando, Otto se fue a su encuentro y yo le seguí. Al llegar al final de la hilera de árboles, vimos cómo dos sombras se levantaban sobre la carretera y se aprestaban a bajar el talud para llegar al prado. Otto me enseñó su cuchillo y enseguida entendí el mensaje. Desenfundé mi puñal y esperé. Mi compañero, ágil como una culebra, se deslizó para acercarse más al talud.

La primera sombra saltó, pero calculó mal la distancia y cayó sobre sus talones rodando por tierra, pero enseguida se levantó. Mi adversario se encontraba a menos de dos metros delante de mí y me daba la espalda. Su compañero saltó a su vez... Yo tenía la boca seca. Parecía que tenía un cepo apretando mi cabeza hasta hacerla estallar. Sentía los latidos de mi corazón como los de un tambor que acompaña a un cortejo fúnebre.

Salté con mi puño soldado al mango de mi arma para golpear ente los hombros. Entonces se volvió hacia mí... Mi brazo descendió y la hoja penetró hasta el mango debajo del hombro izquierdo. Cayó sin un grito. Otto le había cortado limpiamente la garganta al otro soldado del ejército franquista. Nos llevamos sus armas, en este caso el fusil del soldado y la pistola de ordenanza que llevaba el que yo había abatido, un oficial que llevaba también unos prismáticos que me quedé como recuerdo, ya que hasta entonces no había tomado nada para mí.

Creencia

Diez días: es un período de tiempo relativamente largo. Los primeros se dedicaron a fortificar nuestra posición. Luego, como las patrullas, las guardias y el sueño nos dejaban tiempo libre, tratamos de pasarlo de la manera más agradable para todos. Durante los primeros días, las diferentes personalidades que formaban nuestra unidad se reunieron según sus preferencias, afinidades o simpatías: jugadores de cartas, de damas o de dominó..., manitas que mataban el tiempo recomponiendo minuciosamente nuestras trincheras; en fin, estaban también aquellos que, como yo, emborronaban cuartillas y cuartillas impacientando a las musas o escribiendo noticias o artículos que se daban a leer al grupo.

En ocasiones, durante el día, pero más a menudo durante la noche, uno de nosotros improvisaba una especie de conferencia sobre un tema cualquiera, a la que llamábamos «nuestra canción de cuna», porque la mayoría se dormía antes de que acabara... Todo servía de pretexto para esos dilatados discursos; esas especulaciones más o menos lógicas.

Una tarde -el sol apenas calentaba, ya que estábamos en invierno- volví después de efectuar una ronda. Me estiré por tierra con mi mochila y mi capote a guisa de almohada; Otto y algún otro se habían puesto al sol esperando el momento de ir a hacer el relevo, entonces Mario, que venía por el patio a

grandes zancadas, nos mostró un pequeño crucifijo de hojalata como los que llevan las niñas con una cadena alrededor del cuello, diciendo:

-«Compañeros, he aquí el instrumento de obras sublimes que, hace dos mil años, servía para ejecutar a los condenados a muerte.

»Si un hombre parecido a aquél al que llaman Jesús viviese en nuestros días, en España se le mataría a garrote vil, en Francia mediante la guillotina y en Inglaterra se le colgaría irremisiblemente y, dentro de dos mil años, una pequeña guillotina o una pequeña horca adornaría las blusas de las pequeñas campesinas. Observad, amigos y compañeros: nuestra sociedad es la misma que la que existía en la época en que este vagabundo, soñador y poeta, recorría los caminos de Galilea predicando la igualdad entre los hombres y reclamando Justicia y Libertad. Jesús, en caso de que realmente haya existido, era lo que hoy llamaríamos un propagandista revolucionario. En efecto, ¿quiénes eran sus discípulos?, ¿dónde encontraba a sus acólitos? En las capas más miserables de la sociedad de su tiempo: esclavos, pescadores y obreros. Las masacres y las persecuciones prueban que las ideas propagadas por este soñador, «Libertad, Igualdad, Justicia», atemorizaban a las clases dirigentes de la época. El número de adeptos se convirtió en legión. Huyendo de las persecuciones, los militantes se expandieron por todos los caminos del mundo, predicando su imposible quimera.

»Jesús, ese trovador que vivía dando sermones por los caminos, debió ser un notable narrador, inteligente y sensible a la miseria, para haber atemorizado de ese modo a la burguesía, al clero y al ejército romano que ocupaba su tierra natal, hasta el punto que decidieron, conjuntamente, dar un escarmiento crucificándole. Para dominar, domesticar y encauzar esta sed de justicia que amenazaba a la sociedad desde sus cimientos, se hizo de él un Dios. Probablemente, Jesús no fue el único en propagar estas ideas, ni tampoco el primero. Según mi criterio, fue al que ejecutaron con el mayor aparato y la mayor crueldad. Su muerte quedó grabada en la memoria de sus discípulos, que la transmitieron mejorada para bien de la causa.

»Algunos hombres sin escrúpulos, desde luego inteligentes y astutos, aprovechándose de la ignorancia del pueblo, tomaron la dirección de ese vasto movimiento y lo transformaron en instrumento de opresión y esclavitud libremente aceptada, organizando el poder de la Iglesia Católica Romana. El poder Espiritual aliado al Poder Temporal: el orden social había sido salvado, así como los privilegios de las clases dominantes. Jesús, ese descamisado, se convirtió en el símbolo de la sumisión y de la resignación a la miseria y a la esclavitud.»

-¿Y Dios?

»No, no creo en Dios, porque no me gusta el odio... Si Dios existiese, me vería obligado a odiarle por todo el mal que consiente que se haga a la Humanidad. Esta humanidad que, según los creyentes, hizo con sus manos y a su imagen. No puede amarse a este padre que condena a sus hijos a la peste, el cólera, la tuberculosis, el cáncer y todos los males que afligen a la tierra. Este padre todopoderoso que permite que la mayor parte de sus hijos se afanen para que una ínfima minoría se atiborren con todos los bienes del planeta. No me habléis del libre albedrío que, según dicen, ha concedido a los hombres. Un padre infinitamente poderoso e infinitamente bueno, que ve a sus hijos hacer un uso tan nocivo de la libertad que les ha concedido, habría hecho cualquier cosa, con todo su poder, para corregir sus defectos, si realmente los amara. Si no puede hacerlo, es un pobre diablo y si pudiendo no lo hace, es un cerdo que sólo merece desprecio e indiferencia.

»Pero Dios no existe: nació de la ignorancia de los hombres y de la necesidad de encontrar explicación a los fenómenos naturales cuyas causas ignoraban. El hombre es un animal extraño: tiene necesidad de conocer la razón de las cosas y para explicar el origen o la causa de un hecho que ignora lo inventa. Cuando la inteligencia comenzó a manifestarse, el hombre primitivo se planteó una infinidad de cuestiones a las que le era imposible responder. Entonces se rodeó de toda una serie de dioses, espíritus y demonios. A medida que sus conocimientos fueron aumentando, los seres sobrenaturales abandonaron la tierra y se refugiaron en las inmensidades del espacio. Y para no perder sus privilegios, las iglesias se opusieron siempre a los progresos de la ciencia».

Así ocupábamos nuestro tiempo libre entre dos turnos de guardia y las patrullas. La muerte nos rodeaba, estaba siempre presente. A veces, uno de nosotros caía, víctima de su imprudencia o de su deseo de acabar de una vez por todas. Sí, al menos uno de los que vinieron a Siétamo se hizo matar a conciencia. No recuerdo cómo se hacía llamar. Tenía alrededor de sesenta años. Llegado recientemente al grupo, no hablaba con nadie y se mantenía siempre apartado. Un día, al ir a hacer la guardia, en lugar de seguir el cercado reptando, lo que nos ocultaba de las miradas de los vigías, atravesó el prado en diagonal... Recibió una bala en plena cabeza... Algunos papeles y recortes de periódicos nos hicieron saber que estaba buscado por la policía por un asunto que nada tenía que ver con la lucha social: con dos cómplices, mató a dos rentistas en un atraco. Este descubrimiento no nos sorprendió: sabíamos que muchos de nosotros se llevaban muy mal con la policía por causas ajenas a la lucha social, pero desde el momento que respetaban las reglas que nos habíamos impuesto, nada teníamos que decir. He dicho que buscó la muerte y es verdad, porque todo el mundo sabía que atravesar el prado significaba servir de blanco a los mejores tiradores enemigos.

Una noche decidimos atacar. Habíamos descubierto una puerta que parecía no esconder a ningún tirador. Es cierto que un poco más lejos, a derecha e izquierda, había ametralladoras en las ventanas más cercanas; es decir, aproximadamente a seis o siete metros a cada lado, pero nunca se había efectuado ningún disparo desde ese lugar: probablemente era una trampa..., tanto peor, pero ya veríamos...

Decidimos atravesar el camino pegados al suelo para que los vigías tuvieran menos oportunidades de reparar en nosotros; porque, aunque no había luna, «la blanca claridad que cae de las estrellas», podía muy bien traicionarnos.¹⁴ Affinenghi debía ser el primero en cruzar el camino. Al ser el más robusto de todos nosotros, podía hacer saltar la cerradura con mayor facilidad. Tozudo como una mula, quiso atravesar el camino corriendo... Se levantó sobre el talud y cayó con una bala en el muslo. La suerte quiso que yo fuera el segundo en intentarlo... Habiendo fracasado el saboyano, me tocaba a mí tentar la suerte. Atravesar un camino no es beberse el mar; sin embargo, los tres metros que me separaban de mi objetivo me parecieron infranqueables. Comencé a reptar pegado al suelo; con las mandíbulas cerradas para evitar el castañeteo de los dientes; el pico sujeto a mi cintura pesaba como una masa de plomo en mis riñones y en mi cabeza un solo pensamiento: cuando oigas la detonación, la bala estará muy lejos..., la bala estará muy lejos.

La punta de mis dedos tocaron la pared. Las detonaciones estallaron por todas partes. Me vieron demasiado tarde, había pasado y me levanté pegado a la pared. Un cabo de cuerda, acabado en un grueso nudo pendía por encima de la cerradura: el picaporte. Alargué el brazo y tiré, la puerta cedió, no estaba cerrada con llave. Quizá fuera una trampa. Quité el seguro a una de las granadas, empujé la puerta con todas mis fuerzas y lancé la piña. El fuego se tranquilizó. Los fusiles ametralladores de Ritter y de Otto dieron buena cuenta del enemigo. Algunos compañeros se reunieron conmigo y entramos en la casa. Sólo tenía dos plantas: una planta baja y un piso sin ninguna comunicación con el resto. Todo el mundo se convirtió en obrero de derribos y se demolieron los tabiques. Amanecía cuando la primera manzana de casas estaba completamente en nuestro poder. Intentamos salir a la calle, pero nos fue imposible; porque algunas armas automáticas muy bien emplazadas nos lo impidieron. Acompañado de una decena de compañeros, salí por donde había entrado y rodeamos la manzana de casas. Nos encontramos en una pequeña plaza de la cual arrancaba una calle. Uno de sus lados era nuestro, pero el otro estaba todavía en manos de los falangistas. La calle llegaba hasta el pie del castillo. Todo el pueblo parecía abandonado, ni un disparo saludó nuestra llegada a la plaza. Uno de nosotros salió corriendo. Una ráfaga lo tumbó en seco. Otro tomó el relevo y también cayó. La travesía prometía ser peligrosa.

14. La frase es de Pierre Corneille, pero literalmente dice: "Cette obscure clarté qui tombe des étoiles". (N. del T)

Scolari cogió un fusil de las manos de un camarada y desapareció en la casa de al lado. Jacques, el cineasta, me hizo señas para que le siguiera; rodeé la plaza pegado a las paredes. Cuando llegamos a la altura de la calle, salimos corriendo; un disparo... Habíamos pasado. Nos metimos en un inmueble, subimos las escaleras hasta el último piso y desde allí pasamos al tejado. Rompiendo bastantes tejas llegamos sin inconvenientes hasta el campanario. Jacques sacó una bandera rojinegra y la colocó en la cúspide.

Lo habíamos conseguido. Sorprendidos al darnos cuenta que nadie disparaba contra nosotros, descendimos tranquilamente hasta la iglesia desierta y después de asegurarnos de que nadie se escondía en su interior, descendimos al sótano. Pero allí nos aguardaba una sorpresa: tres soldados escondidos nos esperaban detrás de una estatua de mármol. Salieron de su escondite con los brazos en alto. Por ellos supimos que toda la guarnición recibió la orden de replegarse en el castillo y que la población había sido también retenida en los sótanos de la fortaleza, desde el comienzo del asedio.

Después de enviar a los prisioneros, que se habían entregado voluntariamente, a nuestro Puesto de Mando, me fui a registrar sistemáticamente todas las casas del pueblo. Todas tenían el aspecto de lugares abandonados a toda prisa: armarios abiertos, camas deshechas, ropa tirada por el suelo. Sólo una cosa se había hecho meticulosamente: la rapiña de todo lo que fuera comestible. No quedaba ni un pedazo de pan, ni un puñado de grano en los graneros. Y no digo nada de pollos y conejos, porque también brillaban por su ausencia. Únicamente los muertos testimoniaban que el pueblo había sido abandonado poco tiempo antes. La sangre derramada no estaba seca todavía. Lo recuerdo perfectamente, porque, al poner el pie en uno de esos charcos, resbalé y caí sobre una pequeña puerta muy baja que no había visto antes y que daba acceso a una escalera que bajaba hasta el sótano. Lo primero que vi fue un jamón colgado de la viga maestra. Sacar mi puñal, cortar y morder a grandes bocados en el pedazo que había cortado, lo hice en un santiamén. Cuando me saqué, hice el inventario: había varios jamones y una barrica o dos de vino. Descolgué dos jamones, llené mi cantimplora y salí de la casa, siendo acogido por los gritos de alegría de mis camaradas sorprendidos por ese botín inesperado. Ese día comimos como capitalistas: jamón al natural regado con un vino joven de la tierra que sólo pedía dejarse beber.

Una vez terminada la ocupación del pueblo, nos reunimos todos alrededor del castillo. Después de haber exhortado a la guarnición a que se rindiera para evitar una inútil efusión de sangre y recibir como respuesta una ráfaga, Otto, cansado de esperar, se puso a descubierto tratando de colocar una granada bajo el portón para hacerlo saltar. Vimos cómo se paraba en seco y caía... Scolari y otro compañero se lanzaron al rescate.

Para cubrirles desatamos un fuego infernal con todas nuestras armas escupiendo muerte. Scolari y su acompañante arrastraron el cuerpo hasta ponerlo a cubierto. Yo estaba demasiado lejos para verlo por mí mismo, pero alguien vino a decirme que estaba muerto: una bala en pleno corazón. Un poco más tarde las unidades del frente vinieron a relevarnos. «Han matado a Otto... Otto está muerto». La pérdida de mi amigo empañaba la alegría de la victoria. Con Scolari, Mario y Rittel, acompañé a los camilleros que iban a recoger a Otto. Queríamos ver por última vez el cadáver del que había sido nuestro compañero. Estaba allí, al pie de la escalera donde Scolari lo había dejado, tendido de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo como en un firmes horizontal. Pero sus ojos, completamente abiertos, se movían y nos miraban. Nos precipitamos sobre él. Un camillero desabotonó la chaquetilla y la camisa para examinar la herida: ni una gota de sangre. Sólo tenía, bajo la tetilla izquierda, una mancha azul, un hematoma tan grande como una moneda de duro. Eso era todo lo que tenía. Había estado desvanecido casi dos horas.

Cuando llegamos empezaba a poner pie en este mundo que nosotros creíamos que había dejado para siempre.

¿Misterios de la balística? ¿Bala defectuosa? ¿Ley impenetrable del destino? Estas preguntas me las planteé algunos años después, en 1944, cuando me enteré de su muerte, en los alrededores de Limoges, donde luchaba en las filas de la resistencia... Lo único importante en ese momento es que mi amigo alemán vivía todavía, que podría continuar tocando la armónica para nuestro deleite, acompañando los cantos de Mario, Ritter o García. Dos buenos tragos de coñac, generosamente ofrecido por los camilleros, lo pusieron casi de pie. Todavía un poco débil, se levantó apoyándose en nosotros y preguntó: «¿Se han rendido?»

Estas fueron las primeras palabras que pronunció. La bala que le había alcanzado, después de romper unas gafas, se había alojado en la cartera y allí se quedó.

En el pueblo habían tres coches abandonados. Cogimos uno y nos fuimos a dar una vuelta alrededor del castillo. Reíamos, cantábamos y chillábamos como chiquillos a quienes les han dado vacaciones o que hacen novillos. Sólo uno de nosotros sabía conducir: Ritter. Se sentó al volante, pero al cabo de un rato otro quiso probar a conducir. Todos estábamos muy contentos. Por turnos íbamos cogiendo el volante. Cuando me llegó la vez, el coche, que con los demás conductores se había portado dócilmente, comenzó a hacerse el borracho. Iba de izquierda a derecha y nosotros nos reíamos como locos. Por último, quizá enfadado por no llegar a meternos el miedo en el cuerpo, tomó súbitamente la decisión de dejar el camino y se acostó en la cuneta que lo bordeaba. Tuvimos que volver a pie.

En el Puesto de Mando nos aguardaba una sorpresa: Aznar, uno de los soldados que habíamos encontrado en la cripta de la iglesia, demostró que, antes de incorporarse al servicio militar, había militado en una organización obrera y se le había permitido quedarse con nosotros. Mientras comíamos nos explicó que todos los habitantes del pueblo estaban encerrados en los subterráneos del castillo y que los hombres en condiciones de llevar armas habían sido enrolados y participaban en la defensa de la plaza. Era uno de los servidores de la ametralladora que estaba colocada a la izquierda del punto en el que yo había atravesado el camino. Nos reveló que mi éxito se debió a que el ametrallador estaba convencido que sólo se trataba de una patrulla y que -una vez abatido Affinenghi- nadie se atrevería esa noche a aventurarse en el camino. Cuando volvió a ocupar su lugar, yo ya había pasado y nuestros fusiles ametralladores habían entrado en acción.

Esa noche nos acostamos muy tarde. Mario cantó sus viejas canciones napolitanas, Ritter las tirolesas y un compañero español recitó poemas de Federico García Lorca, acompañado a la armónica por Otto.

Nunca supe de qué modo la guarnición asediada pudo dejarnos plantados. Lo único que puedo decir es que, al amanecer, el portón se abrió y las mujeres, niños y ancianos del lugar salieron temblando de miedo.

Esa misma noche, nos marchamos para siempre de Siétamo, para ir a tomar posiciones a unos diez kilómetros de allí: en Loporzano. Este pueblo fue para mí sólo una escala de pocas horas. Y no valdría la pena mencionarlo, si no fuera porque, después de una noche de descanso, me desperté con un ligero dolor en la mandíbula: era la primera vez que me dolían las muelas.

Sariñena

Con una lógica totalmente militar, después de hacernos subir a diez kilómetros al norte de Siétamo, me dieron la orden de dirigir un camión de armas y municiones hacia el sur. Debíamos alcanzar Farlete por caminos que bordeaban la Sierra de Alcubierre, evitando en lo posible los pueblos y aldeas ocupados por las columnas del POUM o del PSUC que podrían requisarnos el camión.

Aznar, nuestra reciente adquisición, conducía mientras me hablaba de la vida de sitiado, diciéndome por enésima vez cómo, durante diez días, habían estado escuchando el menor ruido nocturno. Cómo, convencidos de que queríamos rendirles por hambre, relajaron la vigilancia y que después del paso de las patrullas, jugaban a cartas, lo que me permitió pasar a mí. Después de disparar sobre Affinenghi tenían la completa seguridad, al igual que las noches precedentes, de que iríamos a acostarnos llevándonos al herido.

A algunos kilómetros al sur de Siétamo, fuimos interceptados por un grupo de francotiradores que nos obligaron a dejar los caminos transitables y a circular campo a través. Los dos compañeros que viajaban atrás, habían sido heridos. Gracias a la valentía y a la sangre fría de Aznar, conseguimos deshacernos de ellos, pero en la huida nos perdimos. Al no conocer la región, nos vimos obligados a circular un poco a ciegas en dirección sudeste.

Un campanario se perfilaba en el horizonte cuando el motor comenzó a fallar y Aznar a jurar como un carretero: «me cago en dios y en su puta madre, hijos de puta de todos los santos...» y el camión se paró.

Nos habíamos quedado sin gasolina. Los dos compañeros heridos -sólo lo estaban superficialmente- y Aznar, me pidieron que fuera a buscar socorro. Según ellos, era el mejor andarín. Aznar debía quedarse para colocar explosivos en el camión y hacerlo saltar en caso de peligro. Una hora después llegué a Sariñena. Este pequeño pueblo era un feudo del POUM; sus milicias estaban organizadas siguiendo el modelo clásico de todos los ejércitos del mundo: la jerarquía reinaba sin discusión... Una vez en el Cuartel General, me dirigí al que estaba de plantón, el cual me envió al cabo, éste al sargento y así sucesivamente hasta el capitán que me hizo pasar a una gran sala diciéndome que esperara. El oficial que estaba al mando de la plaza se encontraba en una conferencia y el capitán no estaba autorizado para destacar a algunos hombres con un coche para transportar la gasolina necesaria. Mi dolor de muelas había comenzado de nuevo con gran furia: tenía la impresión de que me estaban hundiendo agujas en el cráneo a golpes de martillo. ¿Cuántas veces recorrí aquella habitación arriba y abajo? Nunca lo he sabido. Pero recuerdo que hundi una puerta de un cabezazo y me encontré en la sala de conferencias. Una docena de personas, sentadas alrededor de una mesa grande, se levantaron, sorprendidas por mi intrusión. Les grité que necesitaba gasolina para un camión y que quería hablar con el comandante de la plaza. Me rodearon y me preguntaron quién era y de dónde venía... El dolor se había calmado como por arte de magia.

Llovieron las órdenes. Monté en una moto y el motorista que la conducía salió volando a través del campo, seguido por un pequeño coche cargado de bidones. Esa misma noche dormimos en Sariñena y yo perdí mi primer molar.

Nuestro éxito en Siétamo era bien poca cosa en la prosecución de la guerra. Las noticias eran malas: Durruti se había marchado a Madrid atacado por las divisiones de Franco. Éste había tomado la jefatura tras la muerte del general Mola y la de Sanjurjo. En Sevilla, Queipo de Llano dirigía la ofensiva contra Málaga. En el norte (Asturias y el País Vasco); los combates continuaban.

En Pina me enteré que Durruti había sido asesinado por los comunistas en Madrid, delante de la ciudad universitaria. Ya me habían dicho que había muerto, pero me resistía a creerlo, porque desde que le conocí le creí perdido para siempre en diversas ocasiones... Sin embargo, esta vez fue la buena. Los comunistas no fallaron. Manzana lo reemplazó a la cabeza de la columna que ya empezaban a denominar «división», al igual que las centurias se habían transformado en compañías. Durante las primeras semanas, recorrimos el frente de Aragón desde la Sierra de Alcubierre a Velilla de Ebro. Patrullas de reconocimiento, golpes de mano alternados con estancias en Pina, donde de nuevo había establecido mi cuartel en casa de la tía Pascuala, siempre feliz de volver a verme en cada uno de mis regresos, como si fuera un hijo pródigo. Madeleine se había ido de nuevo a Barcelona. Su compañero, todavía hospitalizado, se reponía muy lentamente de sus heridas. Ella me añoraba. Según decía, sus compatriotas no llegaban a satisfacerla... Desgraciadamente para ella, en Pina yo dormía en casa de la Madre y ella con otra familia, así que nos era casi imposible encontrarnos solos el tiempo suficiente para saciar su hambre ... Entonces, ella se vengaba siguiéndome a todas partes durante todo el tiempo que yo permanecía en el sector. Allí donde yo iba, ella venía conmigo. A menudo estaba con Tarzán y Madeleine y yo dábamos la impresión de un matrimonio paseando al perrito. Las noticias que me traía de la capital catalana eran decepcionantes. La lucha por la conquista del poder entre las distintas facciones del campo republicano continuaba. La CNT formaba parte del gobierno con García Oliver y Federica Montseny. Esta participación en un gobierno, aunque fuera de coalición, para mí era una traición y la prueba de que nosotros no éramos todavía lo suficientemente clarividentes para darnos cuenta de que no debíamos aceptar los métodos de dirección de los partidos políticos, ni sentarnos a su mesa. Por el contrario, deberíamos, al tiempo que aportábamos nuestra colaboración en el esfuerzo de la guerra, permanecer independientes en el plano social para poder rechazar cualquier ley o reforma del sistema que estuviera en contra de las libertades esenciales de las masas productoras.

La reorganización de la columna en batallones, compañías, etc., marchaba a buen ritmo. A regañadientes, los compañeros aceptaban ser dirigidos por oficiales que, casi siempre, eran elegidos por la tropa o por el sindicato. En el grupo internacional esta transformación fue muy mal recibida, hasta el punto que desde Barcelona nos enviaron una comisión de militantes para tratar de convencernos de que aceptáramos, al menos en apariencia y sobre el papel, este nuevo estado de cosas.

María Ascaso formaba parte de la comisión. Vino a verme a Velilla de Ebro para entregarme un cartón de cigarrillos franceses y reprocharme que no hubiera estado en la reunión que había tenido lugar en el

Puesto de Mando de la división, la cual tenía como objetivo persuadirnos para que nos plegáramos, al menos en apariencia, a las exigencias de la nueva estructura de las fuerzas armadas republicanas. Recuerdo que estuvimos discutiendo toda una tarde. Ella intentando probar que teníamos necesidad de tranquilizar a las naciones democráticas, como Francia o Inglaterra, haciéndoles creer que defendíamos la república y que disponíamos de un ejército fuerte y disciplinado listo para defender la forma de sociedad vigente en su territorio. Por mi parte, intenté hacerle comprender que nosotros éramos un grupo de francotiradores con nuestros propios reglamentos y que éramos mucho más eficaces permaneciendo al margen del ejército.

Llegué a persuadirla de que tenía razón; pero mi victoria fue corta. La mayoría de los componentes del grupo se plegaron a las sugerencias de la comisión de propaganda, que regresó a Barcelona orgullosa de haber llevado a buen puerto la misión. El único resultado tangible de la militarización fue que casi todos los alemanes y una buena parte de franceses e italianos, nos dejaron para ir a engrosar las filas de las brigadas en Albacete...

El asesinato de Durruti había debilitado seriamente mi ardor combativo. Con mis amigos Scolari, Giua, Otto, Mario y Ritter, formábamos un pequeño núcleo refractario a la militarización y a la disciplina que ello llevaba aparejada. Pablo sabía que podía contar con nosotros para misiones peligrosas, a condición de que no nos pidiera que hiciéramos aquello que siempre nos habíamos negado hacer, incluso al precio de nuestra libertad o de nuestro bienestar material. Casi todos éramos insumisos o desertores...

El éxodo de los compañeros hacia las Brigadas Internacionales había reducido los efectivos a casi la mitad. Pablo decidió enviarme a Barcelona para reclutar voluntarios que engrosaran nuestras filas: italianos, franceses y otros que se encontraban en la capital de Cataluña. Giua, Ritter y Otto me acompañaron.

Barcelona: mayo de 1937

En cuanto Madeleine supo que tenía que ir a la retaguardia, dejó de interesarle su estancia en Pina (los continuos desplazamientos del grupo no nos habían permitido prácticamente encontrarnos solos como ella hubiera deseado...) y comunicó a Pablo que su marido la reclamaba a la cabecera de su cama y que se marchaba con nosotros.

El sindicato había organizado para ella un apartamento en una calle próxima a la diagonal, la arteria más larga de la ciudad que formaba parte del barrio más lujoso antes de la insurrección. Me convenció para que me quedara en este apartamento durante mi estancia en la ciudad. Esto hizo que estuviera lejos del centro y de los enfrentamientos que se produjeron algunos días más tarde entre los partidarios del Partido Comunista por un lado y la CNT y el POUM por el otro.

Una vez cerrada la puerta del apartamento, Madeleine soltó su equipaje y, volviéndose hacia mí, me tomó en sus brazos diciéndome en voz baja: «Al fin solos». En aquella época me pregunté muchas veces qué tenía aquella mujer en la sangre, qué era lo que la impulsaba a reclamar caricias, besos... ¿Sentía quizá inconscientemente que sus días estaban contados? ¿Que tan sólo le quedaban algunos meses para disfrutar de la vida? Ignoro si era la premonición de un fin próximo u otra razón cualquiera, pero sí estoy seguro de que era insaciable. En aquel apartamento practicamos el nudismo integral: con frecuencia, cuando no estábamos en la misma habitación, me llamaba:

-«Tony, ven ...»

-¿Qué quieres?

-Ven.

Cuando estaba a su lado me decía, en un susurro:

«Acaríciame, querido.» Obedecía a su demanda con gran placer, porque me gustaba su piel tibia y dulce.

Los primeros días pasaron como por ensalmo. Una tarde llamaron a la puerta. Era su hijo, un joven de quince o dieciséis años: venía de Francia. Su presencia nos obligó, devolviéndonos a la realidad de la vida, a salir y a volver a tomar contacto con el mundo exterior.

Barcelona estaba en efervescencia: la lucha por el poder entre las distintas organizaciones estaba en su apogeo. El asesinato de Durruti había enervado a los anarquistas. Disparos y bombas estallaban aquí y allá por toda la ciudad. Las policías del partido comunista, de la CNT, del PSUC y del POUM patrullaban la ciudad y controlaban a los transeúntes. He dicho policías y así era, porque si el PC tenía su policía secreta, calcada del modelo ruso, la CNT y las otras organizaciones políticas habían organizado patrullas de control para luchar contra la quinta columna. El que cada organización tuviera su policía particular no resolvía las cosas para nadie.

Una mañana me encontré con Berneri en el sindicato. Como teníamos prisa por acabar de tomar contactos para el reclutamiento de los voluntarios, nos citamos para el día siguiente a «media tarde». Nunca lo volvería a ver. Por la noche me comunicaron que los comunistas habían ocupado la «Telefónica» y que Berneri había sido asesinado junto a su amigo Barbieri en la «Generalidad», a donde habían sido llamados.¹⁵

Después de Durruti, Berneri..., los comunistas, partidarios del poder absoluto, apartaban de forma definitiva y radical, a todos aquellos que podían oponerse a su hegemonía sobre las masas populares. Comunismo: nueva religión que tiene a Marx y a Lenin como Dios bicéfalo y a Stalin como profeta, tan fanáticos como los cristianos o los musulmanes de la Edad Media, con su inquisición, su despiadada policía... Los comunistas, que no admiten que sus dogmas sean cuestionados, ni que se puedan tener ideas o puntos de vista más liberales o más revolucionarios que los suyos. Siempre dispuestos a detener un movimiento cuando éste amenaza con escapar a su control y transformarse en revolución autogestionaria (como Maurice Thorez en Francia, en 1936, con su slogan: «es necesario saber detener una huelga») . Porque para los comunistas; las masas obreras y campesinas tienen la obligación de obedecer a la dirección y los individuos sólo pueden expresarse según la línea trazada por la dirección del partido.

Por Alexandre Staradoff supe cómo, después de haber buscado la alianza de Nestor Mackno, cuando éste con sus compañeros libertarios hubieron derrotado a los ejércitos de Wrangel y Denikin y los hubieron expulsado de Ucrania, los comunistas atacaron su campamento por sorpresa... Mackno pudo huir y refugiarse en Francia. Staradoff fue hecho prisionero y deportado a Siberia. De su estancia en las minas de sal sólo le quedaba un recuerdo: dos brazaletes alrededor de las muñecas y de los tobillos. Los deportados trabajaban encadenados. El polvo de sal, deslizándose entre el hierro y la carne, quemó la piel y dejó marcados dos círculos blancuzcos en los lugares donde llevaba los grilletes.

Ese día, Madeleine y yo fuimos a reunirnos con los compañeros que luchaban en la ciudad. Las barricadas cerraban determinadas encrucijadas. Bajando hacia el centro, nos detuvimos en la sede del grupo alemán «Spartacus», delante de la cual estaban arrancando los adoquines de la calzada para levantar una barricada. Mi compañera conocía mucha gente allí y me pidió que nos uniéramos a ese grupo. Para mí, estar allí o en otra parte me era indiferente. La muerte de Berneri me había quitado las ganas y el deseo de hacer nada, incluso de luchar. Para mí, la guerra revolucionaria estaba acabada y perdida...

Madeleine me presentó a varios de sus compatriotas. Como no dejaba de anunciar que era un superviviente de Perdiguera y que había estado en Siétamo (el film rodado por Jacques se proyectaba en los cines de Barcelona), fui acogido amistosamente por aquellos que hablaban francés o castellano.

Entre los nombres de los compañeros que ella me presentó, uno llamó mi atención: Einstein. Era un hombre de cierta edad con el cabello entrecano. Estuvimos charlando durante un buen rato ante un mapa de la ciudad que estaba estudiando, en una habitación que le servía de oficina. Al separarme de él me acordé de «La Teoría de la relatividad» y le pregunté a mi compañera si él era quien la había formulado. Me respondió que era su hermano.

15. Aquí de nuevo la memoria falla, aunque en este caso Antoine sería inducido por alguno de los múltiples rumores que se extendieron por la ciudad en un hecho tan crítico como la semana sangrienta de mayo de 1937. En realidad, Berneri y Barbieri fueron detenidos en su casa de la plaza del Ángel de Barcelona por la policía del PSUC y posteriormente asesinados en alguna checka de la ciudad. El cuerpo de Berneri fue encontrado en la plaza de San Jaime y el de Barbieri en las Ramblas. (N. del T)

Algunos años más tarde supe que se suicidó para evitar que los colaboracionistas Leval y Petain lo entregaran a Hitler.

Uno o dos días transcurrieron así: intercambio de disparos con los «Guardias de asalto» que ocupaban un inmueble frente a nuestro refugio, escuchando la radio que difundía los discursos y las llamadas a la calma de los dirigentes de las distintas organizaciones políticas y discutiendo sobre la posibilidad de que llegaran a Barcelona dos Centurias, que los rumores que circulaban afirmaban que se habían puesto en movimiento desde el frente de Aragón hacia Cataluña, para hacer fracasar el golpe de mano de los comunistas.

Luego escuchamos las patéticas intervenciones de García Oliver y Federica Montseny pidiendo a los libertarios de la CNT que depusieran las armas.

Soledad

Cuando volví a casa con Madeleine estaba completamente hastiado, descorazonado..., sin saber qué hacer: ¿volver al frente...?, ¿irme de España? Al ver mi estado, mi amiga derrochó imaginación y afecto para subirme la moral y convencerme de que me quedara con ella. Temiendo verme tentado a llevar a cabo gestos tan violentos como inútiles, no me dejaba ni a sol ni a sombra. Para distraerme, organizó veladas en las cuales recibía a sus amigas, casi todas empleadas en el hospital donde su marido se restablecía.

También me forzó a hacer excursiones por el campo catalán, unas veces en grupo y otras solos como dos enamorados en busca de soledad.

Entre las enfermeras con las que había trabado amistad, había una realmente divertida. Siempre riendo o haciendo bromas; daba la impresión que para ella la vida era un cachondeo... No era guapa: su cara regordeta hacía pensar en un dibujo inacabado; sus ojos eran redondos como bolas y tenía una nariz minúscula, ligeramente respingona. Sólo su boca, con los labios carnosos de un rojo intenso daba la impresión de una cosa bien hecha. Pero no podría jurarlo porque no recuerdo haberla visto nunca cerrada. Creo que incluso durmiendo debía estar riendo o hablando. Su talante burlón no excluía a nadie, ni mucho menos a mí: para ella no era más que un soñador que estaba en las nubes, incapaz de darme cuenta de la sórdida realidad de la vida.

Desprovista de toda confianza en la humanidad, convencida de que los seres humanos son abúlicos, incapaces de razonar lógicamente, perezosos intelectualmente y siempre dispuestos a seguir ciegamente al primer pícaro que les promete la luna, al igual que un rebaño de corderos sigue al pastor que los conduce al matadero, ella mostraba un desprecio absoluto por todo aquello que era convencional, escandalizando a todos los que la frecuentaban por sus réplicas, a menudo hirientes para el amor propio de aquellos que la escuchaban. Tendría entre treinta y treinta y cinco años. Su nombre era Soledad... Soledad... Ese nombre le venía como anillo al dedo.

Según Madeleine, estaba moralmente sola, pero era muy culta. Hablaba cuatro idiomas, además del castellano y repartía su vida entre su trabajo y el estudio, indiferente al bienestar material y a la mayor parte de cosas que despiertan el interés de las mujeres. Soledad afirmaba que las únicas inquietudes y necesidades del ser humano eran comer, beber, dormir y hacer el amor.

Un día, Madeleine se vio obligada a marcharse de buena mañana con dos de sus amigas y su hijo para ir a confiarlo a unos campesinos de los alrededores de Barcelona. Estaba, pues, solo en casa, cuando llamaron a la puerta: era Soledad.

-Madeleine no está -le dije.

-Ya lo sé, ha sido ella quien me ha dicho que hoy te quedabas solo. Estoy de descanso y no tengo nada que hacer en todo el día, así que Madeleine, al saberlo, me ha pedido que viniera a charlar contigo.

Mientras hablaba, cerró la puerta y dio una vuelta de llave. «Así no nos molestarán, dijo, quiero hablar francamente contigo.»

Estaba aterrado... No podía ponerla de patitas en la calle. No me atrevía a decirle que se callara o que se fuera y me dejara saborear en paz algunas horas de soledad.

Su verborrea derramaba incansablemente su música. Mientras preparaba la comida, me puso al corriente de todos los chismes del hospital, de la salud de los enfermos y de los heridos que llegaban del frente...

Después de servir el café se cayó. Sorprendido por su silencio, levanté la mirada: con los codos sobre la mesa me observaba sonriente.

-Te toca hablar a ti, pero apuesto a que eres incapaz de decirme alguna cosa sobre lo que he dicho, aparte, quizá, de decirme que te he destrozado los oídos. He venido para preguntarte algo.

-¡Ah! ¡Sí! ¿Qué?

-¿Qué piensas tú de la discusión de anoche?

Efectivamente, Soledad afirmó, en una discusión sobre la juventud, que los padres no tenían ningún derecho sobre su progenie, únicamente deberes, porque los progenitores no piensan nunca en la vida que les espera a sus hijos en este mundo. Su teoría era la siguiente: las parejas hacen el amor para su propio placer y por necesidad fisiológica. Nuestra constitución biológica, como la de cualquier ser vivo sobre la tierra, está estructurada de esa forma para asegurar la continuidad de la especie. A lo largo de la historia, el hombre ha evolucionado y se ha liberado de muchas coacciones morales y de peligros materiales; ha definido y edificado la sociedad actual basada en la ley del más fuerte. Todos los conocimientos relativos al control de la natalidad están prohibidos y son castigados por el código penal y por los dogmas de la iglesia. Cuantos más seres humanos hay sobre la tierra, más grande es la miseria y mucho mayor la posibilidad, para los poderosos, de reclutar mano de obra barata y policías para controlar a los descamisados y reprimir, en caso necesario, cualquier intento de revuelta.

Traemos niños al mundo para que pueda perpetuarse la esclavitud del hombre por el hombre..., y desearíamos que nos estuvieran agradecidos por una existencia de servidumbre, en una sociedad basada en la explotación de la mayoría productiva por una minoría hipócrita, que nos domina apoyándose en la ignorancia y en la fuerza de su aparato represivo. Los niños de las clases proletarias no deben nada a sus padres, porque éstos no se han preocupado de reflexionar sobre las condiciones de vida que les van a proporcionar. Únicamente han sido estimulados por el placer de follar..., y por el orgullo de perpetuar la especie. Después de reflexionar un instante, respondí a su pregunta:

-Creo que tienes mucha razón..., pero, debo confesar que no me había planteado la cuestión antes de que tú la pusieras sobre el tapete.

-Escucha Tony, Madeleine me ha dicho que quieres marcharte de España... La guerra aún no ha terminado. Todavía podemos ganarla, a pesar de los reveses sufridos. Comprendo que estés disgustado a causa de todos esos muertos, por esos combates despiadados para conquistar el poder. Te tomas demasiado a pecho tus sueños de Justicia y de Amor universal. Recuerda que en el curso de la historia de la humanidad, las revoluciones sólo han servido para adquirir el reconocimiento de algunos derechos para los individuos. El hecho de perder o ganar no influirá gran cosa en las estructuras de nuestra sociedad. Mientras la ignorancia siga siendo el patrimonio de las masas, éstas tendrán amos. Todos, sean falangistas, socialistas o comunistas, hablan en nombre de la libertad de los pueblos, pero en realidad sólo piensan en sus intereses particulares, en la posibilidad de conservar o conquistar privilegios.

Quédate con nosotros, sin hacerte ilusiones. La lucha continúa y seguirá siempre sea quien sea el vencedor. Desde la noche de los tiempos, los hombres luchan por conquistar la Libertad y la Justicia. Pero, en el momento en que una fracción cualquiera toma el poder, se transforma de inmediato en fuerza de represión para conservar los privilegios adquiridos por algunos individuos y la lucha vuelve a empezar, generación tras generación, hacia esa quimera que se llama Anarquía.

Toda la tarde la pasamos discutiendo. Nos habíamos olvidado completamente de Madeleine que debía volver a «media tarde», cuando su voz sonó en el vestíbulo:

-¿Qué estáis haciendo? ¿Discutir? -Había abierto la puerta con su llave y no habíamos oído nada. Tony, si todavía te quedan fuerzas, ven a ayudarme. Soledad protestó riendo: «Tony está probablemente más descansado que esta mañana.»

La liberamos de los paquetes y desapareció en la habitación para reaparecer algunos instantes más tarde vestida en traje de Eva antes del pecado.

Hacía meses que era mi amante y, sin embargo, cada vez que se me presentaba de esa guisa, sin ropa, con su rostro tendido hacia mí y la mirada llena de ternura, una llamarada de deseo siempre renovada me inundaba y corría por mis venas como un torrente de lava por las laderas de un volcán. Ignoraba el grado de intimidad que existía entre mi amiga y Soledad. Las miraba estupefacto, sin saber qué actitud tomar. Riéndose de mi sorpresa, deshizo el cordón de mi albornoz y lo deslizó por mi espalda diciendo a su compañera:

-«¿Quieres que Tony te ayude a ponerte cómoda?»

No soy un exhibicionista y la presencia de Soledad inhibía el deseo que Madeleine despertaba en mí. Nervioso, le dije que lo dejara estar y que no molestara a su compañera y me volví para recoger el albornoz. Pero Madeleine me retuvo, diciéndome: «Mira qué bella es.»

Soledad se había quitado la blusa. No llevaba sujetador ni combinación. La falda y las bragas fueron a reunirse con la otra pieza de su ropa en la silla donde la había dejado. Sole era más delgada que Madeleine: ligeramente más alta, de piernas largas y el vientre plano de deportista, tenía unos senos pequeños... La naturaleza había tenido éxito en el cuerpo, pero falló con el rostro. Enlazadas por el talle, me miraban sonriendo, luego, Madeleine se separó de su amiga y cogiéndome por el cuello me dijo: «Acaríame, querido, acaríame...»

Sentí dos brazos que me rodeaban la cintura y me encontré en el suelo, tendido de espaldas. Fue una noche alucinante de juegos eróticos, una orgía de caricias, besos... Mis dos compañeras estaban desenfrenadas y eran insaciables. En ocasiones, Soledad se retiraba de la justa y me servía de beber.

Cuando me desperté, Madeleine y Soledad aún dormían. Tenían sus muslos encima de mis piernas y sus brazos abrazaban mi pecho. Estábamos acostados de través en la cama: nunca supe, ni tampoco ellas, en qué momento pasamos del comedor a la habitación. El movimiento que hice para liberarme las despertó:

-Querido, no te vayas...

Me dolía la cabeza, tenía la boca pastosa y la impresión de tener un abismo en lugar de estómago. Se lo expliqué mientras me levantaba para ir a la cocina, pero ellas acudieron casi de inmediato para obligarme a sentarme en un sillón del salón. Me sorprendió, porque esto no formaba parte de nuestros hábitos. Cuando había algo que hacer, nos ayudábamos en caso de necesidad y en la medida de nuestras posibilidades o bien nos quedábamos cerca el uno del otro para charlar...

Después de satisfacer nuestros estómagos me di cuenta de que mis amigas parecían preocupadas. Sole guardaba un extraño silencio y Madeleine no reclamaba besos ni caricias, lo cual no respondía a su temperamento. Al menos hasta donde yo la conocía.

-¿Qué os pasa? ¿Estáis enfadadas conmigo? ¿Qué os he hecho yo?

Sole se levantó sin decir palabra y se fue a buscar un papel en un cajón de la cómoda. Era una carta de Pablo que me pedía que me reuniera con el grupo lo más pronto posible. Lorenzo Giua había entregado la carta a Madeleine después de recogerla de la sede de la CNT a donde había sido enviada. En lugar de entregármela, habló con Soledad y de común acuerdo decidieron organizar la locura nocturna que acabábamos de pasar.

-¿Qué piensas hacer?

No sabía qué responder. El recuerdo de Durruti, Berneri y Barbieri asesinados, de docenas de compañeros abatidos por los disparos de los fanáticos del poder o desaparecidos en las mazmorras de la GPU, me quitaban las ganas de seguir luchando. ¿Para qué seguir? Las masas eran como rebaños de corderos rabiosos que se masacran entre ellos, incapaces de razonar con su propio cerebro y yendo detrás de los mercaderes de viento de la política, sin darse cuenta que éstos se sirven de ellas para alcanzar o conservar el poder que les permite continuar explotándolas. Sentía como en un sueño la tibieza de los dos cuerpos de mujer contra el mío, cuatro manos que recorrían mi cuerpo cubriéndolo de caricias.

-¿Qué piensas hacer?

-Me quedo.

El día trascurrió apaciblemente. Soledad me confesó que había mezclado un afrodisíaco con el Málaga que me servía en los intervalos amorosos. Ahora lamento haber perdido la lista de componentes de ese estimulante erótico, hecho exclusivamente con hierbas y raíces y que ella misma elaboraba.

Inducido por mi convicción de que la revolución estaba perdida, al menos para los libertarios, decidí quedarme en Barcelona con mis compañeras y buscar un empleo (el trabajo no faltaba) que me permitiera sobrevivir.

La llegada imprevista de Lorenzo acompañado de Georges y Alfred, dos de mis amigos que había encontrado en el sindicato, donde esperaban el momento de salir para el frente, echó mis planes por tierra. Jo y Fredy habían llegado en un convoy de voluntarios para las Brigadas; pero estando al corriente de mis simpatías, trataron de recabar noticias mías a través de la CNT. Cuando supieron que Lorenzo formaba parte del grupo Internacional de la columna Durruti, le preguntaron si me conocía y, ni corto ni perezoso, Lorenzo les acompañó a casa de Madeleine con la esperanza de encontrarme allí.

Dos días después nos encontrábamos en un camión que rodaba hacia las altas llanuras de Aragón. A todos mis argumentos respondieron que deseaban conocer los resultados de la revolución y la forma de luchar de las milicias republicanas. Cerraron la discusión recitando el discurso de Cyrano:

«¿Qué decís?... ¿Qué es inútil? Ya lo sé.

Pero no se lucha por la esperanza del éxito.

No. No, es mucho mejor cuando es inútil».

Quinto de Ebro

Diez meses después del comienzo de la guerra, habíamos conseguido detener el avance franquista a las puertas de Madrid y la batalla de Guadalajara había sido un éxito; sin embargo, los ejércitos fascistas ocupaban las tres cuartas partes del territorio: el armamento italo-alemán, infinitamente superior para las tropas de infantería, se veía reforzado por la aviación italo-alemana que casi siempre decía la última palabra, a pesar del coraje y el espíritu de iniciativa de los combatientes republicanos.

Entre nosotros se hablaba mucho de la ayuda rusa en armas y municiones, pero he de reconocer que, a finales de julio de 1937, en el sector del frente donde yo estaba, nada habíamos visto. Con una única diferencia: los fusiles de caza fueron enviados al museo y reemplazados por fusiles de guerra Winchester y Lebel. Los primeros llegaron de México y los otros de Francia... Nuestras ametralladoras procedían de la primera guerra mundial.

Todo esto no nos impedía tener confianza. Con la revolución perdida, todavía podíamos esperar ganar la guerra. Para muchos de nosotros, a esta esperanza se unía otra razón para continuar el combate: el odio que sentíamos por los autores de las masacres de Badajoz, Málaga... por aquellos que habían arrasado Guernica y bombardeado los pueblos y ciudades con aviones suministrados por Hitler y Mussolini.

La vuelta al frente de Aragón con mis amigos me sumergió en esta atmósfera de lucha y rabia contenida que reinaba entre los milicianos que combatían en primera línea. La militarización de las centurias tuvo como resultado dejar al sector en una calma absoluta. Las unidades regulares no llevaban a cabo ninguna acción que no estuviera ordenada por el Cuartel General: Relevados de los turnos de guardia o de las marchas de entrenamiento, todo el mundo tascaba el freno esperando el momento de lanzarse al asalto. El grupo escapó un poco a la regla general: con mucha frecuencia nos encargábamos de misiones de reconocimiento y sólo una vez hicimos un intento de atacar Quinto de Ebro.

Desde Velilla, donde atravesamos el río, nos dirigimos hacia el pueblo esperando sorprenderlos, pero fracasamos. El único recuerdo que conservo de estas veinticuatro horas es el grito que lanzó un hombre herido de muerte y que todavía me parece oír cuando, en un cine o en la televisión, veo un film de guerra en el que se ve a hombres caer en el campo de batalla.

«Mamá... Mamá...», este nombre lanzado a través del espacio como una última llamada de socorro, o bien murmurado en un último suspiro, ¿cuántas veces lo he oído? .

No lo sé. Sin embargo, me acuerdo de aquél, quizá porque el día era estupendo o porque se creía que, tras una primera escaramuza, terminada hacía rato, ya no se corría ningún peligro y que el ruido de la guerra había cesado.

Un poco detrás de nuestras líneas, echados por tierra, Lorenzo y yo observábamos las posiciones enemigas. Nada se movía... El sol, casi en su cenit, inundaba la llanura con sus ardientes rayos, adormeciendo a los hombres fatigados por una noche en vela. Luego estalló ese grito, violento y desesperado, rompiendo la magia del momento y devolviéndonos a la realidad. El silencio volvió a caer sobre nosotros preñado de amenazas y peligros.

Un hombre había muerto: después de atravesar Italia, Francia y una buena parte de España, se encontró con la muerte en las tierras de Aragón. Dije que era el único recuerdo de esta expedición, pero no estaba en lo cierto: otro llama a mi memoria. Algunas horas más tarde, después de haber sido relevados de nuestro puesto de observación, nos reponíamos de la postura en posición horizontal que habíamos mantenido durante un buen rato, realizando algunos movimientos gimnásticos, cuando oímos un ruido lejano de motores: los aviones.

Tres aparatos se aproximaban: las «Tres Marías» que venían de Zaragoza. Llegaban para ayudar a la infantería que defendía Quinto... Era la primera vez que veía los aviones en acción. Había oído hablar mucho de «las Tres Marías» que surcaban el cielo, bombardeando en ocasiones nuestras líneas, pero nunca me había tropezado con ellas en las primeras posiciones. Tendidos de espaldas, con los ojos fijos en los tres ingenios volantes, los veíamos avanzar. Después de describir un gran círculo por encima de nosotros, comenzaron su trabajo desde un extremo de nuestro dispositivo: observábamos el brillo de las bombas, al reflejar los rayos del sol, mientras caían, antes de que estallaran al contacto con el suelo con un ruido de trueno.

Los aviones venían hacia nosotros formando un triángulo y liberándose de la carga que los lastraba. Ya están encima de nosotros... Un rayo plateado cayó sobre el lugar que ocupábamos con un silbido agudo... Cerré los ojos y oí un choque sordo. Cuando los volví a abrir, Lorenzo me estaba mirando, luego se volvió para mirar a nuestras espaldas. Yo hice lo propio. Allí estaba la bomba, a menos de un metro de nosotros, clavada en tierra, con sus aletas aún vibrantes. Sin intercambiar palabra, presos de un miedo cerval, nos pusimos de pie de un salto y huimos lejos a toda velocidad.

Al día siguiente, de vuelta en Velilla, contamos a los amigos nuestra aventura. El miedo que habíamos pasado nos hacía reír como locos. Lorenzo propuso a Pablo que reemplazara a los correos a caballo del grupo y al motorista por una pareja de agentes de enlace, capaces de ganar corriendo a cualquiera, ya que, según decía, nosotros habíamos batido todas las marcas de carreras a pie desde la antigüedad a nuestros días. Su forma de contarlo y de tomarnos a guasa era tan jocoso que yo era el primero en reír a carcajadas.

Esta operación fue la única de una cierta importancia que Pablo puso en marcha algunos días después de nuestra vuelta al frente. Se saldó con un fracaso.

Conchita, Asunción, Rosita

Cuando volvimos a Farlete, donde continuamos haciendo vida de pachá, disfrutamos de unas auténticas vacaciones, salpicadas en ocasiones con paseos nocturnos a las posiciones enemigas. Una suerte insólita parecía acompañarnos a mis amigos y a mí. Volvíamos de nuestras expediciones sin contratiempos y a veces con botines de guerra: armas de origen alemán o italiano.

En cierta ocasión, trajimos con nosotros a cuatro jóvenes. Habíamos salido, con un muchacho español oriundo de los alrededores de Zaragoza, con la misión de reconocer las posiciones y la fuerza real de una concentración de artillería que le había sido señalada al Cuartel General. Todo fue a pedir de boca, salvo un pequeño detalle: el amanecer nos sorprendió en el camino de regreso. No teníamos más remedio que

escondernos y esperar a que oscureciera. Nuestro guía nos condujo a una pequeña llanura cubierta de tomillo, romero y retama; a lo lejos se divisaban los techos de una granja. El compañero nos dijo que tenía muchas ganas de abrazar a su madre que vivía en una de las casas que se divisaban desde allí y que volvería por la noche. Se marchó, después de desembarazarse del armamento pesado: fusiles y granadas...

Nunca se me había hecho tan larga una jornada: todos nuestros sentidos estaban alerta. El menor ruido o la sombra de un pájaro nos sobresaltaba. Nuestros nervios estaban a punto de estallar; no obstante, todo permaneció tranquilo. El sol continuó su marcha hacia el cenit, aunque demasiado lento para nuestro gusto. La tarde transcurrió un poco mejor, al menos para mí, porque después de comer algunas galletas y haber vaciado mi cantimplora, me adormecí. Cuando me desperté, el sol estaba muy bajo, casi en el ocaso. Pronto podríamos volver a ponernos en marcha.

La noche cubrió la tierra de tinieblas. Ya más seguros, decidimos esperar a nuestro camarada durante una hora antes de reemprender el camino. Estábamos a punto de marcharnos cuando apareció; pero no venía solo: cuatro muchachos adolescentes le acompañaban cargados con ropa. Nuestro guía nos explicó que eran familiares suyos que deseaban pasar a nuestras líneas. Antes del amanecer llegamos a nuestra base.

Una sorpresa nos aguardaba al día siguiente: vimos a nuestro guía pasearse, orgulloso como Artaban, del brazo de una muchacha estupenda que nos presentó como su mujer. Le acompañaban también tres chicas más jóvenes: dos cuñadas y una prima. Los cuatro jóvenes que creímos que eran muchachos, eran en realidad cuatro chicas; nos había ocultado su sexo por temor a que nos negáramos a traerlas con nosotros a causa de los peligros que podríamos encontrar en nuestro camino. Festejamos el éxito de su plan riéndonos de su astucia y de nuestra ingenuidad, porque ninguno sospechó la verdadera identidad de nuestros compañeros de la víspera.

A partir de entonces nos hicimos inseparables. Una extraña amistad nació entre nosotros, hecha de ternura, confianza y, por nuestra parte, de respeto por su juventud. Nos esforzamos, en nuestros propósitos y en los gestos, de no turbarlas, ni de dejarles ver que a nuestros ojos eran mujeres: las tratamos como si fueran chiquillas.

...Conchita, Asunción, Rosita ... 16, 18, 19 años.

Desde el principio, de común acuerdo, tomamos una decisión: las pequeñas debían ser para nosotros únicamente compañeras, jóvenes camaradas... Nos juramos no aprovecharnos del afecto que ellas nos manifestaban con una espontaneidad realmente conmovedora, especialmente desde que Francisco, su cuñado y primo, acompañado de su mujer Pilar, se reintegró a su unidad. En ocasiones nos esperaban durante toda la noche. Cuando estábamos de servicio, nos seguían a los lugares de entrenamiento, esforzándose en realizar los mismos ejercicios que nosotros con tal voluntad que pronto supieron servirse de un fusil o de una pistola, lanzar granadas o deslizarse reptando a través de los matorrales.

Del mismo modo que durante las horas de trabajo se mostraban tranquilas, serias y aplicadas, cuando terminábamos el entrenamiento y tomábamos el camino de vuelta se volvían alegres y bromistas, riéndose por cualquier cosa. Disputaban entre sí para tener el placer de agazaparse entre nosotros, llamándonos en su ayuda y así tener ocasión de estallar en carcajadas.

¿Cuántas veces nos paseamos alrededor de Farlete o de Pina?

A veces Otto, Ritter o Mario se unían a nosotros. Ellas los asaltaban a preguntas sobre su país o su familia. Ellos respondían con risas y en ocasiones se burlaban de ellas..., sobre todo Mario. En cierta ocasión, no recuerdo cuál de ellas, le preguntó cómo se llamaba. Mario respondió: «Niña, yo no me llamo. Cuando la gente me necesita, me llaman Mario».

Otra vez, discutíamos sobre la sinceridad de las opiniones políticas de un compañero. Mario, después de escuchar en silencio nuestros argumentos, sacó de su mochila una botella cuidadosamente tapada y nos preguntó sobre su contenido. En la etiqueta estaba escrito: «Coñac», con tres estrellas. La botella parecía nueva. El tapón apenas había rozado el gollete y respondimos: «Es coñac».

Muy serio, quitó el tapón y le tendió la botella a las muchachas, diciendo: «Honremos a las damas, gustad las primeras».

Conchita, más rápida, se apoderó de ella y se la llevó la boca.:

-¡Es agua! -exclamó.

-Sí, es agua. Pues bien, los hombres son como esta botella. Su primer contenido fue coñac, después se llenó de vino y ahora contiene agua. La etiqueta se ha conservado, pero podríamos haberla cambiado... Algo similar sucede con los hombres. Cambian a lo largo de su vida. Ciertos revolucionarios de hoy serán conservadores mañana, si su condición económica cambia... Algunos cambian de etiqueta, otros de contenido ideológico, en caso de que esté en juego su interés personal. No se puede decir que un individuo ha continuado siendo fiel a su primer Ideal antes de su muerte. Sólo en ese momento se puede juzgar si ha traicionado o respetado sus ideas, porque se sabrá cómo ha vivido. Entre la fauna humana, hay una especie muy peligrosa para las clases obreras y campesinas: el hombre político. El político de izquierdas, aquél que nos pide nuestro apoyo para conquistar el poder y que, una vez en el gobierno, se olvida de sus promesas y se convierte en el más firme defensor de los privilegios que antaño combatía. Un proletario que milita en un movimiento revolucionario para conquistar su derecho a una vida más cómoda, si por azar se convierte en patrón o rentista, se transforma en burgués conservador...

Los partidos políticos siguen el mismo camino: republicanos, socialistas o comunistas, desde el momento que son mayoritarios y toman la dirección de un país, se olvidan de su objetivo original para convertirse en los más duros defensores del régimen que combatían cuando se encontraban fuera del equipo dirigente. Mussolini, socialista, impaciente por tomar el poder, se vende al capitalismo y, gracias a la apatía de los elegidos por el pueblo, impone la dictadura en Italia... Léon Blum, un socialista que está al frente del gobierno francés, consigue que se decrete la ley de no intervención, pero permite que Hitler y Mussolini envíen sus ejércitos a España. El poder corrompe a los hombres y a las Ideas. El socialismo de Jaurés no es el mismo que el de Blum. Los republicanos de la Comuna no tenían los mismos objetivos que los de la Tercera República. Los revolucionarios se transforman en feroces conservadores o en reaccionarios. Los campesinos y los obreros deben arrancarles, migaja a migaja, sus derechos al bienestar y a la Libertad...

Kropotkin, Reclus o Pietro Gori renunciaron a los privilegios de su clase para defender y propagar ese Ideal de igualdad y libertad total que nosotros intentamos aquí llevar a la práctica.

A Mario le gustaba hablar. Durante quince años había estado reflexionando en una celda de la cárcel. Se recobraba de tres lustros de silencio y nosotros le escuchábamos sin decir nada, porque sus palabras encontraban un extraño eco en el fondo de nosotros. He dicho que le gustaba hablar y es verdad, pero sólo cuando se lo pedían. A nosotros nos causaba un gran placer incitarlo a que desarrollara sus ideas, sus puntos de vista o su forma de ver y resolver determinados problemas sociales.

En cierta ocasión, alguien, no recuerdo quién, afirmó que las diferencias sociales existirían siempre, incluso en el caso de que se instaurase una sociedad más libre. Un obrero sería inferior, económicamente hablando, a un ingeniero..., ya que las necesidades y la cultura no serían las mismas.

Con la ayuda de algunos compañeros, traté de refutar sus argumentos reivindicando el derecho a la más estricta igualdad, pero mi adversario siempre encontraba nuevos razonamientos para contrarrestar los míos. Iba a declararme vencido por su dialéctica, cuando Mario, que nos había escuchado sin decir palabra, se levantó y dijo:

-«Camarada, cada uno es libre de pensar lo que desee. Tú eres un intelectual, has cursado estudios. Aquí, todos somos gentes del "pueblo" -pastores, obreros, campesinos- y muchos no saben leer ni escribir. Tú pareces más inteligente a sus ojos, porque eres instruido. Permíteme decirte que tú eres menos necesario a la humanidad que el pastor que cada mañana te aporta la leche para el desayuno. La estructura de la sociedad es la misma que la de los tiempos prehistóricos. Se basa en la fuerza que es necesaria para la supervivencia de la especie. En el curso de los siglos, a medida que la consciencia y el conocimiento se desarrollaron, a fin de consolidar el poder del jefe de los guerreros, se creó el poder religioso y para rematar, se apuntaló el conjunto con el más corrosivo de los venenos psíquicos: el dinero y su corolario, la propiedad privada. Lentamente, en el curso de la historia, la Humanidad ha progresado: el esclavo de los primeros tiempos ha sido reemplazado por el asalariado.

»En tiempos del imperio romano, el sueño del esclavo era poder comprar su libertad para convertirse en un hombre libre. En la actualidad, el del proletario es ascender en la escala social... Si no puede conseguirlo él mismo, confía en que su progenie lo logre. Un obrero sueña con que su hijo se convierta en especialista, éste en que su hijo sea un día empleado de oficina o maestro. Todos los partidos llamados revolucionarios proclaman que quieren invertir la situación, dar la vuelta a la tortilla... Pero yo lucho, no te

sientas ofendido, no por darle la vuelta, sino por hacerla bien llana para que todos los desniveles se encuentren en el mismo plano. Sí, en el mismo plano, porque encuentro aberrante que los oficios más útiles, aquellos de los que nadie puede prescindir, sean los más despreciados y los menos considerados..., que las clases que nada producen, aquellas que hoy se encuentran en la cima de la escala social y cuya utilidad se ha creado de forma artificial, dominen y aplasten a todas las demás.

»La Humanidad no tiene necesidad, para vivir y prosperar, de banqueros, abogados, militares o policías. Necesita agricultores, mineros y obreros en primer lugar y seguidamente ingenieros, químicos y físicos... Desde hace miles de años, la lucha está entablada entre los poderosos y los parias que se afanan para que la humanidad progrese hacia la Justicia, la Igualdad y el Amor entre todos los individuos.

Incluso el cristianismo en sus comienzos era comunitario: los ricos convertidos debían entregar su fortuna a la comunidad. A medida que fue desarrollándose, que tuvo la fuerza suficiente para tomar el poder, se corrompió y actualmente, con su poder espiritual basado en la ignorancia de las masas, frena el progreso de los hombres hacia la Libertad.

»¿Por qué todas las filosofías y las revoluciones impulsadas por el Derecho a la igualdad, a la justicia y a la libertad de los individuos han fracasado? Por una razón muy simple: se ha intentado siempre combatir «los hechos», sin investigar y eliminar «las causas» que los generan. Esta causa se llama Propiedad y su virus es el dinero bajo cualquier forma: metal o pedazos arrugados de papel. Mientras la propiedad siga existiendo, tanto si es individual como del Estado, no habrá justicia ni igualdad entre los hombres. Yo lucho por una Sociedad en la que solamente el trabajo de cada cual tendrá valor y nos permitirá a todos vivir libres e iguales.

»Desde nuestra más tierna infancia se nos habitúa a todos a pensar, no en lo que es más útil para la vida, sino en aquello que puede reportarnos más dinero para permitirnos satisfacer nuestros deseos o simplemente para vivir mejor. Para llegar a la riqueza todos los medios son buenos: el asesinato, el robo, la prostitución, la estafa... La sociedad en la que vivimos hoy es una jungla..., y nos llamamos civilizados.

»Nosotros no lo seremos realmente hasta que cada uno pueda elegir, entre los oficios necesarios para la colectividad, aquél que más le guste, sabiendo que le permitirá vivir su vida en plena libertad siendo el igual de todos los demás».

Así hablaba Mario. Nosotros le escuchábamos aprobando sus ideas. A veces, uno de los presentes le contradecía, más por estimularlo a desarrollar su razonamiento que para refutar sus argumentos. En efecto, sus palabras evocaban en nosotros la realización de un mundo en el que las miserias y las desigualdades sociales estarían excluidas.

Mucho después, mientras arrancaba matorrales en los límites de la Vezere, pensaba en mi amigo y reconocía que, como un leñador, había desbrozado mi cerebro y con mucha paciencia había arrancado las malas hierbas que ahogaban el deseo de libertad que anima a la juventud y la impulsa a la revuelta, a menudo ciega e inconsciente, contra la injusticia social.¹⁶

16. Vezere: Valle francés, situado cerca de Montignac en la Dordogne. (N. del T.)

El tiempo pasaba. En el mes de agosto comenzaron a circular ciertos rumores: se hablaba de las Brigadas Internacionales que debían venir a tomar posiciones en el frente de Aragón. Más tarde se supo que habían preparado un campo de aviación en Candanos. Pablo nos pidió que permaneciéramos en nuestros acantonamientos, listos para cualquier eventualidad. Esta orden no estuvo exenta de consecuencias: ya no nos separábamos de nuestras compañeras Rosita, Asunción y Conchita y, a pesar de nuestros buenos propósitos, lo que tenía que suceder, sucedió.

No puedo recordar ya quién de nosotros cedió primero; pero soy consciente de que una noche me encontré solo con Conchita. Yo venía del Puesto de Mando, donde me había encontrado con todos los veteranos del grupo: Otto, Ritter, Mario, un compañero sueco, dos franceses y algunos otros de los que he olvidado el nombre. Pablo nos explicó que las Brigadas estaban a punto de llegar y que debíamos prepararnos para invadir la retaguardia enemiga. Estábamos en alerta permanente.

Conchita me esperaba, como era su costumbre. Según me dijo, los demás se habían acostado hacía ya rato. Estuve observándola mientras me hablaba. La expresión de su rostro debía reflejar el deseo repentino que tenía de tomarla en mis brazos, de morder su boca, porque me preguntó riendo si me pasaba algo, si por casualidad estaba enfermo. El sonido de su voz me devolvió la lucidez y le dije que nos fuéramos a acostar. Ella rehusó, alegando que todavía era demasiado temprano. Para inducir la a que se fuera a la cama, esperando que la educación que había recibido la alejara de mí, le confesé que estaba casado, pero que ella era demasiado hermosa y me sentía muy atraído.

Su reacción me sorprendió: aproximándose a mí, con el rostro resplandeciente de felicidad, exclamó: «¿Es verdad? ¿Me quieres? Antonio, ¿quieres que sea tu querida?»

Abrazada a mí, con sus brazos alrededor de mi cuello, su boca estaba muy cerca, demasiado cerca de la mía... Conchita aún no tenía diecisiete años. Diciéndole que estaba casado, esperaba sinceramente que se marchara para poder escapar al deseo que me inspiraba. Me equivoqué. Mi confesión sólo sirvió para precipitar las cosas... Ella ya era una mujer, ¿por qué decepcionarla? Mi boca se unió a la suya, su cuerpo se hizo más pesado en mis brazos... Estrechamente enlazados, entramos en la habitación. Cuando llegamos cerca de la cama, ella se apartó, desabrochó su «mono» y lo deslizó lentamente por su cuerpo... Sus ojos y sus labios me sonreían. Yo observaba sus movimientos sin moverme, como si tuviera miedo de verla desaparecer despertándome de un dulce sueño.

Todavía la estoy viendo soltar sus pies del mono, mientras se quitaba la blusa. Las piernas, los muslos, la sombra oscura de su pubis, luego los senos apuntados hacia arriba, pequeños, duros y coronados por dos areolas de color rosa pálido, en las cuales los pezones apenas despuntaban. Tuvo un estremecimiento cuando mis dedos rozaron su pecho para deslizarse bajo sus axilas y mi boca comenzó a acariciar sus tetas.

Fue en ese momento cuando el pensamiento de que ella probablemente era todavía virgen pasó por mi cabeza. Mi deseo desapareció dejando paso al temor de hierirla, de hacerle daño. Para ocultarle mi desfallecimiento, iba a flexionar mis rodillas cuando ella, apoyándose en los codos, se izó hasta la cama y se tendió con las piernas colgando y los muslos separados, ofreciendo a mi vista un higo cuya carne, hinchada por la savia, amenazaba con hacer estallar la piel, dejando ver la pulpa roja del fruto...

Conchita gritó. Sus manos se apoyaron en mi nuca cuando mis labios se cerraron entorno a su clítoris, como si temiera que yo me apartase. Su cuerpo se agitaba y se retorció. Sentía cómo sus uñas arañaban mi piel, luego, tras un último estremecimiento, se quedó inmóvil. Yo continué acariciándola: las manos rozaban dulcemente los pezones que notaba erectos y duros bajo mis palmas. Seguí libando su sexo, sobre todo al darme cuenta que su placer se reanudaba y que a mí sólo me guiaba un deseo: transportarla al paroxismo del placer.

Sus caderas comenzaron a moverse rítmicamente con lentitud y sus manos se apoderaron de nuevo de mi cabeza. Los movimientos de su cuerpo se hicieron más rápidos... Cuando penetré en ella, un pequeño grito de dolor se escapó de sus labios. Sus piernas se cruzaron sobre mis muslos y sus dedos se aferraron a mis espaldas y me atrajeron hacia ella, buscando un contacto más estrecho entre nuestros dos seres...

Algunos golpes violentos contra la puerta nos despertaron. Eran mis amigos que venían a comunicarme que una de las Brigadas Internacionales estaba acampada en los alrededores. Al vernos salir a ambos de la habitación, estallaron en una cuádruple carcajada. Rosita y Asunción estaban con ellos. A continuación nos felicitaron a su manera: Jo y Fred tomándose el pelo y las dos muchachas haciendo preguntas a Conchita y riéndose...

La región bullía de hombres en armas, voluntarios llegados de todos los horizontes. La decimoquinta Brigada estaba en acción. Había muchos ingleses y americanos, pero también italianos, franceses y cubanos con los cuales pudimos entablar un diálogo. Invité a un comunista italiano a visitar la colectividad de Pina. A pesar de la proximidad del frente, los campesinos del pueblo habían hecho tales progresos que, incluso los tres o cuatro pequeños propietarios de tierra del municipio que un año antes habían preferido continuar trabajando su tierra por su cuenta, comprendiendo que trabajando en común podrían pasar menos tiempo en el campo y dedicarse a otras ocupaciones más gratificantes, habían pedido la incorporación a la colectividad. Todo el pueblo se encontraba habitado por una gran familia donde todo era compartido según los deseos y las necesidades de cada uno. Algunos terrenos que nadie recordaba que hubieran sido cultivados, se desbrozaron y sembraron. Las familias comían carne dos o tres veces por semana -antes de 1936, sólo podían hacerlo una o dos veces por año y no siempre.

El camarada, que quería convencerme de que para llevar a la práctica el comunismo libertario era necesario pasar por la dictadura del proletariado, como en Rusia, reconoció lealmente que la experiencia libertaria en Aragón era alentadora, pero dudaba que pudiera extenderse con éxito a toda una nación.

Para él, el comunismo ruso, fuertemente centralizado, con el poder absoluto, era necesario para enfrentarse a los innumerables enemigos de la revolución proletaria. No quería admitir que la nueva clase dirigente nunca dejaría que le arrebataran el poder adquirido, y que haría lo necesario para impedir que las masas pensarán en la injusticias o que los individuos reclamasen sus derechos.

Nos despedimos al acabar la mañana, como buenos compañeros, aunque permanecemos cada uno en sus posiciones. Él tenía una confianza ciega en sus jefes. Desde el comisario de su compañía hasta Stalin, pasando por toda la jerarquía del partido, todos eran infalibles y sinceros.

Esa noche, Jo, Fred y yo volvimos a casa y allí nos encontramos a nuestras compañeras ocupadas alrededor de la mesa, donde habían sido colocados tres cubiertos. Sobre la mesa, había un verdadero festín: pollo asado, conejo frito, jamón crudo, queso y vino tinto... La sorpresa fue tanto más agradable, por cuanto al día siguiente por la mañana teníamos que marcharnos para una misión que no era precisamente de simple reconocimiento. Tres platos, tres vasos y tres sillas. Jamás me olvidaré de aquella velada... Para que nadie tuviera que molestarse en buscar los platos o la bebida, pusimos todo sobre la mesa. Las muchachas se sentaron en nuestras rodillas. Reímos y bromeamos como locos. Conchita me obligaba a coger trozos de carne de sus labios y otras chiquillerías que la hacían reír a carcajadas. Nos habíamos olvidado de la guerra, de los peligros pasados y de los que nos aguardaban en un futuro próximo... No éramos más que jóvenes, llenos de vida, de amor y de alegría. Poco antes de acabar de cenar, alguien habló de nuestra marcha. Una vez pasado el primer instante de sorpresa, Asunción dijo tranquilamente: «La mujer debe seguir a su marido. Fred, querido, me voy contigo». Rosita se puso de su lado: «Yo también...» ¡No, siguió Conchita, no soy su mujer, sino "su querida". Iré a donde él vaya, porque soy una miliciana y Tony siempre me ha dicho que somos libres de elegir nuestra forma de vivir y nuestra lucha. Sé que no me rehusará el placer de combatir a su lado».

La discusión se acabó enseguida y me encontré en mi habitación con Conchita. Ésta era feliz de salir mañana con nosotros hacia esta nueva aventura que para ella significaba el primer combate real.

Nos fuimos al día siguiente a mediodía. Hicimos circular el rumor de que treinta de nosotros se marchaban de permiso. Los demás serían relevados por las Brigadas para poder ir a descansar a Cruce de Gelsa. En Bujaraloz, Pablo nos comunicó nuestros objetivos. Era necesario penetrar en las líneas enemigas y retardar o impedir la llegada de refuerzos durante la ofensiva que se desarrollaría aquella noche. Teníamos el tiempo justo para llegar a nuestra zona de operaciones.

Cinco grupos de seis combatientes cada uno, escalonados en un frente de veinte kilómetros aproximadamente: de Velilla de Ebro a Fuentes. Nuestro guía se separó de nosotros en el último puesto avanzado del ejército republicano, después de indicarnos el camino que deberíamos seguir. Tras atravesar un estrecho valle y bordear una colina cubierta de pinos y malezas, vimos en la lejanía, detrás de nosotros, el brillo de unas luces en la cima de un montículo: habíamos conseguido atravesar los dispositivos de defensa enemigos.

Marchamos hacia el sur siguiendo la base de las colinas boscosas. Un ruido lejano hizo que nos detuviéramos en seco. Un vehículo, automóvil o camión, se acercaba. El camión -únicamente venía uno- pasó a unos cuarenta metros del lugar donde nos encontrábamos para ir a detenerse un poco más lejos. Los hombres que descendieron del mismo hablaban sin temor de ser oídos: iban a relevar a sus camaradas. Reptando como culebras entre los matorrales, nos acercamos a ellos. Jo y Fred pusieron los fusiles ametralladores en posición y abrimos fuego. Gritos de dolor, aullidos de espanto... Todo signo de vida desapareció. Cesamos el fuego. La sorpresa había sido completa. El enemigo prácticamente no tuvo tiempo de responder.

El ruido de motores nos anunció que llegaban más fuerzas, pero se detuvieron antes de ponerse a nuestro alcance. No se veía nada y, al igual que nosotros, los que estaban enfrente se escondían entre los matorrales de retama y romero. Fred fue el primero en oírles... Alguien se deslizaba reptando hacia nosotros. Disparando casi a ras de suelo, los fusiles ametralladores barrieron el terreno, en tanto que las muchachas y yo nos desembarazábamos de las granadas. Todo volvió a la calma en el momento en que se apagó el ruido de aquellos que habían fracasado en su intento de aproximación.

El tiempo transcurría. Dejando a nuestras compañeras al acecho, exploramos el espacio a nuestro alrededor. Nos encontrábamos al pie de una colina cuya ladera era muy empinada y difícil de escalar, al menos al principio. La retirada se presentaba difícil. Se oyó una detonación, apagada por la distancia, seguida de un silbido y una explosión en el flanco de la colina. Algunas piedras cayeron a nuestro alrededor. Otra estalló delante de nuestra posición. A continuación, un grito lanzado por no sé cuántos pechos, llenó la noche: «Arriba España...» Las últimas granadas y los fusiles ametralladores nos permitieron rechazarlos, pero Fred y Asunción yacían sin vida, con las manos crispadas sobre su arma.

Decidimos batirnos en retirada... Demasiado tarde: un diluvio de obuses se abatió sobre nosotros. Recobré la conciencia tendido en una cama hecha de pieles de cordero, en una «paridera», una cabaña de paredes de piedras secas y el techo de paja donde los pastores se abrigan con su rebaño por la noche o en días de tormenta. Me dolía todo. La cabeza era la parte que más daño me hacía con diferencia porque me hacía sufrir incluso estando inmóvil. Tenía la impresión de haber rodado por una escalera desde un sexto piso. Un anciano se aproximó a mí: «Por fin te despiertas». Me acercó su cantimplora a los labios y me hizo beber, diciendo: «No tengas miedo. bebe, te hará bien.»

Antes de preguntarle nada me dijo que había oído el fragor del combate que se desarrolló durante la noche. Todas las posiciones franquistas habían sido atacadas casi al mismo tiempo. Una vez pasado el peligro, había salido con su perro y su asno para volver a su casa. Me descubrió tendido en medio de mis compañeros que ya estaban fríos. Un gemido atrajo su atención. Al darse cuenta de que no parecía estar herido, me cargó en su asno y volvió sobre sus pasos.

Después de ofrecerme compartir su comida: pan, salchichón e higos secos, acompañados con algunos tragos de vino del país, me acompañó hasta el extremo del camino para indicarme un atajo. Llegué a Cruce de Gelsa al caer la noche, a bordo de una ambulancia que me recogió por el camino. La ofensiva de Aragón se desarrollaba en dirección a Belchite y, según el chófer, pronto sería liberado el pueblo. Yo tenía un dolor de cabeza tan grande que me era imposible darme cuenta de lo que me decía: lo registraba, eso era todo.

El grupo estaba acampado en la encrucijada de la carretera de Bujaraloz, esperando la orden de incorporarse al frente. Un poco más lejos, un batallón de las Brigadas descansaba de las fatigas de un largo viaje en camión. Volví del Puesto de Mando cuando me encontré con Hans, el compañero de Madeleine. Ella también había ido a tratar de saber qué había sido de mí. Esperando su regreso, Hans me contó las razones que había tenido para incorporarse a las Brigadas. Después de los hechos de mayo, los militantes del POUM estaban siendo perseguidos. Andrés Nin había desaparecido y probablemente había muerto en alguna mazmorra del partido de Stalin. Para un trotskista alemán, las Brigadas eran el lugar más seguro, a condición de guardar silencio y aceptar la disciplina. En ese momento llegó Madeleine. Recuerdo que estuvo hablando un rato con Hans en alemán. Éste se despidió rápidamente de mí y se alejó, diciendo: «Hasta luego».

Las tinieblas de la noche nos envolvían. El contacto de los labios de mi amiga en mi boca hizo que cediera la tensión nerviosa que me había mantenido en pie desde que desperté en la «paridera». Esta tensión se relajó súbitamente y, ocultando mi cara en su hombro, rompí a llorar y a gemir como un chiquillo. Sí, ya lo sé, es ridículo. ¿Cómo es posible que un hombre hecho y derecho, un combatiente curtido por casi un año de lucha, pueda estallar en sollozos y además delante de una mujer, aunque ésta sea su amante? Sin embargo, esa es la verdad, me derrumbé, me hundí como una marioneta a la que se le han cortado los hilos. Madeleine me acostó sobre una manta y se tendió casi sobre mí, preguntándome al mismo tiempo qué cosa tan terrible había sucedido.

Entonces, le conté todo: la muerte de Jo y de Fred, la de Conchita, Asunción y Rosita que quisieron compartir nuestra suerte por amor. Al hablar me fui calmando. Cuando acabé mi relato, recobré mi sangre fría y le pedí perdón por mi debilidad.

A la mañana siguiente, me separé de ella... Nunca la volvería a ver, ella a mí tampoco, porque no sobrevivió: los bombarderos de Hitler la mataron en uno de los raids sobre Barcelona.

Este período de mi vida es físicamente el más accidentado: la ofensiva republicana en Aragón nos transformó en unidad móvil, siempre en movimiento desde el frente de Huesca al de Belchite y Teruel. La primera operación nos condujo, después de una marcha agotadora bajo un sol abrasador, a la cima de una colina donde nos detuvimos. Ya era de noche. Me adormecí casi enseguida al pie de un árbol y no me desperté hasta el día siguiente, sacudido por Pablo que me gritaba que era necesario marcharse. Habíamos avanzado demasiado y corríamos el riesgo de ser cercados.

Ese día supe lo que era un avión de combate. Marchábamos desplegados por un paisaje desértico, con escasa y raquítica vegetación, cuando los cazas alemanes se lanzaron sobre nosotros, rociándonos con una lluvia de balas.

El carrusel de la muerte continuaba así, sembrando el miedo. Pegado al suelo, de espaldas como era mi costumbre, los veía caer del cielo, como si fueran a aplastarse, luego enderezarse y elevarse, describir un semicírculo y volver a empezar.

Al cabo de un momento, bastante largo a decir verdad, oí la voz de Pablo que nos gritaba que disparásemos contra los aparatos.

«Apuntar delante del aparato. Cuando dé la orden, abrid fuego...»

Como yo sólo tenía un revólver, me abstuve de desperdiciar las municiones, lo que me permitió observar lo que pasaba a mi alrededor y por encima de mí. Los primeros disparos no obtuvieron resultados apreciables. Entre el paso del último avión de la escuadrilla y la vuelta del primero, transcurrieron algunos minutos que nuestro ametrallador aprovechó para saltar con su máquina detrás del tronco de un árbol muerto, el cual, en medio de ese paisaje desnudo, levantaba los muñones de sus ramas principales hacia el cielo...

Vi las pequeñas nubes de polvo, levantadas por la lluvia de plomo, avanzar casi en el eje del árbol, a continuación, con un rabioso zumbido, el aparato se enderezó y se elevó verticalmente, dejando tras de sí una estela de humo negro y desapareció hacia el este, seguido de los demás después de una última pasada.

En la tarde de ese mismo día tuve ocasión de ver a los Stukas en acción. Estos bombarderos picaban casi verticalmente sobre el objetivo, lanzando sus bombas a una altura de unos cuatro o cinco metros, quizá menos. Así es como los vi destruir e incendiar los camiones que venían a buscarnos y hacer inutilizable la carretera. Las bombas hacían agujeros de dos metros de diámetro y uno de profundidad.

Otros han descrito también el horror de los bombardeos. Camiones y coches que se incendian y explotan, gente que corre y cae alcanzada por la metralla... Si hablo de ello es porque ese día me di cuenta que, al no estar yo mismo en peligro, ya que me encontraba a unos centenares de metros del teatro de operaciones, podía mirar con indiferencia, sin temblar de rabia impotente de piedad por aquellos que caían, el espectáculo apocalíptico que se desarrollaba ante mis ojos. Había perdido en esta guerra a todos mis amigos y en una sola noche a Jo, y a Fred. Mario, Otto y Ritter habían sido engullidos por las tinieblas y yo me encontraba solo... Juanita, Conchita, la mujeres que había amado, se habían desvanecido para siempre... Permanecía indiferente ante esta masacre. ¿La guerra me había curtido hasta el punto de encontrar lógico y natural la pérdida de hombres que luchaban en mi mismo bando?

«Es la guerra -me dijo Pablo- hoy han caído ellos, mañana posiblemente sea yo, tú o cualquier otro de aquellos que estimas».

La muerte de Rosario

Mario y Otto se reunieron con nosotros en Tardienta. Atrapados en la marea que se desplegaba hacia Belchite, no pudieron alcanzarnos y nosotros les creímos muertos.

La ofensiva republicana continuaba. Las pérdidas que sufrimos fueron tan grandes que nuestro grupo sólo tenía de «Internacional» el nombre. Habíamos sobrevivido cincuenta de doscientos y las bajas fueron cubiertas con voluntarios españoles. Pablo reorganizó su unidad en tres compañías de cincuenta voluntarios españoles cada una y dos grupos de veinticinco: uno de mayoría anglosajona y otro en el que predominaban los latinos, con el fin de facilitar la transmisión de las órdenes en campaña.

De este modo, mis amigos y yo nos encontramos incorporados a una unidad del frente. Se acabaron las misiones individuales, los golpes de mano, los reconocimientos... Yo no estaba molesto, sino todo lo contrario. Comenzaban a circular ciertos rumores: el Consejo de Aragón había sido disuelto y el gobierno se disponía a poner bajo su control directo a las Colectividades de Cataluña y Aragón... Era el fin de la experiencia libertaria. Al igual que en Rusia la toma del poder por los comunistas significó el toque de difuntos para los Soviets, la llegada al gobierno de Negrín, su hombre de paja, señaló el comienzo de la destrucción de las realizaciones libertarias en España; esto era lo previsible: las mismas causas suelen producir los mismos efectos; un gobierno centralizado, de cualquier tipo que sea, no puede permitir que grupos profesionales desarrollen su capacidad creativa en total libertad, porque eso permitiría a los obreros calibrar el valor real de sus esfuerzos y la inutilidad de la existencia de todos los holgazanes que dicen pertenecer a las denominadas profesiones liberales (financieros, políticos, magistrados, jueces, abogados...) Pero la guerra seguía. Una noche relevamos a un batallón que acababa de conquistar una posición enemiga. Rosario era andaluza, viuda de un chófer fusilado por la falange en los primeros días de la revolución. Se unió a nuestro grupo poco después de su constitución y se adjudicó las tareas más humildes y las más necesarias para nuestra formación: la cocina y la costura para los compañeros que no sabían coser un botón o hacer un remiendo. Nos seguía en todos nuestros desplazamientos, siempre lista para ofrecernos una cantimplora si teníamos sed o un cuscurreo de pan y un bote de carne de buey en conserva si la etapa era larga y nuestro estómago estaba vacío. Cuando Pablo reorganizó nuestra unidad, le propuso agregarla al Puesto de Mando, pero rehusó, porque los oficiales no le interesaban en absoluto. Rosario cogió un fusil y se integró en una compañía.

Esa noche había ocupado su puesto de guardia con los compañeros, preocupada, como todos nosotros, por lo que nos esperaba en las horas venideras. Yo me había adormecido para no despertarme hasta el amanecer, justo a tiempo para ver algunas siluetas aproximándose a un cañón abandonado por el enemigo a un centenar de metros de nuestra trinchera y casi en la base de la otra vertiente de la colina. Rosario iba con ellos. Una cincuentena de hombres y una mujer aglutinados alrededor de la pieza para traerla a nuestras líneas. Todas las miradas convergían hacia esa sombra móvil y negra. A la débil claridad

del amanecer, no se veía nada más. Nadie tuvo la precaución de inspeccionar el terreno que estaba más allá del lugar del cañón.

La tragedia se desató de forma imprevisible: desde los dos lados a la vez, vimos cómo surgían sombras que se precipitaron aullando sobre nuestros compañeros. Le siguió una confusión generalizada, puntuada con esporádicos disparos: se luchaba cuerpo a cuerpo. Luego, se elevó una voz como una orden, dominando el ruido del combate: «Matadme, compañeros, fuego...» Era la voz de Rosario... El ametrallador desplazó ligeramente el cañón de su arma y abrió fuego. Ya era de día cuando, cubiertos por nuestros disparos, toda la compañía de voluntarios se lanzaron a recuperar a nuestros muertos.

Todo volvió a la calma. Mis camaradas, cansados, dormían. Algunos leían o hablaban en voz baja del país. Yo leía «El Quijote» de Cervantes.

Un ronroneo de motores nos hizo levantar la vista al cielo: una escuadrilla, que volaba muy alto, venía hacia nosotros. Nos sobrevoló una vez y el bombardeo comenzó. Enfilando nuestras trincheras, las bombas seguían el trazado de la posición, destruyendo todo nuestro dispositivo de defensa y causándonos serias pérdidas en hombres y armamento. El teléfono estaba cortado y el responsable me mandó que fuera a prevenir al Cuartel General de nuestra situación y pedir el apoyo de los cazas, si ello era posible.

Cuando volví a nuestras líneas, traía la orden de retirada. Nuestra aviación estaba ocupada en otra parte y no teníamos bastantes «Mosquitos» para actuar en todos los frentes. El pánico comenzaba a hacer mella en los hombres... Nunca olvidaré el rostro enloquecido, con el contorno de los ojos y los labios terrosos como los de un payaso, del que descendía la pendiente hacia mí, pero que juraría que ni siquiera me veía... El carrusel de la muerte continuaba. No sería capaz de contar cómo llegué a recorrer la trinchera sin ser alcanzado. El miedo me atenazaba la garganta y el vientre. Comenzamos a evacuar la posición. Los hombres ilesos transportaban a los heridos, agachándose y levantándose bajo un diluvio de bombas y de metralla, porque la aviación enemiga, al ver que no disponíamos de cazas, empleaba la suya para ametrallarnos entre dos pasadas de los bombarderos. El herido que intenté sacar de este infierno con la ayuda de un compañero, murió antes de que llegáramos al extremo del pasadizo. Lo dejamos allí y volví sobre mis pasos para rescatar mi macuto tirolés, porque a causa del herido, no pude cogerlo al pasar por allí algunos minutos antes y yo apreciaba mucho mi «Quijote».

Esperé que pasara la ola de aviones y salté hacia el lugar donde había dejado mis cosas. El miedo, siempre presente, pero que había logrado dominar, se renovó ante aquella visión horrible que me petrificó: dos cuerpos yacían encima de mi capote... A uno le faltaba la mitad de la cara, como si un hachazo le hubiera hendido el rostro en dos partes iguales... el otro tenía el vientre abierto dejando escapar los intestinos por la herida abierta, que me parecía que aún palpitaban con un resto de vida...

El horror, el asco y el miedo hicieron que me olvidara de todo. Sin preocuparme ya de los aviones, de la metralla ni de las bombas, di media vuelta y eché a correr hasta que alguien me detuvo abrazándose a mi cuerpo y sentándome al pie de un muro. Me tendió una botella diciéndome: «¡Bebe!» De un golpe seco rompí el cuello contra una piedra y bebí. Cuando separé el frasco de la boca, estaba vacío, pero yo había recobrado la lucidez.

-«¿Estás mejor?»

-«Sí. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no te has ido?»

-«Estoy aquí para indicaros el camino y para dar de beber a los que tengan necesidad. Creo que eres el último, pero esperaremos un poco más...» Por un sendero que serpenteaba entre los árboles y las zarzas llegamos al valle donde me uní a lo que quedaba de mi unidad. Nuestros efectivos se habían fundido como mantequilla al sol... Muertos, desaparecidos, heridos... Más de la mitad de mis camaradas no respondieron a la llamada. Pablo nos interrogaba continuamente, haciéndonos recomponer una y otra vez nuestro informe de los acontecimientos, sorprendido de la precisión del bombardeo que todos los supervivientes le señalaban. En el fondo de nuestros corazones esperábamos ser enviados a la retaguardia para reorganizarnos y esperar nuevos reclutas antes de volver al combate. Pero no tuvimos esa suerte: se nos encargó la defensa de una posición avanzada en un valle que, en tiempos de paz, debía servir de terreno de pasto. Ante nosotros se extendía una llanura exuberante de vegetación y a lo lejos se perfilaba la línea de colinas que habíamos abandonado veinticuatro horas antes.

Con la ayuda de unos prismáticos, observábamos cómo los franquistas reconstruían las trincheras que su aviación había destruido. Estábamos demasiado lejos para molestarles en su trabajo y la artillería y la

aviación republicanas brillaban por su ausencia. No recuerdo exactamente cuántos días llevábamos en esa posición cuando los centinelas dieron la voz de alerta: habían oído un ruido de voces delante de su puesto, una voz que gritaba algo que nadie entendía.

Durante unos momentos creímos que eran los alemanes que intentaban un golpe de mano, luego la voz se elevó en la noche: gritaba «socorro» en sueco... En el grupo anglosajón había dos suecos y uno de ellos no se había unido a sus compañeros, por ese motivo todos pensamos que estaba muerto. El desgraciado, con las dos piernas acribilladas de metralla y un tobillo roto, se había arrastrado, reptando en los momentos de lucidez (porque a menudo debía perder el conocimiento, ya que sus sufrimientos debían ser atroces), hacia nuestras líneas, impulsado por el instinto de conservación. En el hospital de campaña a donde le acompañé, el médico dijo que la gangrena hacía que fueran inútiles todos los cuidados y que era necesario operarlo de urgencia para que tuviera una posibilidad de sobrevivir... Lo que fue esa operación bajo una tienda, con ron por anestésico, lo dejo a vuestra imaginación. Se le amputaron las dos piernas y algunos días más tarde se le trasladó a Barcelona. Me dijeron que volvió a Suecia algunos meses más tarde.

Desprecio militar por la vida humana

En este sector fui testigo de la consideración que los oficiales superiores tenían por la vida de sus tropas o quizá de la forma de desembarazarse, en tiempos de revolución, de unidades formadas por hombres que no tienen la misma ideología que los componentes del gobierno.

Nosotros habíamos sido relevados: una compañía de las Juventudes Libertarias nos reemplazó en las trincheras. Mis compañeros y yo esperábamos ser trasladados a la retaguardia durante algún tiempo. Con el fin de que reposáramos, se nos hizo acampar en un bosque próximo a la primera línea. Estábamos en la reserva y Pablo nos previno de que tendríamos una visita. Efectivamente, por la tarde, un grupo de oficiales, con las mangas y las gorras llenas de galones, llegó al bosque. Alineados en dos filas, los observábamos pasar lozanos, sonrientes, mirándonos de arriba a abajo como chalanes que observan al ganado en la feria. A medida que pasaban ante nosotros nos tendíamos en el suelo sin decir palabra...

Cuando Pablo gritó: «¡Rompan filas!», ya estábamos todos acostados. Recuerdo que éste no estaba muy contento porque, entre los visitantes, había oficiales rusos que venían a observar el valor del ejército republicano. Ignoro si esto era cierto, pero de lo que sí estoy seguro es de que durante toda la noche siguiente, los camiones descargaron hombres en el sector y que al alba empezó el ataque. Una violenta descarga, subrayada por la explosión de granadas, me despertó. Todavía era de noche. Sólo el color más claro del cielo anunciaba la proximidad del día. Las cumbres de las colinas, a lo lejos, aparecían a nuestros ojos como una línea sinuosa de resplandores y, más abajo, los continuados destellos de las granadas nos dejaban adivinar lo escarpado de la pendiente... El silbido de las balas perdidas hacían que, a veces, bajáramos la cabeza instintivamente. Los soldados de Franco habían rechazado el primer ataque. La luz del día penetraba ya en el fondo del valle. El sol calentaba las cumbres de la Sierra cuando el combate volvió a recrudecerse. Pero, en esta ocasión, al ruido de los disparos de fusil, de las ametralladoras y a las explosiones de las granadas se unía un canto entonado por mil pechos, un coro que llegaba a retazos hasta nosotros:

«Hijos de! pueblo que oprimen cadenas....
antes que esclavo prefiere morir....»

Eran batallones de las Juventudes Libertarias que subían al asalto cantando. Vimos cómo intentaban escalar la cota corriendo y caer alcanzados por el fuego cruzado de las armas automáticas. Una voz cerca de mí dijo: «Eso no es un combate, es una carnicería» y Pablo le respondió: «Es la táctica alemana, ataque de masas, los hombres no cuentan».

Los puestos avanzados de la posición habían caído, pero todavía resistía. Y cayendo del cielo, un ruido de motor desbocado ahogó todos los demás: los cazas enemigos venían en socorro de la infantería amenazada... Centenares y centenares de muertos. Toda una juventud sacrificada para nada.

Esa noche, en el campamento, hablamos entre nosotros de las razones que habían impulsado al Cuartel General a comprometer a esos chiquillos -algunos aún no tenían 16 años- que llegaban casi sin preparación militar y sin entrenamiento, en el asalto de esa posición casi inexpugnable en un ataque frontal. Se decía, sin poderlo afirmar, que el gobierno había disuelto el Consejo de Aragón o quería hacerlo y tomar en sus manos el control de las colectividades, que trataba de eliminar a las fuerzas de la CNT y las del POUM, cuyos miembros eran perseguidos por la policía secreta de los comunistas. En el frente no había ninguna necesidad de policías ni de cárceles. Bastaban algunas acciones como esa de la que nosotros habíamos sido testigos, hasta que los militantes y simpatizantes del POUM y de la CNT hubieran sido reducidos a la nada.

Estábamos en invierno y el teatro de las operaciones se había desplazado. Destinado como agente de enlace en un batallón del frente, escapé al interrogatorio a que mis compañeros habían sido sometidos en las Brigadas.

La batalla de Teruel estaba en su apogeo, pero el sector estaba tranquilo y pasaba mi tiempo llamando a las musas y paseándome a lo largo de nuestras posiciones en compañía de Bobini, un joven capitán, artista de music-hall que había tomado como nombre de guerra el que se dio en el teatro. Discutíamos a lo largo del día y, en ocasiones, hasta muy avanzada la noche de los principios básicos que deberían regir nuestra sociedad. Bobini resumía su teoría en una frase: «Cuánto más extensos son nuestros derechos, más grandes son nuestros deberes... Si tengo el derecho de consumir, tengo el deber de producir». Cuando hablaba de su trabajo, decía: «Soy un inútil, canto, cuento chistes, hago reír... Pero nuestro mundo es una jungla. Aquellos que producen no tienen nada o casi nada. Los holgazanes, nobles, burgueses, militares..., tienen lo mejor de la tierra y yo, al no ser capaz de tomar por la fuerza o por astucia una parte de lo que les sobra para cubrir mis necesidades, me he convertido en su bufón». A veces me hablaba de sus hijos y de las expectativas que tenía para ellos. Me decía: «Me gustaría que pudieran elegir, sin ningún tipo de coacción económica, en un mundo sin corrupción ni hipocresía, donde la libertad y la igualdad no sean palabras vanas y vacías de contenido, donde la ignorancia estuviera excluida y se pudiera ser a la vez ingeniero y campesino, filósofo y minero, doctor en letras y albañil o no importa qué otro oficio según las aptitudes y la capacidad de los individuos. Siempre he tenido horror a la violencia. Jamás me ha gustado combatir, e incluso en mi juventud evité siempre las peleas, sin embargo hoy combato en lucha a muerte contra los poderosos, los privilegiados y sus perros guardianes. Y, lo que es aún más terrible, no tengo nada contra los chicos que están enfrente. Lucho contra ellos sin odio, porque únicamente obedecen a sus amos, a aquellos que siempre les han explotado en nombre de un destino irrefutable e inhumano».

Bobini estaba convencido de que todos los partidos políticos conocidos en esa época, estaban a sueldo de las altas finanzas. Socialistas, republicanos, liberales, todos estaban dirigidos por burgueses manipulados por los capitalistas internacionales, incluso los comunistas estaban ya listos para venderse. ¿La prueba? El bloqueo que Thorez hizo al movimiento de junio de 1936 en Francia y el pacto de no intervención en España por Léon Blum...

Pasamos el invierno sin inconvenientes. Se combatía bastante lejos de nosotros, pero nunca fuimos llamados como refuerzo. Los maravillosos días de la primavera me sorprendieron ante una llanura ondulada y desértica donde la compañía de Bobini se extendía a lo largo de dos kilómetros siguiendo las crestas de una serie de pequeñas colinas... y tan lejos como nuestra mirada podía alcanzar, incluso con la ayuda de prismáticos, no se veía ningún signo de vida.

Aquí fue donde Tarzán, mi amigo fiel y devoto que me había acompañado durante todo el invierno, reveló sus talentos de cazador. Ya he hablado de sus cualidades a lo largo de este relato. Una red de alambradas protegía nuestras trincheras. Los días transcurrían sin que sucediera nada digno de mención. Incluso los bombardeos de artillería, que se desencadenaban cada vez que un convoy de avituallamiento intentaba llegar hasta nosotros para traernos nuestra ración de garbanzos, nos servían de distracción. Contábamos los disparos y el número de obuses que no explotaban, porque siempre había algunos que se hundían en tierra y allí se quedaban, hasta que el equipo de artificieros fuera a desactivarlos. Todo fue bien hasta el día en que Bobini recibió la orden de enviar una patrulla para localizar los puestos avanzados

enemigos. El agente de enlace llegó muy avanzada la noche. Salimos hacia la una de la madrugada a paso ligero, porque sabíamos que durante los tres o cuatro primeros kilómetros sólo podíamos encontrarnos con otra patrulla. Efectivamente, nada vino a obstaculizar nuestro avance, salvo la hondonada de un «barranco» que empezaba a unos cincuenta metros de la base de una pequeña colina y se alejaba hacia el sur haciéndose cada vez más profundo y escarpado. Tarzán correteaba alrededor de nosotros aspirando todos los olores de la tierra que lentamente se despertaban. Hicimos alto para decidir si era preciso continuar avanzando o dar media vuelta y volver a la base, porque el amanecer se insinuaba y ya los primeros rayos de sol iluminaban las cumbres de las colinas más altas.

Optamos por volver. Dimos un vistazo antes de dar marcha atrás y observamos la silueta de un caballo y su jinete dibujarse sobre el fondo azul del cielo..., uno... , dos..., tres, cuatro..., un pelotón de caballería estaba ante nosotros. Habíamos sido descubiertos. Los jinetes descendían ya por la colina. Rápidamente tomamos una decisión: dispersarnos y esperarlos en el «barranco».

La carrera dio comienzo... Al cabo de un rato me di cuenta que había errado la hondonada natural. Ya las balas silbaban. Corrí en zigzag para dificultarles la puntería. Me eché al suelo y disparé. El caballo se encabritó y cayó. La carrera volvió a empezar... El martilleo del casco sobre la tierra seca me alertó. Me volví y descargué mi nueve milímetros. El jinete abrió los brazos y la bestia enloquecida pasó de largo. Yo volví a correr como jamás nadie en su vida ha corrido. Me había quedado sin municiones. Sabía que era el fin, que estaba en la misma situación que el zorro en una partida de caza y como éste yo corría.

Maquinalmente, devolví la pistola a su funda y mi mano se crispó sobre el mango del puñal. Mis seguidores ya no tiraban. Lancé una rápida mirada hacia atrás. Mi perseguidor había desenvainado el sable y lo esgrimía en alto, preparado para abatirme, cuando salté sobre él, cogiéndolo del brazo que había bajado para partirme en dos. Caímos ambos por tierra, pero él tenía la hoja de mi puñal en el vientre. Me levanté y comencé a correr de nuevo mientras a lo lejos oía el crepitar de una ametralladora en acción. Algunas sombras se agitaron a mi alrededor. Me levantaron y me preguntaron:

-«¿Está herido?

-Parece que no...

-«Mira como tiembla». Me dieron de beber

En mi loca carrera, había venido a parar delante de una posición defendida por compañeros socialistas. Alertada por las detonaciones, toda la compañía estaba en sus puestos de combate cuando llegué a su campo visual. El capitán, con la ayuda de unos prismáticos, había seguido los últimos momentos de mi carrera contra la muerte. Fue él quien me felicitó por mi sangre fría y por la rapidez de mis reflejos y para demostrarme que mi modestia no tenía razón de ser, me contó todo lo que había visto con sus propios ojos. Si hubiera podido imaginar que fue el miedo quien condicionó mi acción, que fue la reacción de un animal en el matadero la que gobernó todos mis gestos, su admiración por mí hubiera caído en picado. Pero, de todos modos, no me habría creído. Me contenté con acariciar a Tarzán quien, a mis pies, recuperaba las fuerzas, las fauces completamente abiertas y la lengua colgando.

Recuerdo macabro

Si mi memoria no me traiciona, fue a principios de marzo cuando comenzó la debacle.

Apenas había recuperado mis fuerzas, cuando el grupo, al que me había incorporado la misma noche de mi carrera, fue lanzado a la lucha. Los franquistas atacaban en todo el frente. ¿Cuánto tiempo permanecemos en aquella posición? ¿Veinticuatro, treinta y seis, cuarenta y ocho horas? No sé absolutamente nada.

Recuerdo que llegamos a la caída de la noche bajo un diluvio de obuses. Los compañeros españoles acababan de rechazar el asalto de la infantería enemiga. Los equipos de camilleros se afanaban por evacuar a los heridos...

Aviación... Artillería... Infantería lanzada al asalto. Crepitar de ametralladoras y fusiles, explosiones de granadas, obuses y bombas.

Perdimos toda noción del tiempo. Ebrios de fatiga, pólvora y alcohol, nos pegamos a esa parcela de tierra con una única idea en la cabeza: no pasarán...

Pronto sería de noche y los aviones no podrían vernos ya. Alguien saltó a la trinchera preguntando por el comandante. Una voz respondió: «Está muerto».

«Rápido, prosiguió el desconocido que lucía en su quepis dos galones dorados, es preciso evacuar la posición, estamos siendo rodeados. ¡Mirad allí!»

La artillería había concentrado su fuego sobre nosotros. Huyendo de los disparos de las baterías, nos dispersamos. Uno de mis compañeros españoles me siguió y nos encontramos, completamente agotados, al pie de una especie de acantilado.

No se veía ni gota, así que seguimos la pared a tientas, buscando una abertura, hasta que mi compañero me dijo: «Oye, hay cuevas, creo que me quedaré en ésta, pero es demasiado pequeña para los dos». Aún no había acabado de hablar, cuando mi mano encontró el vacío. Era una gruta, pequeña también, con el suelo lleno de madera podrida, trozos de ramas y piedras. La limpié cuidadosamente y me deslicé dentro con los pies hacia el interior. La mochila, que coloqué entre dos grandes piedras, me sirvió de almohada.

Un rayo de sol me despertó y al mirar a mi alrededor, me di cuenta enseguida dónde había pasado la noche: un cementerio arrasado por un bombardeo. Los monumentos funerarios rotos, los santos tirados por tierra y las osamentas dispersadas alrededor de los cráteres de las bombas y los obuses, eran testigos mudos de la intensidad del mismo. La gruta en la que había dormido era un nicho del cual había expulsado a su primer y legítimo ocupante,

Llamé a mi compañero: «¡Eh!, amigo...»

Lo vi salir de su agujero como una bala, diciendo:

«Virgen santísima. madre de Dios» Y mientras con una mano cogía el fusil con la otra se santiguaba.

La impresión que experimentó al darse cuenta que había violado una tumba fue tan fuerte que le bloqueó todo razonamiento lógico e hizo resurgir en él el miedo atávico y los prejuicios grabados en el subconsciente por dos mil años de creencias judeocristianas.

No nos detuvimos mucho tiempo en ese macabro lugar.

El principio del fin

Los últimos meses antes del final, fueron para mí una auténtica pesadilla. Nos vimos lanzados de un punto al otro del frente para tratar de detener la penetración del enemigo que nos desbordaba siempre por los flancos obligándonos a retroceder. Habíamos llegado a tal grado de desesperación que algunos de mis compañeros preferían quedarse clavados al terreno y hacerse matar allí, antes que retroceder de nuevo. Además, circulaban entre nosotros ciertos rumores que acabaron por desmoralizarnos. Remontando el curso del Ebro, las unidades de la brigada Líster habían disuelto las colectividades campesinas que aún funcionaban después de la disolución del Consejo de Aragón, decretado por el gobierno de Negrín... Y esto algunas semanas antes del inicio de la ofensiva enemiga. También se decía que los hombres de la FAI, de la CNT y del POUM que pasaban a los sectores ocupados por Líster o el Campesino, ambos de obediencia comunista, eran indefectiblemente fusilados...

Algún tiempo después de escuchar estos rumores tuve la oportunidad de comprobar su exactitud. Al llegar con un grupo de españoles a los alrededores de Lérida, fui inspeccionado y detenido por los hombres del Campesino que me condujeron al Cuartel General junto con mis compañeros. Durante el trayecto les pedí que dijeran que pertenecía a las brigadas. Un oficial nos hizo sufrir un intenso interrogatorio. Uno tras

otro fuimos siendo sometidos a esta dura prueba y esto se repitió bastantes veces. El número de interrogados disminuía después de cada comparecencia delante de los inquisidores. Yo siempre repetía la misma historia: era francés y pertenecía a la XV Brigada. Una bomba me dejó inconsciente y fui conducido al hospital militar de Bujaraloz... No conocía a ninguno de los hombres que me acompañaban... Acabaron por dejarme en paz, con la orden de no abandonar el campo... Al alba estaba ya lejos...

Yendo hacia el norte esperaba unirme a mi grupo. Efectivamente, me encontré con Pablo, Otto y un compañero cubano. Todos los demás se habían ido a Teruel. Pablo me entregó un sobre que Mario le había dado para mí. Contenía un cuaderno en el que mi amigo respondía a una serie de preguntas que le había planteado una noche. Mi marcha precipitada para una misión de reconocimiento me impidió escuchar sus respuestas. Después, no nos volvimos a ver con el tiempo suficiente para poder discutir sobre ellas.

Algunos días después me encontré con Bobino en la orilla del Segre, pero fue un momento fugaz: estaba enfermo y fue evacuado a Barcelona. El sector parecía estar en calma: el enemigo estaba lo suficientemente lejos de la orilla del río para que pudiéramos olvidar, cuando estábamos de guardia, que la muerte y el sufrimiento nos esperaban a la vuelta de la esquina mientras durase la guerra.

Una mañana, el estruendo de cañonazos que se oía a lo lejos, a nuestra derecha, nos despertó. No estábamos preocupados, porque por muy lejos que llegara nuestra mirada, incluso con la ayuda de prismáticos, no se veía moverse nada al otro lado del Segre. Estaba entretenido leyendo por enésima vez el cuaderno de Mario, cuando me llamaron. El nuevo capitán y el comisario nos habían sido enviados por un comisario político para fortalecer nuestra moral y persuadirnos de la necesidad de pasar por la dictadura del proletariado para llegar a la instauración del comunismo libertario. Cathala, el comisario, me puso al corriente de la situación: los falangistas habían pasado el Segre río arriba. El teléfono estaba cortado y por tanto yo debía llegar hasta el Cuartel General en el menor tiempo posible y entregar un sobre, que me dio el capitán, al oficial de mayor graduación que se encontrara allí. Después de seguir el curso del río durante uno o dos kilómetros, decidí tomar la carretera que va de Seo de Urgel a Lérida, cuya cinta alquitranada se desplegaba a un centenar de metros del río. Apenas había abandonado la protección de los cañaverales de la orilla, cuando un silbido característico de un obús que se aproximaba peligrosamente hizo que me zambullera en la hierba. El proyectil estalló entre la carretera y yo. Bajé hacia el río y un segundo obús cayó bastante lejos de mí. Ya no me acuerdo cuánto duró el bombardeo. Tenía la impresión, falsa seguramente, de ser el blanco de una pieza de artillería. Sus disparos seguían todos mis movimientos como si quisieran impedir que llegara a la carretera. Con la línea quebrada que trazaba en mi carrera, intenté aproximarme a mi objetivo a pesar de todos los obstáculos. Cruzar la carretera y unirme al Cuartel General que se encontraba del lado opuesto en el que me daba buena maña para evitar ser alcanzado por la metralla.

Un salto entre dos explosiones me llevó ante un agujero que se abría bajo la carretera. Me precipité hacia él con toda la velocidad que mis piernas eran capaces de proporcionarme, para instalarme bajo la bóveda del puente con el resuello cortado... No estaba solo, porque una voz me interpeló: «¿Estás herido, compañero?» Era una mujer. Sus ojos brillaban con una luz extraña y todo su cuerpo temblaba: tenía miedo, un miedo terrible. Yo tenía el aliento cortado y me era imposible hablar... El bombardeo aumentó en intensidad.

Ella se aproximó, pasó sus manos por mis mejillas, mis hombros y mi pecho con mucha dulzura y repitió su pregunta: «¿Estás herido?»

Sus manos estaban frías y su mirada, de una fijeza inhumana, parecía querer explorar las profundidades de mi ser. A continuación, separó sus manos y se las llevó a la garganta, desabotonando su blusa rápidamente: dos globos de mármol aparecieron, apuntando hacia mí sus pezones erectos y duros por la violencia del deseo... Se arremangó la falda y agarrándose por los hombros, se dejó caer hacia atrás aprisionando mis piernas entre las suyas. Con un brazo alrededor de mi nuca, sujetaba mi cabeza contra su rostro, mientras el otro se deslizaba entre mis muslos y los suyos y liberaba mi sexo... Sorprendido por la violencia de ese deseo de amor en tales circunstancias y por el calor de ese cuerpo que se entregaba con una franqueza y una impetuosidad increíbles, con el cerebro obnubilado por el esfuerzo realizado, me dejé llevar por el ímpetu erótico que se desprendía de ella y penetraba en mí a través de todos los sentidos. Me recobré acostado de lado, con la oreja pegada al suelo y oí un ruido ligero, lejano. Era como la vibración de la superficie terrestre. De repente, al igual que una ráfaga de viento barre la bruma ligera de una mañana de verano, mi cerebro recobró su lucidez e hizo que me precipitara al borde de la carretera. Los tanques

rodaban sobre el asfalto, se aproximaban... Algunos minutos más tarde entré en el Cuartel General. Fui recibido con los brazos abiertos. El teléfono había sido cortado por la quinta columna (los partidarios de Franco que se habían quedado en territorio republicano). El grupo de transmisiones reparó el sabotaje y restableció la comunicación. Después de escuchar lo que tenía que decir sobre los carros, el oficial dio la orden de repliegue e inmediatamente se evacuó la base.

Esa misma noche me reintegré a mi compañía y las marchas y contramarchas volvieron a empezar: a veces nos quedábamos tan solo unas cuantas horas en una posición para luego ser relevados y marchar a otra parte.

Tenía la clara impresión que el alto mando no sabía qué hacer en absoluto. Más tarde supe que aún continuaba la lucha por el poder y eso repercutía en los estados mayores del ejército.

Cathala

Durante una de esas marchas inexplicables hice las paces con Cathala, el comisario político.

Desde su llegada a la compañía, sólo le había dirigido la palabra por asuntos del servicio. Nunca iba a oír sus conferencias, lo cual provocaba que tampoco fueran muchos de mis compañeros. Un día, por conducto del capitán, me preguntó por las razones de mi ausencia sistemática. Le dije que le respondiera que la razón consistía en que no se permitía la réplica.

Así pues, habíamos llegado a esta colina. Habíamos colocado avanzadillas en las orillas de un arroyuelo que serpenteaba entre los matorrales, un poco más abajo en el fondo del valle, y nosotros nos afanamos en cavar hoyos con medios improvisados, cuando nos llegó la orden de replegarnos a toda velocidad. Fui a prevenir a los hombres de los puestos avanzados. Cuando subí, todo el mundo se había ido, excepto Cathala que me esperaba, reprochándome mi tardanza. Le mostré mi pañuelo lleno de albaricoques... Mientras nos retirábamos para reunirnos con los demás, tomó un puñado y comenzó a hablarme de la necesidad de pasar por la dictadura del proletariado para llegar un día al advenimiento del comunismo libertario. Debíamos ser disciplinados y fuertes para hacer frente a la coalición de las fuerzas reaccionarias, cuyos representantes, incluso en las filas de los llamados partidos de izquierda -me citó al partido socialista y a las autonomías vasca y catalana: los primeros, aun estando en el gobierno, no hacen nada por la clase obrera. Defendían los intereses del capitalismo y siendo los jefes de ese partido burgueses ellos mismos, no vacilaban en enviar a la policía contra los obreros que reivindicaban sus derechos a la vida, mientras los segundos reclaman su independencia económica para poder explotar en su provecho las riquezas naturales y humanas y mantener a la masa productora bajo la dominación de los capitalistas y del clero. Había una gran porción de verdad en lo que decía. Me vi obligado a reconocerlo y a decírselo francamente. Nos habíamos unido al destacamento de retaguardia. Los compañeros caminaban cerca de nosotros escuchando la conversación.

Satisfecho al oír que aprobaba sus palabras, iba a continuar su discurso, cuando le dije: «Todavía no he acabado, camarada. Escúchame como yo te he escuchado a ti, porque no estoy de acuerdo. Lo que tu reprochas a los socialistas que acceden al poder por la vía del sufragio, quizá se le podría reprochar a los comunistas si llegaran al gobierno por el mismo camino. La historia rebosa de ejemplos parecidos desde la antigüedad más remota... Hasta hoy, los esclavos sólo se han revelado para dotarse de nuevos amos.

En los primeros tiempos de la revolución humana, la revuelta se disfrazaba de religión y la ignorancia venía en ayuda de los dos poderes: el espiritual y el temporal echándose una mano y, en ocasiones, confundándose en uno solo. Hoy es igual que hace dos mil años. ¿Por qué?

»Porque los hombres que tienen o toman la dirección de una sociedad se corrompen y tienen necesidad, para afirmar su poder, de un medio de corrupción que les permita forjar las herramientas de represión que impidan todo intento de revuelta y rebelión. Ese medio es el dinero. Los comités obreros y campesinos rusos lo saben perfectamente, porque abolieron la moneda... El partido comunista la ha restablecido después de apoderarse del poder y actualmente Rusia ha abatido la cabeza bajo la bota de un solo hombre: Stalin y su organización policíaca... Los antiguos amos han desaparecido para dejar paso a los

funcionarios del partido..., que no son mejores, porque tal y como es el hombre, un organismo de represión como el creado por el PC en Rusia, no sería necesario si reinara la libertad y la igualdad de los diferentes elementos que componen la sociedad.

»"El poder está maldito", dijo Luisa Michel, porque corrompe a todos aquellos que se le aproximan. Nosotros queremos abatir la forma centralizada del gobierno..., cambiar la estructura de esta denominada civilización milenaria basada en la fuerza, la hipocresía, la mentira y la ignorancia. Allí donde existe una organización social de clases y de castas, si se observa de cerca, nada ha cambiado en la condición humana: esclavos, siervos, granjeros, obreros... Las denominaciones han cambiado para designar a la parte más necesaria para la supervivencia de la humanidad, pero la situación es la misma.

»Los partidarios de una dirección centralizada, proporcionáis directrices a los diferentes cuerpos de oficio, pretendiendo saber lo que es o no es necesario a la colectividad que dirigís. Evaluáis el esfuerzo de cada uno en dinero y os las arregláis para que aquellos individuos, cuyo trabajo es el más necesario para la vida, sean los peor retribuidos. Nosotros queremos que cada individuo sea responsable de la vida y del bienestar de la colectividad. Que sea consciente de que producir es una necesidad natural, por lo tanto un deber, pero también que tiene el derecho, a cambio, de consumir aquello de lo que tenga necesidad sin que nadie ni nada pueda impedírselo en nombre de no importa qué orden establecido de origen más o menos divino.

»"La Anarquía es la más alta expresión del orden..."

No soy yo quien pronunció primero esta frase, sino Elíseo Reclus, un profesor de historia. Para mí es cierta, porque ser anarquista significa "saber exactamente hasta dónde alcanzan mis derechos y cuáles son mis deberes, sin que nadie pueda atribuirse la prerrogativa de decirme, en nombre de lo que sea, lo que me está permitido hacer y aquello que me está prohibido".

»¿Quieres una prueba?

»Obsérvanos; estamos en guerra. Hemos aceptado un mínimo de disciplina, pero no marcamos el paso, ni saludamos a los responsables, aunque sí obedecemos en los combates. ¿Puedes decirme comisario cuántas veces nos hemos retirado por propia voluntad ante el enemigo?

»¿Por qué?

»Cuando hemos llegado a las aldeas o a los pueblos, ¿qué hemos hecho? Les dijimos que continuaran trabajando la tierra como antes, que podían explotarla en común si así lo deseaban, así como las tierras abandonadas por los caciques, ya que todo les pertenecía... Las colectividades campesinas se organizaron y se constituyó el Consejo de Aragón... En los talleres procedieron a blindar camiones y a reparar arados.

En los campos se ha desbrozado, roturado y sembrado para alimentar a todo un ejército improductivo y a las poblaciones de retaguardia... Eso asustó a los políticos de toda clase sedientos de poder en España y en el extranjero. Sería terrible para ellos que llegara un día en que las clases productoras unidas por cuerpos de oficio, trabajaran las unas para las otras en completa libertad en lugar de ser encuadrados y dirigidos por una masa de gente inútil, dándose cuenta de la situación aberrante en que se les ha mantenido desde hace miles de años... Sería el fin de todos los privilegios, el fin de la explotación del hombre por el hombre... Y eso, ningún político de izquierdas o de derechas lo quiere, porque se vería obligado a volver al campo; al taller, a la mina o a la oficina para tener derecho a su justa parte en el trabajo de todos. Para ellos es preferible que todo siga igual. Sus amos de las altas finanzas les aseguran riquezas, honores y privilegios de toda clase, a condición de mantener al pueblo humilde en la ignorancia y la sumisión.

»Si no se suprime el dinero y su corolario, la propiedad privada o estatal, siempre habrá ricos y pobres, explotados y explotadores... Y eso, nosotros los libertarios, nos negamos a admitirlo».

Habíamos llegado al final del trayecto. Carhala me miró un momento en silencio y luego me dijo:

-«Eres sincero. Pero, ¿cuántos hombres serían capaces de vivir según tus principios?» Me tendió la mano y después de estrechar la mía, se alejó.

Habíamos levantado el campo en los alrededores de un pueblo que rebosaba de refugiados aragoneses, todos originarios de Bujaraloz, Pina, Gelsa y de las aldeas de esta región.

Me encontré con la mayor parte de mis amigos: la tía Pascuala, sus hijos y uno de los muchachos de la casa; la niña, pequeñísima al lado de un chico rubio como el trigo y que parecía un gigante. Me lo presentó diciendo simplemente estas palabras: «mi compañero».

Los amigos de Pina me contaron la forma en que la brigada Líster había disuelto las colectividades del valle del Ebro, destruyendo todos los archivos para borrar las pruebas de sus heroicidades y empleando la fuerza allí donde encontraban una oposición más fuerte o mejor organizada.

Allí me encontré, entre los demás, con una joven y su hija, oriundos de Peñalba. Después de la muerte de Jo y Fredy le prometí que me ocuparía de ella y de su hija si salía vivo y no demasiado estropeado de esta guerra. Pero, eso pertenece a otra historia...

Volvimos al frente. Después de haber defendido nuestras posiciones de dos o tres ataques y haber rechazado al enemigo sin contemplaciones, fuimos relevados y enviados a Santa María de Molla...

La batalla del Ebro estaba en su apogeo. Las noticias que nos llegaban eran contradictorias e imprecisas; pero todos coincidían en un punto: era un auténtico infierno.

Nuestro comandante había establecido su Puesto de Mando en los edificios de una granja a unos doscientos metros de un acantilado que me hacía pensar en la proa de tres barcos encallados en una playa, que era en realidad una pradera con una ligera pendiente. Nuestro sector estaba en calma. Pasaba los días leyendo o bronceándome y las noches discutiendo con uno u otro de los hombres de guardia en el Puesto de Mando del batallón.

Un día, Cathala vino a mi encuentro en el prado a donde, como de costumbre, me había retirado para leer una novela de Federico Urales, el padre de la Montseny, que acababan de prestarme. Al verlo venir, me puse rápidamente los pantalones, porque estaba desnudo como un bebé. Le saludé, diciendo: «Buenos días, mi comisario».

-Ya no existe comisario y yo no tengo órdenes que darte.

-¿Entonces?

-Quisiera que me dijeras cómo podría instaurarse una sociedad libertaria hoy, sin pasar por el comunismo marxista para preparar a los hombres a vivir en la colectividad libertaria. Cómo podríamos, sin emplear la fuerza, obligar a todos los hombres a trabajar..., a producir, como tú dices.

Debo reconocer con toda franqueza, que en ese momento me sentí un poco embarazado para responderle: nunca fui un orador ni un propagandista..., y cuando la revolución estalló en España, yo era un rebelde, un fuera de la ley a veces, uno de esos que hoy se denominan marginados. Pero raramente traté de convencer a alguien de la rectitud de mis ideas... de mis sueños. Lo miré en silencio durante un instante y luego le dije: «Nosotros exponemos nuestras ideas, no las imponemos. Sólo recurrimos a la violencia cuando nos vemos obligados para defender nuestra libertad y la de nuestros seres queridos. Cuando la violencia moral y material del sistema se hace intolerable, cuando el desprecio y la altivez se burlan de la miseria y los sufrimientos, entonces, impulsado por la desesperación, prefiriendo la muerte a una vida de esclavitud, un camarada se alza: la bomba estalla, la pistola dispara y un rey, un ministro o un presidente cae... y de pronto se grita terrorismo... No, no somos nosotros los terroristas. Los verdaderos terroristas son los que por todos los medios, quieren conservar para su exclusivo provecho, las riquezas de la tierra.

»No pedimos que se confíe en nosotros, ni que se nos dé la oportunidad de establecer leyes y el poder para imponerlas. No pedimos lo mismo que piden los políticos, porque somos hombres y tan corruptibles como ellos. Nosotros decimos que todos los trabajadores del mundo deben tomar conciencia de sus derechos, que deben asumir la plena responsabilidad de la producción y de las herramientas y materiales que emplean en su trabajo. Aboliendo la moneda se destruye el medio de corrupción que permite la diferenciación de las clases sociales.

»Nuestra organización social es la de la jungla: el más fuerte o astuto se nutre del más débil. Desde siempre, los hombres se alzaron para reivindicar el respeto a la Vida, la igualdad entre todos los humanos: Buda y Jesús son los más conocidos de entre ellos. Revolucionarios en su tiempo, uno desapareció y el otro fue asesinado. Sus doctrinas fueron falseadas y se convirtieron en medios de opresión gracias a la ignorancia de las masas proletarias.

»¿Cómo concebimos nosotros la sociedad futura?

»Para nosotros, los libertarios, la sociedad debe ser una asociación de cuerpos de oficio necesarios para la vida y el florecimiento de todos los seres humanos, sin preferencias ni privilegios para nadie. Para nosotros, un obrero tiene los mismos derechos que un ingeniero desde el momento que ambos dan los frutos de su capacidad física o intelectual al servicio de la colectividad. Cada uno debe producir según sus posibilidades y debe consumir todo aquello que le sea necesario.»

»Recuerdo que nos separamos a la caída de la noche. Antes de dejarme, me dijo sonriendo: «Sí, eso estaría muy bien si pudiéramos realizar lo que tú dices. Pero, los hombres son lo que son y vuestras ideas no son más que un sueño».

Debo confesar que no le dije al comisario que lo que le había expuesto se encontraba escrito, casi palabra por palabra, en el cuaderno que Mario me había legado. En ese pequeño cuaderno, mi amigo había expuesto el resultado de su experiencia, de sus esperanzas..., y de su Ideal.

Os pido perdón por esta extensa exposición de ideas. Para mí, los recuerdos no son solamente los hechos materiales, los combates o las aventuras, sino también los motivos, más o menos conscientes, que nos impulsan a actuar.

Desmovilizado

Me quedé en Santa María de Molla alrededor de un mes.

Una mañana me convocaron en el Cuartel General del segundo cuerpo de ejército donde me dijeron que debía abandonar el frente: estaba desmovilizado como todos los voluntarios extranjeros.

Dos días después llegué a Barcelona. La ciudad y sus alrededores rebosaban de refugiados. El abastecimiento era muy difícil y al hambre y la miseria se unía el horror de los bombardeos. A pesar de todo, en esta situación catastrófica, en las altas esferas de la política se continuaba peleando por la conquista de un poder ilusorio y las policías comunistas cazaban a los militantes del POUM.

Yo trabajaba en un depósito donde llegaban los paquetes que los parientes y amigos de Francia enviaban para ayudar a sobrevivir a los que continuaban la lucha. Cada partido o sindicato tenía su organización de socorro que recibía la ayuda colectiva o personal que se expedía desde Francia en camiones una o dos veces por semana.

En Mancada me encontré con mi compañera que se había refugiado en casa de unos parientes y, durante algún tiempo, tomé el tren por la mañana y por la noche para ir a mi trabajo. Luego, Antonia alquiló un apartamento en la ciudad y vivimos la existencia de todos los habitantes de la ciudad condal: dividida entre las preocupaciones del abastecimiento y el miedo a las bombas...

En este período, que se extiende entre octubre de 1938 y febrero de 1939, vi desvanecerse la esperanza que alimentaba en secreto de volver a encontrarme con algunos de mis compañeros de combate: Mario, Lorenzo, Ritter. De todos mis amigos, sólo vi a Otto: Giua había caído, Mario y Ritter habían desaparecido para siempre en las orillas del Ebro. Madeleine fue muerta por una bomba en la misma Barcelona.

La muerte había hecho el vacío a mi alrededor y todavía hoy me pregunto por qué me excluyó a mí. También volví a ver a Soledad a finales de enero. Prácticamente no salía del hospital, ya que su trabajo no le daba tregua. Ese día, llegué a mi trabajo antes de la hora. Soledad venía para retirar los paquetes de los heridos a su cuidado. Después de las primeras efusiones, me dio noticias de los compañeros del grupo que,

más o menos estropeados, habían pasado por sus manos: Pablo había caído prisionero y el cubano, que recibió una bala en el muslo, había visto cómo era arrastrado por soldados italianos durante un contraataque.

Otros, muchos otros, habían desaparecido en la tormenta, mientras que en la retaguardia los grandes cerebros de la política se disputaban las parcelas de poder y la policía daba caza a los militantes del POUM y de la FAI, irreductibles partidarios del combate a ultranza.

En la primera semana de febrero, el uno de febrero para ser más exacto, Antonia, Pilar y yo dejamos nuestro domicilio y nos dirigimos a la estación, donde me encontré con algunos italianos: Ludovico Rossi, su compañera Louise y su hijo, Lina Simonetti, Giuditta, la compañera de Francisco Ferrer, nieto del que había sido fusilado en Montjuich, asesinado a su vez por la GPU en Barcelona en mayo de 1937 y Augusto Magnani, sus mujer y sus dos hijos. La estación bullía de hombres, mujeres y niños de todas las nacionalidades, inquietos, nerviosos y asustados. El gran éxodo de los vencidos de la revolución española comenzaba de forma muy similar a todas las migraciones de los pueblos expulsados por las invasiones bárbaras.

La quinta columna multiplicaba los atentados y los sabotajes. Los ejércitos de Franco estaban a las puertas de la ciudad.

Dejamos las tierras de España con la esperanza de llegar a México, Venezuela o Chile. En mi cartera tenía un documento del consulado de México autorizándome a entrar en ese país con mi familia.

El tren nos condujo hasta una aldea a una veintena de kilómetros de la frontera donde pasamos algunos días. Luego, a pie y siguiendo la vía férrea, nos aproximamos a Francia. Nuestra marcha era lenta por varias razones: la aviación italo-alemana que a veces nos ametrallaba, obligándonos a dispersarnos por el campo, los niños que era preciso llevar en brazos -a causa de la penuria de abastecimiento de Barcelona, estaban todos mal alimentados- porque no tenían fuerza para continuar la marcha.

Estábamos cerca de Culera, una pequeña estación, la última antes de llegar a Port-Bou, cuando la muerte dio su último golpe para mí en España. Imaginad a una gran multitud: hombres, mujeres y niños atravesando un túnel. Una locomotora, a toda velocidad y sin nadie que la condujera o pudiera frenarla, se introduce velozmente en ese largo y oscuro pasadizo que bullía de gente.

Mi experiencia de bandolero me hizo aconsejar a mis amigos que marcharan en fila india, lo más cerca posible de la pared y eso nos salvó. La máquina pasó como un rayo junto a nosotros con un ruido infernal de chatarra al que se unieron los gritos de espanto y de dolor de los heridos y moribundos...

La quinta columna quiso golpear, una vez más ciegamente, a esos seres que huían de los horrores de la dictadura reaccionaria que se abatía sobre España...

Port-Bou: estación término de los ferrocarriles ibéricos. Todas las vías estaban llenas de vagones de mercancías, cargados de municiones, armas y víveres.

Desde hacía dos o tres días, según los ferroviarios, Francia enviaba a la España republicana los convoys que durante dos, cuatro o seis meses había bloqueado en las estaciones. En realidad se los enviaba a Franco y a sus amigos Hitler y Mussolini.

En Port-Bou, se hizo subir a las mujeres, los niños y los ancianos en vagones de mercancías que entraban en Francia. Los hombres aptos debían pasar la frontera por sus propios medios.

Por última vez, subí esa colina que tan bien conocía por haberla franqueado, en las barbas de los aduaneros, tantas y tantas veces antes de 1936.

Mientras caminaba, desenfundé mi 9 milímetros, la desmonté con ayuda de mi navaja y lancé las diferentes piezas muy lejos por la colina.

La Gendarmería del Ejército francés nos esperaba...

Marsella 1974-1976

Acabo de terminar mi relato: me he esforzado por contar únicamente la estricta verdad, tal como la ha conservado mi memoria. Algunos hechos, que no me atañían personalmente y de los cuales no estaba seguro de su autenticidad, me los he guardado en mi cerebro.

De todos modos, lo más importante para mí no son los hechos materiales, sino los motivos que impulsaron a esos hombres a hacer lo que hicieron.

Recién salido de la infancia, viví el advenimiento del fascismo. Observé la indiferencia de los políticos ante la oleada de violencia de los camisas negras.

Entre los doce y los catorce años, devoré las obras de Kropotkin, Malatesta y los poemas de Pietro Gori y una infinidad de folletos, de los cuales retuve ante todo un fermento de revuelta y una admiración sin límites por aquellos que se alzan, con el puñal, la pistola o la bomba, contra los tiranos que oprimen a los pueblos.

En 1936, yo era lo que hoy se ha convenido en denominar un marginado: aquél que vive al margen de la sociedad y del código penal. Creía ser anarquista. En realidad no era más que un rebelde. Mi acción de militante se limitaba a pasar por la frontera ciertos folletos impresos en Francia y en Bélgica, sin interesarme nunca por saber cómo podría reconstruirse una nueva sociedad. Mi única preocupación era vivir y demoler el edificio existente.

Fue en Pina de Ebro, al ver cómo se organizaba la colectividad y escuchando las conferencias impartidas por algunos compañeros, mezclándome en las discusiones de mis amigos, cuando mi conciencia, adormecida desde mi salida de Italia, se despertó. Mario quiso que me aprovechara de su experiencia y de su saber y para conseguirlo expuso de forma incontrovertible multitud de ideas y conocimientos para que yo pudiese reflexionar sobre todo ello.

Sus argumentos, la exposición clara y concisa de su pensamiento, me permitieron observar objetivamente la evolución de la sociedad y constatar la exactitud de su percepción en los hechos cuando afirmaba que las formaciones políticas de origen revolucionario se volvían reaccionarias: republicanos, socialistas o comunistas, una vez conquistado el Poder se apresuraron a consolidar su aparato de represión y de conservar o restablecer los privilegios que se habían propuesto abolir.

Obligados, por milenios de ignorancia y esclavitud, a escuchar, obedecer y creer, las masas trabajadoras de la humanidad se despiertan lentamente y a medida que aumenta su capacidad de razonamiento, reclaman el derecho a vivir libres de toda ligadura. Habitados a tener un amo, un jefe o un pastor, los individuos que componen la humanidad se agrupan y siguen, según su grado de condicionamiento, a los profesionales del fraude social que les prometen la Igualdad, la Libertad y la Justicia.

En ningún país de nuestro mundo, la libertad es igual para todos, ni la justicia independiente, porque ambas están controladas por la facción que detenta el Poder, la cual, a su vez, obedece al grupo de las Altas Finanzas que le proporciona los medios de acceder a él. El dinero no es solamente el nervio de la guerra, lo es también de la política, siendo el objetivo de toda actividad humana.

Hoy, todos los esfuerzos son estimulados por la rentabilidad. Se dice: «esto es rentable, esto no lo es» y para ganar dinero, cada vez más dinero, se olvida lo que es necesario, aquello que es útil para la humanidad y, poco a poco, se pone cerco al planeta entero.

Sería necesario que agricultores y obreros, ingenieros y científicos se dieran cuenta de que no tienen ninguna necesidad de financieros, burgueses o políticos para vivir libres y felices..., sino que se necesitan unos a otros para que la humanidad sobreviva y avance hacia la felicidad universal y que para eso, es preciso eliminar previamente a todos los parásitos que los oprimen, los explotan y los reducen al estado de animales criados para tal o cual menester.

Hoy se condiciona al ser humano desde su más tierna infancia, para que conozca el valor del dinero: Toda la educación gira en torno a la posibilidad que tiene el niño, una vez llegado a la edad adulta, para ganar el dinero necesario, para subvenir a sus necesidades. Creo que sería más racional y más humano, mucho más ventajoso para la sociedad, permitir que el niño escogiera, entre los oficios más necesarios a la

colectividad, el que más le agradase y que le permitiría, como a cualquier otro, disfrutar de los placeres de la vida...

Pero esto sólo es posible en una sociedad libertaria, en la cual la propiedad privada sería abolida, donde ninguna especie de moneda tendría curso y el hombre se vería libre de prejuicios y complejos patrióticos y religiosos, porque al fin habría comprendido que, a pesar de las diferencias físicas o intelectuales, todos somos iguales e independientes los unos de los otros y que cada uno debe aportar a la colectividad el producto de su trabajo para poder tomar lo que le es necesario.

Pretendemos ser civilizados, pero esa palabra no quiere decir nada, porque hemos retrocedido sociológicamente: la colectividad tribal era más justa y equitativa en su estructura que nuestra sociedad súper civilizada.

La mayor parte de la gente se lamenta del aumento de la delincuencia y del recrudecimiento de la violencia y culpan a la juventud moderna de todos los males que padece la sociedad, sin darse cuenta que los verdaderos culpables son aquellos -nosotros, debería decir- que no supieron asegurar a sus hijos una organización social realmente justa, basada en la igualdad de las tareas necesarias para la Vida y el bienestar de todos.

La violencia y la delincuencia les son útiles a las clases dirigentes, porque les permiten, so pretexto de acabar con ellas, reforzar el aparato represivo que les servirá para truncar toda tentativa de revuelta de las clases productoras y de reclutar, entre los fuera de la ley, a los matones que llevarán a cabo las tareas sucias que hasta un policía se negaría a ejecutar. Todo está organizado para impulsar al individuo, niño y adolescente, a convertirse en un adulto lleno de admiración por los asesinos, los ladrones y los estafadores de toda clase. La literatura, el cine y la televisión al servicio de los poderosos, desarrollan los instintos primitivos del animal humano para mantenerlo en un estado de semibarbarie que les permita tener a los individuos divididos y enfrentar a los obreros contra los campesinos, a los artesanos contra los obreros y a éstos contra los técnicos, ingenieros, físicos, químicos... La sociedad moderna, basada en el dinero, apenas se preocupa por lo que es útil y bueno para la Humanidad, sino por aquello que es rentable. La sociedad llamada de consumo es una inmensa estafa a escala mundial: todo es adulterado, falseado, envenenado... La publicidad impulsa a los individuos a comprar cualquier cosa, crea necesidades nuevas que requieren aún más dinero para satisfacerlas. Los seres humanos, hipnotizados por la necesidad de dinero, no se dan cuenta que esta búsqueda sin fin conduce a todas las catástrofes que desembocarán en la destrucción de la Vida...

Los detentadores del Poder, capitalistas y políticos de todos los partidos, para afianzar su influencia sobre las masas productoras, se han esforzado siempre en enfrentar a las diferentes familias que componen la humanidad, patria, religión, ideal, todo es bueno para servir de pretexto al asesinato, el pillaje y el desencadenamiento del odio, porque el odio impide a los individuos razonar saludablemente.

Patriota y racista son sinónimos: llevan en sí la misma idea de superioridad de un individuo sobre otro, el mismo germen de odio que los lanzará el uno contra el otro en el momento elegido por el político que escogieron por amo. La sociedad contemporánea está fundada sobre la violencia, la injusticia y el odio. Sus mejores virtudes son la mentira, la traición y la hipocresía.

Han pasado cerca de 40 años...

A pesar del progreso de la ciencia y a pesar de la carnicería que ha ensangrentado la tierra entera y que hace prever el horror de la próxima guerra, los hombres y las mujeres no quieren comprender que la Humanidad jamás tendrá Paz, Justicia, Igualdad y Libertad en tanto no acabe con el Dinero y su lógica consecuencia: la propiedad privada...

En tanto que el capitalismo privado o de Estado concentre sus esfuerzos en la construcción y el perfeccionamiento de los útiles de destrucción, manteniendo un clima de guerra permanente, sin que las masas se revuelvan y dejen de secundarlo, no habrá remedio posible.

Es preciso que los oficios y las profesiones necesarias para la vida y el bienestar de la colectividad ocupen el lugar que por derecho les pertenece y, para ello, se deben eliminar todas las organizaciones parasitarias que los explotan...

Todas las revoluciones han fracasado.

La Revolución Francesa, a pesar de su «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», ha mantenido las desigualdades sociales y económicas del antiguo régimen.

La Revolución Rusa ha desembocado en una dictadura que no tiene nada que envidiar a las de los partidos reaccionarios y con las mismas desigualdades económicas.

La Revolución China aún no ha acabado, pero ha conservado los gérmenes que más pronto o más tarde la conducirán al fracaso: el dinero y la propiedad privada, una dirección centralizada, un ejército profesional...

Cuarenta años después, al mirar a mi alrededor, veo que la lucha por el Poder continúa igual de áspera e incoherente... Veo a obreros, campesinos, técnicos y sabios, cegados por el dinero, enfrentarse entre sí y, por encima de ellos, a los políticos y sus amos, mirarlos y reír frotándose las manos... Veo a la Tierra, mi patria, y a la Humanidad, mi familia, envenenándose lentamente por el espíritu de lucro, por el sórdido interés de algunos que se precipitan hacia la muerte y la destrucción total y, pensando en vosotros, mis amigos desaparecidos combatiendo por un Ideal de igualdad absoluta y de total Libertad, me digo que teníais razón: sólo una sociedad libertaria puede salvar al Hombre y al Mundo.

Biografía del autor



El verdadero nombre de Antoine Gimenez fue Bruno Salvadori. Nació en Chianni, en la provincia de Pisa el 14 de Diciembre 1910; hijo de José y Anna Salvadori Montagnani. Su padre era un trabajador empleado en las obras públicas, mientras que su madre es una maestra de escuela primaria. Tiene dos hermanas: Brunette y Luciana (Lucienne), quien más tarde también emigran a Francia.

A la edad de 9 años, Bruno Salvadori, con su madre y hermanas, vive en Livorno, mientras que su padre se dedica a la obra en San Dona di Piave. Le pasa en Livorno el episodio que marcará toda su vida. Estamos en 1922, el año en que el fascismo llega al poder, Bruno tiene 12 años y un día, ir a la escuela con otros niños, él ve a una compañera rodeada por cuatro individuos que, de acuerdo con su historia, le gritaban: ¡A purgar! ¡Aceite de ricino!. La niña era hija de un socialista conocido de Livorno, mientras que sus atacantes, chicos un poco más grandes, eran claramente fascistas. Bruno Salvadori no está dispuesto a pensar un momento, saca una pesada regla de madera de dibujo de ochenta centímetros de largo, e interviene para defender a su compañera. Los agresores, sorprendidos, dejan a la chica y se lanzan contra su atacante, que se escapa. Durante la fuga, se encuentra con otro grupo de fascistas, con lo que está a punto de empeorar su situación, cuando se involucran otras personas en su defensa, adultos todos ellos, los cuales echaron a los asaltantes.

Es a partir de ese momento que el joven Bruno Salvadori comenzó a frecuentar a los anarquistas de Livorno. Escribe en sus memorias, en francés: *Depuis ce jour-là, ma vie changea*.

En 1928 murió su madre, lo que será una gran pérdida para él dada la continua ausencia de su padre. En 1929 obtuvo un pasaporte para Francia y emigrado; se trasladó a Marsella, donde es expulsado por actividades subversivas el 7 de octubre de 1930. Sin embargo, no llega a volver a Francia, sino que debe volver a casa para cumplir el servicio militar, en Mantua.

El 1 de septiembre de 1933 obtiene un nuevo pasaporte para Francia, y aquí se pierde la pista de Bruno Salvadori; es casi seguro que el joven se ha convertido en un contrabandista, que pasa muchas veces a España.

El 22 de diciembre, 1934 Bruno Salvadori, aún con su verdadero nombre, fue detenido en Francia en Perpignan y condenado a cuatro meses de prisión. El 3 de agosto 1935 fue detenido de nuevo en Boulou por la violación de la deportación, y condenado a seis meses. La policía italiana lo persigue. Se declara desertor y antifascista a las autoridades francesas; previamente, el 25 de mayo de 1935, había sido detenido en España, en Barcelona, donde estaba tratando de vender ilegalmente su pasaporte. Luego pasa a Portugal, y regresa en secreto a Barcelona, donde frecuentó los círculos anarquistas de la época, poco antes del estallido de la guerra civil. Arrestado de nuevo el 22 de febrero 1936, se le encierra en la Cárcel Modelo. Fue en este período que aparece el personaje de Antonio Giménez. La policía italiana finalmente pierde su rastro.

El 18 de julio de 1936, el día del pronunciamiento militar que inicia la Guerra Civil, se encuentra en Lérida. Junto con un joven compañero de trabajo catalán, Josep Lladós (llamado "Tony") de sólo 16 años de edad, llega a la ciudad de Vallmanya, donde se une a la Columna Durruti, en el Grupo Internacional de la misma columna; el primer embrión de las Brigadas Internacionales. Se establece junto con los camaradas del Grupo en la localidad de Pina de Ebro, en el frente de Aragón, donde es alojado por una vieja campesina, Pascuala Labarta, quien siempre consideró como una segunda madre.

Es desde este punto de partida que los acontecimientos narrados en las memorias de Antoine Gimenez, *Del amor, la guerra y la revolución* y *Los hijos de la noche* (como se llamaba a ciertos grupos de combatientes de asalto por su necesidad de moverse en la oscuridad). Los acontecimientos narrados en este libro son, quizás, la única evidencia directa de los combates en el frente de Aragón desde el punto de vista anarquista y también un trozo de vida, de esperanza, de "construir una nueva sociedad" aplicada por los revolucionarios en las zonas controladas por ellos. También son el dramático relato de los acontecimientos en dicho frente, con el intento imposible de tomar Zaragoza. Los acontecimientos se desarrollan, incluso en la vida cotidiana, incluyendo muchas páginas en las que Giménez relata con profusión, y de manera muy explícita, sus aventuras amorosas en la localidad de Pina de Ebro, con algunas combatientes, entre ellas Mimosa. Los eventos continúan hasta el final de la guerra civil, con la historia de la toma de Barcelona por la milicia comunista que puso fin a la revolución (mayo de 1937); el asesinato de Camillo Berneri, la derrota de Los anarquistas, la continuación de los combates y la victoria final del régimen de Franco con una fuga desastrosa de los republicanos a Francia.

En Francia, Gimenez / Salvadori es encerrado por primera vez en el campo de Argelès-sur-Mer, donde junto con otros exiliados, en su mayoría italianos, forman un grupo que se autodenomina *Libertad o Muerte*. En el campo, Giménez (que mientras tanto es "Francés" en el nombre de Antoine Gimenez y que habla perfectamente el francés y el español), no dejar de luchar y se ha comprometido con la defensa de los presos anarquistas tanto por la brutalidad de los guardias franceses como la de los comunistas hostiles.

Participa junto a la resistencia en la zona francesa de Royan, con sabotajes y hostigamiento a los nazis. Mientras tanto, se casó y tuvo hijos, y la familia reside en Uzerche. Curiosamente, a pesar de nunca haber visto de nuevo a su padre, como él termina siendo trabajador de la construcción. Después de la guerra, se estableció en Limoges. En 1951 se le ofrecen empleos bien remunerados en Marsella, la ciudad que lo había visto por primera vez en Francia durante más de veinte años antes, y ya nunca se moverá de allí.

Es precisamente en 1976, que su sobrina Viviane políticamente comprometida con el movimiento anarquista, le pide que reanude el contacto con los círculos libertarios de Marsella, los cuales se enfrentan con asombro a este personaje que salía de la nada, que habla en primera persona de Durruti, de Ascaso, de la retirada en Port-Bou y otros muchos episodios. Es en este entorno que forman los Giménólogos. Los recuerdos comienzan a circular en secreto hasta la publicación de sus memorias.

Antoine Gimenez muere de cáncer de 26 de diciembre 1982, poco después de cumplir 72 años